



Guido Rodríguez Alcalá

# Caballero

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Guido Rodríguez Alcalá**

# **Caballero**

Al Lazarillo de Tormes, respetuosamente

## Prólogo

Con la ignorancia generalizada en estos últimos tiempos, pocos saben que el general de división don Bernardino Caballero, de la vieja casa española de los Caballero de Añazco, llegada al Paraguay en los primeros tiempos de la colonia y terrateniente desde entonces, nació en Ybycuí en 1839, un año antes de la muerte de don José Gaspar Rodríguez de Francia, apellidado por los paraguayos El Supremo y Ser sin Ejemplar, a quien sucedió en la primera magistratura de la República don Carlos A. López, sucedido a su vez por su propio hijo, el glorioso Francisco Solano López, Mariscal Presidente del Paraguay, a quien le cupo el honor de dirigir las fuerzas paraguayas en contra de los ejércitos del Uruguay, la Argentina y el Brasil en la sangrienta guerra conocida como de la Triple Alianza (1864/70).

Cortado por el sable de un brasilero, pinchado por la lanza de un segundo, perforado por el plomo de un tercero, el Mariscal Presidente rindió el espíritu después de haber defendido su Patria, palmo a palmo, en contra del invasor extranjero.

Pero su sacrificio no fue estéril, ya que el ejemplo fue recogido por numerosos héroes que crecieron a su lado, como el general de división don Bernardino Caballero, quien sirvió a su Patria como segundo del Mariscal Presidente, como político y primer mandatario, como diplomático avezado y como miembro de las principales empresas del país.

Una vida plena, sacrificada, heroica que no fue, sin embargo, plenamente valorada en su momento, porque la patria ingrata lo mandó al destierro dos veces, una en 1910, dándome así la ocasión de conocer al legendario centauro de Ybycuí durante su exilio en Buenos Aires.

Allí fue que surgió la idea de escribir este libro, cuyo tema, el mencionado centauro, merecería, por lo menos, un Menéndez y Pelayo para su tratamiento. Sin embargo, ocurre que lo óptimo atenta contra lo bueno, y si esperamos el Homero que cante las glorias del general Caballero, éste se morirá antes de haber relatado sus memorias. Esa es la razón por la cual me atreví a escribir esta biografía del héroe que, dentro de todo, tiene un gran interés -no por mérito del cronista, sino por [8] el del entrevistado-. El general Caballero es el espejo de los caballeros paraguayos; comprenderlo a él es comprender la forma en que aquellos viven con dignidad y mueren con orgullo. Por eso considero indispensable la

lectura de mi obrita, terminada cuando me llega la noticia del fallecimiento del general en Asunción, con los honores fúnebres que le rindió el ejército brasileño.

Dos personas más calificadas que yo han emprendido la tarea de biografar al centauro. En primer lugar, el distinguido publicista paraguayo don Juan E. O'Leary, discípulo del egregio nacionalista francés don Charles Maurras; la serie de entrevistas que le hizo al general, sin embargo, todavía no ha sido publicada en un libro. En cuanto al segundo biógrafo, se trata nada menos que del barón de Río Branco, hijo del ministro plenipotenciario brasileño en el Paraguay, vizconde de Río Branco. El primer indicio que tuve de estas memorias fue una carta del vizconde, donde él decía: Caballero está dando preciosos apuntes para una Memoria que meu filho lhe vae escrever, porque elle nao o sabe fazer, que nos sera muito util. Este indicio se transformó en certeza cuando el mismo general me confirmó que le había dictado sus memorias a Río Branco, dada la amistad que tenía con el padre y el hijo. Lamentablemente, esa misma amistad hizo que el barón no tomase en serio su trabajo, que quedó inconcluso.

Una razón de más para publicar estas mis memorias, que van del ingreso del héroe al campamento de Cerro León (Paraguay) como recluta en 1864 hasta su ingreso en el palacio de S.A. I don Pedro II (Brasil) como prisionero de guerra y huésped en 1870, ya terminada la Guerra de la Triple Alianza. Si puedo, voy a publicar otro libro con el resto, con énfasis en la presidencia del centauro (1880/1886); el problema, en todo caso, es cómo publicar un segundo libro después del revuelo que causará el primero en el Paraguay, debido a la forma directa, honesta e implacable en que el general Caballero dice las cosas, lo que puede molestar a muchos.

## EL CRONISTA

Buenos Aires, 1 de marzo de 1912. [9]

### Parte I

Mis primeros pasos o de Matto Grosso a Uruguayana (1864-1866) [10] [11]

### Capítulo I

Donde recién comienza la historia, con el relato de cómo el mariscal Francisco S. López se enojó conmigo, el entonces alférez Bernardino Caballero

-¿Qué le dijo Benigno?

-Cuando me hizo llamar yo venía muy contento; beso las manos a V.E., le saludé muy campante; jamás imaginé que sería tanto, que me lo tendría enfrente mirándome de arriba

abajo como podía mirar cuando estaba enojado y nos hacía temblar a todos y a mí con mayor razón porque tenía poca experiencia en los enojos de mi jefe el Mariscal.

-Alférez Caballero, usted debe repetirme, palabra por palabra, lo que le dijo mi hermano Benigno.

Don Benigno era hermano del Mariscal Presidente, pero ellos se llevaban mal y por eso no le habían dado ningún cargo, a pesar del parentesco; hasta se dice que don Benigno conspiraba contra su hermano el Presidente, y por eso fue que él no quiso dejarlo solo en Asunción cuando él se vino de la capital a nuestro campamento. Porque lo que le cuento pasaba en Paso de Patria, allá por marzo del 66, y la situación era muy grave; los aliados querían invadirnos (se preparaban para eso del otro lado del río) y como si fuera poco teníamos conspiraciones en nuestro propio campo y entonces las Ordenanzas Militares se aplicaban literalmente y todos estábamos muy nerviosos, de Mariscal para abajo, porque al mismísimo general Robles y a otros jefes los habían castigado muy duro. Hasta don Benigno tenía que cuidarse, porque comenzaron a culparlo de estar medio metido en la conspiración; quiero decir no del todo pero sí de alguna manera por esa su actitud sospechosa que despertaba las sospechas; como yo era amigo de don Benigno -como de toda la familia del Presidente- ahora comenzaban a sospechar de mí también, porque nos habían visto hablar muchas veces entre los dos, aunque era natural si éramos amigos. [12]

Conste que yo tenía la conciencia tranquila, porque quería a mi jefe el Mariscal López y nunca había conspirado para nada ni nada parecido. Pero, por lo visto, alguien fue a decirle algo al Mariscal y eso es lo que lo tenía furioso conmigo, pensando que hablaba mal de él con su propio hermano Benigno, que después lo arrestaron por sus comentarios peligrosos en tiempos de guerra. Si a él lo arrestaron por decir que el Mariscal era un cobarde, ¿por qué no irían a arrestarme a mí? Y lo que es peor, si a don Benigno lo arrestaban y nada más, conmigo tendría que ser peor, porque no soy hermano de S.E. Quiero decir, por ejemplo, ir ante un tribunal militar, donde me juzguen Isidoro Resquín, Silvestre Aveiro y gente de esa, que siempre tratan de encontrar culpables para probar que son muy buenos investigadores o para hacérselo creer a la gente a costillas del prójimo.

Con don Benigno López había chimentado un poco, cierto, pero nada malo... -Algo que no puede comprender si nunca ha estado en guerra es que lo peor resulta tener el enemigo enfrente- lo suficiente para saber que está cerca y puede caerle en cualquier momento, pero lo insuficiente para saber exactamente cómo es, cuántos, con cuántos cañones, etc. Llega un momento en que usted prefiere que le caigan aunque le ganen en vez de estar soportando la incertidumbre esa antes de una pelea. Bueno, el problema es que usted no puede saberlo, al menos si es alférez como era yo, porque los secretos son para los superiores, pero las consecuencias para usted si pierde. Usted tiene que pagar con su cabeza y con la de su propia familia, y usted ha de saber que en Paso de Patria estábamos con nuestra gente; yo, por ejemplo, tenía allí a mi madre y mis hermanas... Y sabíamos todos cómo trataban ellos a nuestros prisioneros: en Yataí, por ejemplo, los uruguayos los degollaron; los brasileños se los llevaron al Brasil para venderlos como esclavos; los argentinos los obligaron a servir en su ejército, a pelear en contra de su propio país, nuestro querido Paraguay. Y entonces, imagínese usted qué pasa si los aliados cruzan el Río Paraná, si se nos vienen encima con todo lo que tienen, si nos ganan, en una palabra, ¿qué va a pasar con nosotros?... Esa era la

pregunta que repetíamos en nuestras conversaciones con don Benigno, queríamos saber cómo andaba la guerra, porque lo que decía El Semanario no nos convencía del todo, así que tratábamos de saber un poco más por nuestra cuenta, es natural. Eso es lo que hablábamos con don Benigno, pero, por lo visto, le fueron a mi jefe con el chisme de una conspiración, y entonces sospechaba que yo tenía que saber y que le decía que nada por cómplice; eso es lo que debía creer, porque estaba tan furioso conmigo, él que siempre me había tratado tan bien.

En realidad, estábamos un poco nerviosos todos en nuestro campamento, y es que cuando nosotros los invadimos pensábamos que ya ganábamos [13] la guerra, pero después tuvimos que volver dejando buena parte de nuestro ejército en el Brasil y la Argentina. Era un poco al revés de lo que nosotros pensábamos, y para colmo ahora eran ellos que querían invadirnos, y parecía no más que invadían de veras, porque eran muchos más y con una flota formidable, mientras nosotros apenas sí teníamos chatas y canoas. En parte nos deprimía un poco, porque la guerra parecía perdida por culpa de los generales que traicionaron al Mariscal López. Claro que no era la culpa del Mariscal, sino de sus colaboradores, pero igual no más la guerra estaba perdida -por lo menos así pensaban muchos-, y eso creaba un ambiente muy desagradable en nuestro campamento.

Cierto que el Mariscal nos levantaba un poco el ánimo con esas incursiones en el campamento enemigo, porque cada vez les matábamos unos cuantos, incluso muchos. Yo recuerdo esa vez que un sargento negro volvió de la Argentina con una bolsa llena de cabezas, creo que siete, y el Mariscal le premió con un ascenso y las cabezas fueron colocadas sobre una mesa con un letrero que decía que fue un solo paraguayo y esas cosas así nos daban confianza... Durante el mes de enero, de febrero, hasta marzo, nuestros hombres pasaban el Paraná todos los días; iban en grupos de 200 a 1.000 y en unas tristes canoas, a pesar de que los encorazados brasileros estaban cerca, pero esos no hacían nada y nos dejaban pasar y repasar el río para hacerles guerrillas del otro lado. Cada tarde se hacían las partidas en nuestros campamentos y el Mariscal les hablaba como sabía hablar y ellos le decían que estaban dispuestos a matarlos a todos (no era por hablar no más) y de allí salían para embarcarse en sus canoas y el general Díaz los hacía acompañar con bandas de música y la Madama Lynch les repartía cigarrillos. Después volvían, siempre de buen humor y con pocas pérdidas, pero prisioneros casi no solían traer. Es que cuando agarraban uno lo concluían allí mismo, a pesar de que el Mariscal les decía que también necesitábamos alguno. O sea que el espíritu militar era excelente; cada paraguayo valía por dos o tres de ellos, y eso era lo que veían todos los días, cuando incursionaban en territorio argentino, y por eso justamente que el Mariscal los mandaba, para que vayan cobrando confianza y experiencia.

Pero con todo nos trabajaba...

Porque, al final de cuentas, los que estaban del otro lado eran como 50.000 en Corrientes y unos 12.000 en Candelaria (para desembarcar en Encarnación) y nosotros no llegábamos a 30.000 en Paso de Patria. Bueno, eso no importaba tanto, porque dos a uno podíamos pelearles; el problema era la artillería, porque la de ellos toda rayada, mientras que la nuestra lisa (en algunos casos cañones de la Colonia). Cierto que [14] tampoco tenía tanta importancia: al fin y al cabo nuestros artilleros, como el general Bruguez, eran capaces de

meterles una bomba por la tronera de sus encorazados, y el teniente Fariña se bastaba para salir por el Paraná con una chata de un solo cañón y tener en jaque a toda la flota brasilera que tiraba sin acertar ni una vez (esto salió en unos dibujos que circularon en Europa, nuestra chata contra todos ellos, una vergüenza). Incluso, le voy a decir que los aliados enemigos creían que teníamos artilleros europeos, ¡porque tirábamos tan bien! ¡Pero qué europeos, paraguayos no más y con cañones viejos, pero que acertaban sin usar la mira!

El único problema entonces eran sus encorazados.

Porque esa clase no teníamos nosotros, apenas si buques mercantes artillados, y nuestra artillería de costa apenas si llegaba a artillería de campaña, quiero decir que el calibre no era suficiente, y entonces cuando cañoneábamos la flota perfectamente inútil; no podíamos hundirles sus barcos... Durante la guerra no le hundimos uno solo aparte del Río de Janeiro, pero ese fue con una mina... Quiero decir que ellos dominaban el río, los ríos. Por lo menos que podían hacerlo, porque en 1865 ya podían llegar directamente hasta Asunción, pasando por delante de Humaitá que no era fortaleza como pensaban ellos... ¡Imagínese el problema que nos creaban entonces! Ellos llegaban a la Asunción en uno o dos días por agua y nos dejaban a nosotros en Paso de Patria liquidados, porque ese campamento de Paso de Patria era militar no más. Todas nuestras comunicaciones y nuestras armas y víveres llegaban de la capital, donde había quedado en el gobierno el vicepresidente Sánchez, porque el Mariscal se había venido al frente, dejándolo a él como presidente. O sea que no teníamos nada, que si tomaban la capital nos dejaban cercados, completamente inútiles en la frontera del país mientras ellos agarraban la sartén por el mango... Eso es lo que el Mitre andaba maliciando, por eso le dijo al almirante Tamandaré que vaya y destruya no más esa fortaleza de Humaitá que era de adobe, pero Tamandaré no quiso hacerle caso, y entonces se quedaron los aliados bloqueados frente a nuestras trincheras en el sur, en vez de seguir adelante como debían (desde su punto de vista)... Eso es lo que el Mariscal sabía demasiado bien (aunque no nos contaba a nosotros) y por eso su carácter andaba terrible, y no era para menos, porque podía perder allí mismo la guerra, y eso es lo que un militar menos quiere... Pero que podía perder no quiere decir que perdió allí mismo, como usted sabe; un hombre inteligente como mi jefe era capaz de engañar al enemigo, y por eso llenó el río Paraguay de damajuanas que los otros confundían con torpedos y se quedaron quietos por dos años.

Porque, ocurre, mi amigo, que la guerra no es una cuestión de fuerza, sino de moral. Inútil que usted sea más grande si tiene miedo. Y eso [15] sabía muy bien el Mariscal. Sabía que los otros eran más y con más cañones y con barcos encorazados que nosotros no teníamos ni podíamos ya recibir porque ellos controlaban el Río de la Plata con su flota y ese era el único camino, porque por el norte, por Bolivia, prácticamente no existía, o sea que por el Pacífico no había caso. Para colmo se incautaron un cargamento de cañones que nos venía de la Europa, ellos que para importar no tenían problema, porque a cada rato iban renovando su parque. Y el parque no era todo, sino que también las comunicaciones, porque crédito también podían recibir y recibían de la Inglaterra que les pagó la guerra, mientras que nosotros nos quedamos encerrados desde el primer momento.

Pero ese no fue nuestro problema, en el fondo, porque todo se puede suplir con la moral, con la fuerza del soldado paraguayo, como dijo mi jefe. Lo que nos perjudicó de veras fueron los traidores, que había por adentro y por afuera, porque en Buenos Aires los

exiliados fundaron esa Legión Paraguaya, un ejército que guauante peleaba contra López y no la Patria. Esos son los que nos llenaban nuestro campamento de propaganda, que le decían a la gente que tenía que desertar, que había que hacer la paz, que el Mariscal era un tirano. Culpa de ellos fue esa conspiración de San Fernando, que trató de matarlo al Mariscal; esa y muchas más, como le voy a contar después. Y entonces usted ve que, con tantas cosas, el Mariscal no podía ocuparse del todo del enemigo, por lo menos como quería ocuparse. Estos bribones me dan más trabajo que los brasileiros, solía decir y con razón...

Pero volvemos al comienzo:

Usted sabe que la guerra de la Triple Alianza (o sea del Brasil y la Argentina y el Uruguay) contra nosotros, comenzó como una guerra contra el Brasil no más. Porque el Brasil invadió el Uruguay y el Mariscal entonces le mandó una nota diciéndoles que respete a los vecinos, pero el Emperador le contestó de mala manera, y entonces nosotros les invadimos el Matto Grosso (allá por diciembre/64), una expedición en la que estuve y que le cuento después. Pero los brasileiros siguieron invadiendo no más el Uruguay, y entonces el Mariscal tuvo que invadirlos también por Río Grande del Sur. Mandó a ese Lacú. Estigarribia con sus 12.000 y pico hombres para que salga de la Encarnación y marche sobre Río Grande y de ser posible sobre el Uruguay, que era nuestro aliado, donde había unos 6/7.000 soldados brasileiros. Lacú salió de la Encarnación y al principio todo parecía bien, porque avanzaba sin que nadie le diga nada, y se metió en territorio brasileiro tranquilamente, y llegó hasta la villa de Uruguayana, que los macacos abandonaron cuando lo vieron llegar. Desde allí le dijo al Mariscal que no sabía qué hacer, que esperaba sus instrucciones. Y el Mariscal no estaba muy seguro; al fin y al [16] cabo él se había quedado en Asunción porque confiaba en Estigarribia, pensó que un teniente coronel era capaz de descubrir sus objetivos militares con un poco de inteligencia. Pero Lacú no sabía, entonces el Mariscal, finalmente, le dijo que vuelva a Asunción, donde pensaba decirle cuatro cosas. Pero Lacú le contestó que no podía, que lo tenían cercado en la Uruguayana; lo cercaron porque se dejó cercar, para tener un pretexto de entregarse como se entregó y después de eso se fue en el Brasil, donde se pasó por el resto de la guerra, viviendo de la plata del Emperador ese.

No lo puedo decir cómo quedó el Mariscal con la noticia.

Era por setiembre/65, él nos reunió a todos para contarnos y yo estaba también, porque todavía era muy nuevo pero López me favorecía mucho y me hacía escuchar las cosas de los oficiales superiores. Entonces mi jefe habló, conmovido, condenando a Estigarribia. Esperaba que algunos jefes tomaran la palabra, expresando la indignación del ejército. Pero, todos sorprendidos y perplejos, vacilaban y callaban estupefactos.

López, que estaba muy excitado desde que recibió la noticia, se enfureció del silencio y dijo: «Veo que no les causa sensación esta desgracia nacional que debíamos de deplorar hondamente. Salgan todos inmediatamente», y como vacilaban, repitió sus órdenes a gritos.

Y dirigiéndose al Mayor Francisco Luis González le dijo: «Yo lo he visto... le agradezco» Es que a este jefe se le habían caído las lágrimas al oír el relato.

No vaya usted a creer que López era tan rabioso, lo que pasa es que sus problemas eran muy grandes...

Porque la historia de Estigarribia no era la única; también estaba la del general Robles, otro que se entregó al enemigo, y justamente cuando nuestra guerra ya no era solamente contra el Brasil, sino también contra el Uruguay y la Argentina. Bueno, esto también lo ponía nervioso, y aquí debo decirle que ustedes se portaron muy mal, muchacho, ustedes los argentinos... tengo que decírselo porque la historia es objetiva que le dicen y nadie debe ofenderse... Sí, ya sé que usted es distinto; es de los mozos patriotas que están surgiendo ahora, como los que habemos también en el Paraguay, los que respetan a sus héroes... Porque la generación anterior, o sea la que queda entre la suya y la mía, es insoportable: no quería ni oír hablar de la guerra; pero ahora vienen ustedes para poner las cosas en su lugar, me parece muy bien...

Entonces le digo con confianza que su presidente Mitre fue un bandido, porque cuando el Mariscal le pidió permiso, Mitre le dijo que no, guaúnte por la neutralidad, pero en realidad porque era cómplice del [17] Pedro II, ya andaban en tratativas, y entonces no quería que nuestro ejército pase por la Argentina para invadir el Brasil... Por eso fue que el Mariscal le declaró la guerra también a la Argentina; para colmo de males, el Uruguay se nos da la vuelta, porque mientras marchábamos para socorrerlos ellos deciden aliarse con el Brasil en contra nuestra y firman ese Tratado de la Triple Alianza, una verdadera vergüenza.

¡Y para colmo tienen el cinismo de decir que el Mariscal López provocó la guerra!

Menos mal que la verdad se va sabiendo poco a poco; se sabe que el Emperador lo odiaba al Mariscal López y lo demás, como se lo puede explicar nuestro gran historiador, don Juan E. O'Leary. Pero para no desviarnos tenemos que seguir con el general Robles.

Robles fue el que el Mariscal López envió para invadirla Argentina; otro que se aprovechó que su generalísimo estaba lejos para pactar con el enemigo. Porque nada más fácil que la misión de Robles; a él lo mandaron con 25.000 hombres (que en el momento era muchísimo) para invadir Corrientes, que en ese momento era muy fácil, porque los correntinos y paraguayos siempre habían sido amigos, y más de la mitad estaba con nosotros y hasta se creó un gobierno provisorio en la provincia esa que no quería saber de Buenos Aires.

Así que Corrientes era fácil, y en el medio quedaba la provincia de Entre Ríos, o sea entre Corrientes y Buenos Aires. Tampoco podía ser tan difícil, porque allá teníamos un amigo, el Urquiza ese, compadre de López, que lo había invitado para el bautismo de su hijo. Con Urquiza también habíamos tenido buenas relaciones; él también se había peleado con Buenos Aires con nuestro apoyo (lo mismo que Corrientes); entonces el asunto era trabajarlo un poco. Parece que le había prometido al Mariscal ayuda contra Buenos Aires en caso de guerra; ahora se había echado atrás (tampoco le ayudaba a Mitre) y en ese caso había que convencerlo o en todo caso invadirlo porque nuestro ejército era más grande, e



incluso más grande que el de Buenos Aires, que no tenía más de 6.000 hombres cuando Robles invadió la Argentina.

Pero Robles se pasó perdiendo su tiempo; no movió un dedo para ayudarlo a Estigarribia cuando el enemigo lo rodeó; no movió un dedo para aprovechar la sorpresa, porque usted sabe que en abril del 65, cuando Robles invadió la Argentina, nuestro ejército era el más grande del Río de la Plata, y con eso podíamos arrollarlos, pero el señor Robles anduvo escribiéndose cartas con los jefes aliados (lo mismo que Estigarribia) y con eso les dio tiempo a organizar un ejército como de 60.000 entre abril y octubre del 65, y con ese ejército era ahora que se habían acampado cerca de Corrientes y nos querían invadir el Paraguay, después [18] de haber rendido a Estigarribia en setiembre y haber corrido a Robles en octubre.

Es que con Robles estaba repitiéndose el mismo cuento que con Estigarribia: así como Estigarribia se quedó en Uruguayana sin hacer nada, Robles se había quedado por Corrientes sin tomar Buenos Aires, y mientras tanto los aliados se le venían acercando paso a paso, y entonces el Mariscal lo envió al coronel Resquín para que se haga cargo del cuerpo de Robles y para que a Robles lo devuelva encadenado al Paraguay. Resquín era mejor que Robles, sin ser tampoco demasiado bueno, pero cuando asumió la comandancia se dio cuenta de que ya era tarde, porque los correntinos ya habían perdido el entusiasmo y no nos ayudaban como al empiezo, y además que no teníamos suficientes caballos, y que los soldados se nos morían de frío y desertaban (por culpa de la conducción de Robles) y que en esas condiciones lo mejor era volver al Paraguay.

Entonces se volvieron, hacia fines de octubre, gracias a la cortesía de la flota brasilera que controlaba el río Paraná y que los dejó pasar sin molestarlos -dice que porque el río estaba muy bajo. Volvieron los que quedaban en la División del Sur, que tampoco eran tantos, pero volvían enfermos y con mala gana, y eso le preocupaba mucho al Mariscal.

Entonces usted tiene que sumar el descontento, más las enfermedades y la carne medio podrida que nos daban (por culpa de los proveedores), más el agua sucia de los esteros (que también nos causaba la disentería), más las otras enfermedades y las bombas que nos mandaban los encorazados y cañoneros aliados, más la murmuración de la propia familia López y la traición de los diplomáticos extranjeros que se habían puesto contra el Paraguay; tiene que considerar todo eso para comprender por qué el Mariscal se había puesto tan enojado conmigo y pensaba que su hermano Benigno y yo habíamos estado hablando mal de él. [19]

## Capítulo II

Continuación del capítulo anterior

¿Por qué desconfiaba el Mariscal López de su hermano don Benigno?

Esa es una buena pregunta, pero para contestarla debo explicar algunas cositas de la familia López, y entonces hacemos marcha atrás; tenemos que ponernos allá por 1860, cuando el presidente don Carlos A. López se iba poniendo viejo y nadie sabía todavía quién podía ser su sucesor (algo que recién se supo en 1862, cuando murió don Carlos y se leyó su testamento).

Naturalmente, más de uno quería ser presidente, porque el Paraguay de entonces era un país tranquilo, disciplinado, con mucha plata en la caja del Fisco y muchas posibilidades para el futuro... Eso parece raro ahora, porque la guerra nos liquidó, pero antes de eso teníamos muchas cosas: esa fundición de hierro de Ybycuí, donde se hacían nuestros cañones y otras armas; esos astilleros donde hacíamos nuestros barcos; fábricas de pólvora y otras cosas más que ahora ni por desgracia tenemos, porque terminaron con la guerra... También teníamos el telégrafo y el ferrocarril, nuestra flota mercante; en eso les pasábamos a nuestros vecinos, porque de uno a uno podíamos ganarle al Brasil o a la Argentina. Y no le hablo de la paz porque ya sabe usted que mientras los otros vivían peleándose, nosotros tranquilos: en 50 años, habíamos tenido solamente dos presidentes (Francia y don Carlos)...

Como ve, un país fácil de gobernar; muchos querían el cargo.

El problema era quién:

Porque el señor presidente don Carlos López tenía tres hijos para eso: Francisco, Venancio y Benigno. En realidad tenía dos -tratándose de la presidencia, que no podía dejársela a cualquiera- porque Venancio, el pobre, no pensaba más que en divertirse, por eso quedó descalificado. Él pues se había hecho esa casa tan linda en la calle Colón, en las afueras, para vivir lejos de su familia que estaba en el centro y además [21] por un problema logístico, como se comentaba: las mujeres galantes estaban en la calle Colón. Tanto se divirtió don Venancio que terminó con el mal francés y entonces para consolarlo su hermano lo nombró Comandante General de Armas de la Asunción, un cargo que sonaba mucho y no daba mucho mando, pero él se entretenía con sus uniformes tan brillantes haciendo desfilar la tropa a su mando de un lado para otro de la ciudad y haciendo salvas con unos cañones que habían servido de postes en Buenos Aires que un día reventaron matándole dos artilleros y mandando su bala sobre una escuela -pero por suerte sin matar a nadie.

[20]

Don Benigno era muy diferente; casi le voy a decir que el más inteligente. En realidad, uno no sabía con cuál quedarse. Porque hablaba cinco minutos con él y después era capaz de secundarlo en todo. Pero después hablaba de lo mismo con Francisco y terminaba pensando lo contrario, pero sí se encontraba de vuelta con Benigno volvía a su punto de partida. Y ese era un poco mi problema, porque yo era amigo de la familia, y hablaba con el uno y con el otro para aprender de la gente más leída que yo, pero muchas veces me quedaba desorientado.

Del Mariscal le voy a decir que también tenía sus cualidades de presidente porque se había estado ensayando para la presidencia desde chiquito... Resulta que las lenguas infames dijeron que era un bastardo y entonces para probar lo contrario don Carlos lo trataba como a su hijo propio, e incluso le daba más mando que a los otros, porque a los 18 años lo hizo general y le encargaba una serie de asuntos del gobierno, como la fortaleza de Humaitá -que la hizo muy bien para un mozo de su edad. También por eso, para que se calle la gente, don Carlos lo envió a las Europas allá por 1854, creo que; se fue con José María Aguiar, que volvió tan culto como Francisco. Lástima que mi jefe volvió también con una inglesa (o irlandesa, es lo mismo), esa Madama Lynch, que por supuesto no le gustaba nada al viejo Presidente, y parece que por eso estuvo a punto de nombrarlo presidente a Benigno, pensaba que una divorciada era un mal ejemplo, pero después se decidió a nombrarlo a Francisco para la presidencia y entonces él se hizo presidente en 1862.

Don Venancio no dijo nada porque lo nombró coronel, y le daba igual que lo ascienda don Benigno o don Francisco -total, él no quería ser presidente. Pero Benigno sí quería, y las convenció a las dos hermanas de que tenía razón, y como las dos hermanas se casaron bien -una se casó con Saturnino Bedoya, ministro de Finanzas y otra con el general Barrios, ministro de Guerra- y para colmo eran de un temperamento terrible, la convencieron a la madre, doña Juana Pabla Carrillo de López, de que Benigno tenía que ser presidente, y entre todos organizaron [22] una conspiración con el ministro norteamericano y el cónsul francés para echarlo a don Francisco y poner en la presidencia a don Benigno...

Eso es lo que viene después, pero se lo cuento ahora para que comprenda un poco los problemas de mi jefe... Conste que en el 66 don Benigno no conspiraba todavía; la conspiración explotó más tarde, en el 68, pero conviene que lo vaya sabiendo...

... Me parece que tiene razón...

O sea que la cosa no era solamente familiar... Era también familiar, eso me consta, porque yo, que era amigo de la familia, me iba en casa de los López y les oía hablar mal del Presidente, y entonces no sabía si callarme (porque era mi jefe) o discutirles (porque estaba en casa ajena y don Venancio era mi superior en el ejército)... Eso me consta... Pero también está lo que usted dice: la historia del algodón. La guerra esa de la... ¿sucesión?... lo que sea, el nombre no cambia la cosa. Pero fue en los Estados Unidos, allá por el 60, y entonces hubo quien quería plantar en nuestro país, porque en el norte los negros estaban alzados. Entonces vinieron los gringos, y había los que pensaban que nuestro futuro de nuestro país era el algodón, quitarle el mercado a los Estados Unidos, y entonces decían que no valía la pena gastar tanta plata en el ejército porque el comercio era el futuro, y protestaban porque el general López aumentaba el ejército... Ese es el problema de siempre, los militares y los civiles. Los dos nos necesitamos el uno al otro, porque si no hay plata no se puede pagar el ejército, pero si no hay ejército tampoco se puede trabajar porque cualquier italiano anarquista viene a dinamitarle su fábrica. O sea que tenemos que estar aliados porque nos necesitamos, y eso es justamente lo que yo hice después, allá por 1880, cuando me eligieron presidente del Paraguay, pero claro que no tenía un criticón como don Benigno para complicar las cosas y que los ministros me respondían. Quiero decir que no tuve los problemas del Mariscal, por suerte. Por eso pude poner cada cosa en su sitio, o si

quiere cada persona en su lugar, que es lo que hace falta... Eso porque el ejército me respetaba, porque soy militar, y los civiles me respetaban, porque no soy un militar militarista. Y también los vecinos, porque para 1880 ustedes ya se había calmado, y entonces los extranjeros que venían era para trabajar y poner dinero, y así fue que entraron en el Paraguay todas esas grandes compañías extranjeras y hasta Carlos Casado S.A. que nos movieron un poco la economía, que desde 1870 había quedado trancada por el esfuerzo y los perjuicios de la guerra... Conste que fue una idea mía eso de venderles las tierras, porque teníamos demasiadas que nadie quería trabajar y con el dinero de la venta comenzamos a recibir moneda que hicimos para trabajar para adelantar el país... Pero son cosas [23] que le voy a contar después, si continuamos mis memorias; aquí solamente tiene que anotar que yo fui el continuador del Mariscal López -a mi manera- y que cuando me tocó la presidencia era más fácil que en 1862...

Yo pienso que los problemas de familia se pueden arreglar por las buenas, pero el problema del Mariscal era que no tenía quien, o sea una persona que pueda intervenir para arreglarlos. Porque el general Díaz era un gran hombre, era muy leal a nuestro Presidente, pero más militar que político, y con don Benigno no se podía ver; él decía que don Benigno era un engreído porque nunca le hablaba en guaraní; don Benigno pensaba que el otro era un guarango porque no hablaba castellano. También ocurre que Díaz murió demasiado pronto, como murió también el general Aquino y otros que eran ciento por ciento fieles, y entonces el Mariscal se quedó muy solo y ya no había nadie para mediar... ¿La Madama Lynch? No, esa sí que no. Porque la familia López no la podía ver, y le voy a decir en confianza (no para que escriba) que a la Lynch no la queríamos demasiado, y que como compañera del Mariscal era más bien un estorbo. No digo que era mala, pero era una mujer muy orgullosa, que no conocía nuestras costumbres, y quería imponernos por la fuerza todo lo que se le antojaba. Por eso no la queríamos, aunque ella tenía mucha influencia sobre él. Es que el Mariscal era un romántico, y por una mujer era capaz de perder la cabeza, y de eso se aprovechaba la Lynch y no lo dejaba gobernar, y hasta le hacía pasar un papel ridículo porque le convencía de que tenía que quedarse encerrado en su casamata y lejos del frente de operaciones, mientras que el general Díaz caminaba sobre el parapeto de nuestras trincheras diciendo que la pólvora de los cambá no mataba a nadie y entonces comenzaron a decir que Díaz era más valiente que el propio Mariscal. Todo por culpa de la Lynch, porque el Mariscal no le tenía miedo a nadie ni a nada, pero se dejó convencer por ella y para darle el gusto se quedó en la Asunción en vez de marchar a la cabeza de la División del Sur para invadir a los vecinos. No era indispensable, porque tenía telégrafo para mandar a sus jefes, pero le hubiera convenido porque aprovecharon su quedada en Asunción para decir que se quedó por miedo.

Por culpa de la Madama y del obispo Manuel Palacios, otro que tenía sus cosas. Durante mucho tiempo fue el favorito de mi jefe, hasta que al fin el Mariscal se dio cuenta. Pero mientras tanto ya le había desprestigiado su gobierno, por todos los malos consejos que le dio. Por ejemplo la vez aquella que izaron la bandera argentina a media asta, y todos en Paso Pucú nos preguntamos qué podía ser, hasta que el obispo le dijo ha de ser que murió el general Mitre -él tenía que ser [24] el de la mala idea. Le dijo también que consiga prisioneros, y el Mariscal le hizo caso, y entonces fueron nuestros espías a robarse un soldado del campamento aliado. El obispo con Resquín se hicieron cargo del interrogatorio, y el argentino ese terminó diciendo que había muerto no más el general Mitre, y todos

festejamos, y hasta salió la noticia en El Semanario... Una verdadera vergüenza, porque no era cierto, y resulta no más que entre Resquín y Palacios lo apuraron tanto al pobre prisionero que tuvo que confesar lo que ellos querían: que murió Mitre. Pero confesó obligado, así que el gobierno paraguayo se desprestigió de balde.

Para que vea lo que era el obispo...

Sí, Resquín era lo que diríamos hoy el jefe del Estado Mayor, y le tenía mucha envidia a Luis Caminos, que venía a ser el número dos del Estado. Después venía esa yacaníá Aveiro, el número tres, que por supuesto que se entendía con Resquín porque eran del mismo palo... Al pobre Caminos le hacían la vida imposible: imagínese que una vez Caminos quiso saber cómo andábamos de tropa (tenía derecho a saber, al fin y al cabo) y le pidió los datos a Silvestre Aveiro, su subordinado, que no le quiso dar. Entonces le exigió esa información que Aveiro terminó dándosela, pero después se lo contó a Resquín, y Resquín se lo contó al Mariscal, y el Mariscal le dijo a Caminos que la próxima vez lo hacía fusilar... Así que los efectivos del ejército solamente los sabían tres personas: el Mariscal, Resquín y Aveiro; Aveiro en el lugar de Caminos, porque a él no le dejaban ver las cosas que le dejaban al yacaníá. A pesar de la antigüedad. Y todo por culpa del coronel Isidoro Resquín, que le tenía envidia a todo el mundo, y le había calumniado al pobre Caminos.

Entonces cuando el Mariscal me llamó para increparme, para decirme que le cuente todo lo que hablé con don Benigno, yo supuse allí mismo que era un cuento de Isidoro Resquín, aunque tampoco sabía muy bien hasta dónde el chisme, y eso me tenía muy preocupado... Porque si la cosa seguía, si empeoraba, tenían que mandarme a una corte marcial, y allí precisamente iban a estar Resquín con el Aveiro, malo como esa víbora. [25]

Escenario principal de la guerra en territorio paraguayo.  
[26] [27]

### Capítulo III

De la conversación que había tenido con don Benigno López

En general uno no tiene ganas de ser fusilado, en especial cuando se tiene 26 años como su servidor el entonces alférez Caballero, que había hecho una brillante campaña en el Matto Grosso brasileiro, cansándome de sablear esos esclavos, y que ahora tenían arrestado por una vyreza, que si uno quería buscarle la vuelta podía convertirse en algo grave. Porque imagínese si por ahí relacionaban esas nuestras conversaciones con don Benigno López con la rendición de la Uruguayana, la traición del general Robles, la Legión Paraguaya, las deserciones y el resto todas esas cosas que si uno quiere puede juntar, al menos si se dedica a eso como yacaníá Aveiro, Isidoro Resquín, monseñor Palacios y los que vivían de eso porque no podían vivir de otra cosa, porque de pelear no sabían nada y entonces usaban de más la lengua, diciendo lo que el Mariscal quería oír o lo que ellos creían que el Mariscal

quería oír. Porque él era un hombre bueno, que no quería castigar a nadie y castigaba no más por obligación y no por gusto, como dijeron esos legionarios, que dijeron que él hacía con los paraguayos lo que no podía hacer con los brasileros... Porque equivocaciones hubo, en algunos casos, pero todo por culpa de los colaboradores de López, que aprovechaban el poquitito de autoridad que se les daba para abusar, como la vez aquella que tomábamos mate en la Mayoría y viene un sargento a decirle: En cumplimiento de la orden de Su Excelencia hemos ejecutado a la reá traidora Francisca Garmendia. Y S.E. casi se muere, porque la orden había sido de cualquiera menos de él, pero ya era demasiado tarde para resucitarla.

Y bueno, una de estas equivocaciones es lo que me hubiera fastidiado demasiado; especialmente por una tontería...

¿La conversación?

Se la cuento si quiere... [28]

Era un 8 de enero. Don Benigno y yo conversábamos bajo un tarumá, hasta el árbol recuerdo, cuando vemos pasar al ex comandante Robles fumando el cigarro que el Mariscal le hizo llegar como cortesía in artículo mortis. Se lo veía pálido pero de continente digno; nosotros nos quedamos más pálidos que él y nos santiguamos. Después lo vimos meterse en un bosquecito de palmas; después sentimos la descarga y nos persignamos.

-¿Sabe por qué lo fusilan?

-Sí. He leído en El Semanario...

-El Semanario dice una cosa, Caballero, pero los hechos son otra.

-¿Lo cree usted, don Benigno?

-Todo el mundo lo sabe, usted también. El Semanario dice que ganamos la guerra, pero el hecho es que nos corrieron del Brasil y la Argentina y que ahora ellos se disponen a atacarnos. ¿Eso le parece ganar?

-Don Benigno, es ahora que ellos están perdidos, como dice El Semanario.

-Sí, eso es abrir el paraguas antes de llover, Caballero; decir que están perdidos porque se alejan de sus bases y se internan en un terreno desconocido. Pero la verdad es que ahora pueden llegar directamente hasta Asunción, y no tenemos forma de impedirlo porque controlan el río y porque Humaitá es la única fortaleza sobre el río pero no es fortaleza porque la construyó mi hermano a los veinte años, y en vez de hacerla de piedra la hizo de adobe.

Así era siempre; no perdía una oportunidad de hablar mal del hermano. Y entonces yo no sabía dónde meterme: estaba mal que le permitiera hablar así y estaba mal que le contradiga porque era mayor que yo y hermano de S.E. Y para colmo no tenía yo esa

soltura de lengua para cambiar la conversación cuando convenía, como hacía mi jefe cuando le pedían la libertad de un preso.

-¡Pero don Benigno, usted vio cómo los corrimos en Corrales!

-Podemos pelear muy bien, Caballero, pero aunque cada uno de nosotros mate cinco, ellos todavía tienen ventaja... Y aunque se queden del otro lado del río, y nada más que eso, este país está fundido porque nos bloquean el comercio; no podemos exportar y tenemos que utilizar todos nuestros hombres y nuestro dinero para contenerlos.

Mucho mejor hacer la paz.

-Usted dirá, don Benigno, quizás no esté de acuerdo. Pero, de todos modos, ¿no le parece incorrecto lo que hizo el general Robles? [29]

-Robles no hizo nada, Caballero, sencillamente porque no pudo hacer... Lo mandaron al sur con un ejército grande, es cierto, pero se olvidaron de darle caballos, suponiendo que podía robarlos en la provincia de Corrientes. Una suposición compartida por los correntinos, que se encargaron de ocultar sus caballos cuando llegaron los paraguayos. Lo mandaron sin ponchos ni abrigo, suponiendo que no haría frío; pero el invierno es duro en la Argentina, y cuando llegó a Goya se le estaban muriendo 60 hombres por día congelados. Lo mandaron suponiendo que tendría las comunicaciones expeditas con el Paraguay; pero en el mes de junio nos destruyeron la flota en el Riachuelo, y con la escuadra brasilera en el río, es un milagro que no haya sido totalmente cercado y destruido. Lo mandaron sin decirle claramente qué tenía que hacer; si tomar Buenos Aires, Montevideo o Rosario; en esas condiciones se pasó esperando las cartas que le enviaba el Mariscal desde Asunción, que llegaban siempre atrasadas. ¿Qué tiene de sorprendente que haya perdido casi la mitad de sus hombres, y que con eso hayamos perdido la guerra?

-Pero don Benigno, ¿usted olvida que se escribía con los aliados!

-Esas cartas nadie las ha visto, Caballero. Y aunque existan, no prueban absolutamente nada. Robles estaba a la cabeza de nuestro mayor ejército y en la Argentina cuando Francisco lo hace llamar; todos sabíamos perfectamente para qué Robles vuelve. ¿Le parece que se pasó al enemigo?

-Debe ser que no pudo escaparse, don Benigno... Pero mire, si era tan patriota, ¿por qué no lo ayudó a Estigarribia?

-Porque entre los dos cuerpos de nuestro ejército había 300 kilómetros de lagunas y pantanos; sencillamente imposible... En todo caso, la culpa fue de mi hermano Francisco, por dividir su ejército en dos columnas para que el enemigo acabe con una y después con la otra. Porque a eso íbamos; si nos quedábamos en la Argentina, nos deshacían el resto de la División del Sur.

El tiempo y la experiencia me enseñaron que don Benigno se equivocaba. Pero en el momento no supe qué decirle, porque discutir con él resultaba imposible, por su asombrosa

facilidad de palabra. Él le podía demostrar que lo blanco era negro, y no era un muchacho de campaña como yo quien podía demostrarle sus equivocaciones... De paso, le confieso que también quedé muy deprimido, porque en el momento él me hizo creer que la guerra iba perdida, y que nuestro jefe el Mariscal nos haría morir a todos -eso también me había dicho don Benigno. Que en el fondo era una irreverencia, casi diría una conspiración (aunque tampoco era), pero tampoco podía decirle nada al Mariscal [30] López. Porque las familias son como la Triple Alianza, quiero decir como nuestros vecinos, que durante 50 años se pasaron peleándose y pidiéndonos que participáramos; cuando finalmente intervenimos a favor del Uruguay, todos se unen en contra de nosotros. Y algo parecido iba a pasar si le contaba al Mariscal Presidente lo que su hermano andaba comentando... Imagínese que nos pongan en un careo; don Benigno podía negar tranquilamente todo y entonces era su palabra contra la mía. Y lo que es peor: don Benigno podía hablar con sus hermanas y la señora Carrillo, y entonces entre todos lo trabajaban al Mariscal que cómo era posible que un extraño se permitiera decir tal cosa en contra de su propio hermano, etcétera, y a la larga salía perdiendo yo.

Por esa razón no le dije nada al Mariscal cuando me preguntó qué me había dicho Benigno. O sea, le dije pero no le dije lo que él quería saber, porque le dije que de mujeres (en parte cierto) pero mi jefe no se creyó el asunto para nada, y entonces me sacó de su PC con cajas destempladas, ordenándome guardar arresto en mi tienda, que era precisamente lo que hacía en esos tristes días de marzo/66, mientras oía el cañoneo de la flota brasilera que se preparaba a atacarnos, y sin que la nuestra pudiera oponerse para nada, porque sencillamente ya no existía desde la batalla de Riachuelo (junio/65). [31]

#### Capítulo IV

De la destrucción de nuestra flota en la batalla fluvial de Riachuelo (11-VI-65) y de mi participación en ella

En una situación como la mía uno se pone a revisar su cabeza como revisa un atillo donde ha guardado más cosas de las que recuerda: desde diarios viejos hasta sus condecoraciones de la guerra. Y entonces comienzan a aparecer cosas increíbles: desde basura hasta cosas de valor. Y eso era lo que me pasaba durante las semanas que permanecía arrestado en mi tienda en ese campamento de Paso de Patria, porque recordaba lo bueno y lo malo, y entre todo eso recordaba la batalla esa de Riachuelo, donde la flota brasilera acabó con nuestra pobre flota de guerra.

En realidad, nosotros no teníamos flota, lo que se dice flota, porque nuestros barcos eran más bien mercantes artillados y cascajos de segunda, que servían para patrullar el río pero no para enfrentar los barcos de los otros, que tenían cañones más potentes y cascos más resistentes... Así fue que comenzamos la guerra, totalmente a merced de la armada brasilera, que de poder podía subir directamente hasta Asunción y terminar con todo: todo por culpa de nuestros agentes en Europa (también se lo dije) que en vez de comprarnos los encorazados que necesitábamos se comieron la plata y transaron con los brasileros, porque los buques que se habían mandado hacer por encargo nuestro, terminaron en manos de los



brasileros... Estas son maniobras de las que no quisiera hablar, porque se trata de personas muertas; pero si, como me está diciendo, el propio Alberdi se encargó de declararlo traidor, entonces le puedo decir que el culpable fue Cándido Bareiro. Se lo digo yo aunque hayamos fundado entre los dos el famoso partido colorado y aunque Bareiro haya sido, precisamente, el que murió en 1880, dejándome la presidencia... No, el vicepresidente no era yo sino Saguier, el traidor ese, pero de eso vamos a hablar después... Por ahora conténtese con saber [32] que la guerra comenzó bastante mal para nosotros, porque no teníamos los barcos ni podíamos traerlos, porque el enemigo controlaba el río y se incautó de nuestros pedidos de armas que llegaron durante la guerra.

La situación era muy grave, casi diría sin solución.

Pero el Mariscal López no era un hombre cualquiera, y fue por eso que decidió solucionar el problema de una manera muy inteligente: quitándoles los barcos de guerra a los otros -a los brasileros-, porque la flota era de ellos. Eso era muy fácil, porque los brasileros estaban anclados cerca de Corrientes, en un lugar llamado Riachuelo, y se trataba no más de acercárseles sin hacer ruido para abordarles los barcos por sorpresa; una vez que los teníamos abordados (sin estropearlos, por supuesto) ya teníamos una flota de guerra; con la flota de guerra, el río (o los ríos) eran nuestros; si los ríos eran nuestros, la victoria era nuestra. ¿Se da cuenta de lo inteligente que era el Mariscal? Bueno, él lo llamó al capitán Meza y le dio el comando de la flota paraguaya, que tenía que salir de Humaitá por la noche y atacarlos por la madrugada... Sí, Humaitá, porque en ese momento el Mariscal estaba en Humaitá; recién en noviembre/65 fue que se mudó a Paso de Patria...

La persona ideal para esa empresa hubiera sido Herreros, pero como Herreros había muerto en Matto Grosso descargando un depósito de pólvora, tuvieron que darle el mando a Meza, un hombre algo mediocre pero de buena voluntad, que recién se presentó frente a la flota brasilerá a las 9 de la mañana; menos mal que los negros esos estaban anclados y con los fuegos apagados, porque o sino nos hubieran destruido hasta el último hombre. También favoreció a los nuestros la artillería del general Bruguez, que tenía apostadas sus baterías sobre la orilla de enfrente del Paraná, y que desde allí les hacía llover bala a los macacos que cuando vieron nuestros barcos frente a frente se murieron de miedo; el único que tuvo un poco de iniciativa fue un maquinista brasileró, que hizo lo que tenía que hacer: echarle leña al fuego... El jefe de la flota se puso pálido de miedo, no sabía qué hacer... Quiero decir el subjefe, porque el jefe en realidad era el almirante Tamandaré, que se andaba divirtiendo en Buenos Aires, y que recién se encargó de sus marineritos en marzo/66.

Estos son detalles que supe después, porque al momento de la batalla yo estaba con mi jefe en Humaitá, pero él no me había dicho ni una palabra, porque entonces era todavía muy nuevo en el ejército, y también porque el Mariscal era muy discreto. Tenía que serlo, porque en nuestro campamento había espías y entonces hablaba muy poco de la guerra y de sus planes; ni siquiera con Isidoro Resquín solía hablar de eso. La noche antes yo había estado en una fiesta como edecán del Mariscal... mejor dicho, una recepción oficial. [33]

¿No le dice nada?

Es que la juventud moderna está perdiendo el sentido de las buenas costumbres, una cosa que resulta tan necesaria... Porque por más hombre que sea un hombre, siempre tiene que tener ese sentido de la buena educación; lo cortés no quita lo valiente. Valientes éramos nosotros, eso todo el mundo lo sabe, pero cuando íbamos a una fiesta, todo el mundo tenía que portarse como gente fina. El Mariscal era muy exigente en eso, y hasta al mismo Díaz le exigía hablar en castellano, y eso que Díaz era el único oficial que podía hablarle como quería a López. Algunos dicen que exageraba, sobre todo cuando se ponía a hablar francés con Cochelet y la Madama, pero dentro de todo nos enseñó muchas cosas, porque antes de eso todo el mundo masticaba su naco y escupía en el suelo, hasta las señoras, y López con la Madama Lynch les fueron enseñando un poco a civilización, sobre todo cuando abrieron ese su Club Nacional, tan lindo en sus espejos dorados y alfombras como en Francia. ¡No sabe cuánto le costó al principio! Porque nadie quería usar las salvaderas sino en la misma alfombra, y en especial esas abuelitas que no tenían nada que hacer, venían no más a acompañar a sus nietas y se pasaban en los corredores chimentando y masticando sus po guazú y de tanto en tanto polleando para cualquier lado, hasta que el Mariscal puso un cabo de guardia para pegarle un grito a la que ensuciaba el piso con su tabaco mascado... O sea que también tenía que ser muy exigente, y si las costumbres cambiaron fue gracias a él, que no permitía las ordinarieces.

Por eso que el capitán Meza no se atrevía a pasar en la pieza aquella vez que le voy contando, o sea la víspera del Riachuelo. Esa fiesta donde estaba de edecán del Mariscal, y bastante nervioso porque yo era nuevo.

-Excelencia, el capitán Meza desea hablar con usted.

-Hágase cargo, alférez Caballero.

-Con su perdón de usted, Excelencia, pero quiere hablar solamente con usted.

-Entonces hágalo esperar.

Me parece que dijo eso para hacerle creer a la que estaba con él que ella le importaba más que el resto, porque en eso mi jefe era un maestro; a cada una le hacía creer que era la única. Y no sé cómo hacía, porque solía ir a la fiesta con dos o tres, como esta vuelta, que se fue con la Lynch y la Pessoa y encima una tercera, que ahora le hacía la corte disimuladamente. Pero también ha de ser por el capitán Meza, un perfecto pesado. Él siempre pidiendo más botones para el chaleco de sus soldados o más sal para la sopa o cualquier otra cosa, así que cuando lo veíamos [34] llegar salíamos corriendo, y hasta el mismo Mariscal se hacía el tonto. Así que tuvo que esperar no más el capitán Meza, y yo que era muy nuevo no sabía si decirle que pase o no, aunque estaba lloviendo. Menos mal que se cansó después de un rato y se fue, pero antes me dijo:

-Caballero, no se olvide de mandarme los garfios.

Me lo dijo de una forma muy especial, me parece que él pensaba que yo sabía, pero por supuesto que no sabía nada. Para colmo, el Mariscal se retiró de la fiesta bien acompañado,

así que no le pude preguntar nada de los garfios, y me quedé encargado de decirle a la Madama Lynch que mi jefe se iba a su PC para planear una batalla.

Ella no me creyó ni un poquito; más bien creyó que yo lo estaba apañando (como siempre pensaba). Pero al final tuvo que creerme, porque al día siguiente por la tarde comenzamos a sonar el zafarrancho de combate, y nuestros artilleros se dispusieron a recibirlos con bala encadenada y bombas; comienzan a tirar de veras, hasta que los del barco comienzan a quejarse diciéndonos en guaraní que no los matemos, y entonces comprendimos que volvían los nuestros, pero con la oscuridad y con la niebla no podíamos verlos. Por eso les matamos unos cuantos, que fue una lástima porque los brasileros ya los habían matado bastante, porque esa había sido, justamente, esa batalla de Riachuelo que le dije, donde los brasileros nos destruyeron la flota, así que volvieron muy pocos a Humaitá.

Entre los más maltrechos el capitán Meza, que desciende de su barco todo agujereado en una camilla que a cada rato echan esos marineritos lastimados que lo llevan.

Sus últimas palabras son para mí.

-¡Hijo de la gran puta!

El Mariscal llega un poco más tarde y tengo que contarle, con el debido permiso para repetirle esas palabras sucias que no nos permitía.

-¡Indigno de un soldado paraguayo!

Creo que si Meza no moría, López lo hacía fusilar como al general Robles, porque nos causó demasiado perjuicio. No es lo que nos hizo perder nuestros barcos únicamente; también volvió sin los barcos enemigos, que es lo que se le había encargado, y con eso perdimos el control del río, y aunque volvimos a asaltar los acorazados en canoas dos veces más, teníamos no más que fracasar esas dos veces, con muchas pérdidas, porque después de la chambonada de Meza ellos ya estaban alertas y no se dejaban sorprender.

-Dígame, Caballero, ¿ese atarantado de Meza no le pidió los garfios de abordaje? [35]

-En ningún momento, Excelencia.

No le estaba mintiendo, porque lo que Meza me pedía eran garfios y no de abordaje, así que yo no podía comprender luego; él tenía la obligación de hablar más claro. O sea que la culpa era de él, pero lo mismo me quedó un sentimiento como de culpa, porque soy una persona responsable, pero por suerte me enteré después que igual no más tenía que fallar porque los barcos de los negros tenían sobre su borda redes de abordaje, así que ni con ganchos y todo los podían abordar. [37]

## De la volubilidad de la fortuna

Ese asunto de Riachuelo me tenía preocupado, porque si querían buscarle tres pies al gato podían echarme la culpa a mí y entonces pasaba a la historia como el hombre que destruyó la flota paraguaya. Todo por pura envidia, porque como decía monseñor cuanto más asciende uno, más pueden verle los demás el culo, y mayor es su tentación de patearte en ese lugar. Cierto que todavía yo no había ascendido tanto, pero ya se veía que me esperaba una carrera brillante, y eso le molestaba a cierta gente, como le voy a contar.

Para comenzar, mi entrada en el ejército.

Yo entré en el cuartel de Cerro León como recluta en abril de 1864, cuando el Mariscal (o sea el general) López preparaba su ejército porque ya maliciaba que los vecinos lo querían invadir, y como nos contó el obispo en su latín, si haces la guerra haces la paz (eso fue cuando Monseñor decidió acompañar al Presidente, y se vino con S.E. al campamento militar, dejando la capital, y se mandó un discurso que nos dejó muy entusiasmados, porque en esa época todavía monseñor era un patriota).

Mi entrada, al comienzo, no tenía nada de especial. O sea lo contrario, porque para darte un puesto te hacían leer una hoja de El Semanario, para ver si leías o no, porque a los que ya leían los mandaban directamente de cabos en vez de reclutas, y todos preferían de cabos, porque los cabos en nuestro tiempo andaban siempre con su bastón en la mano, y podían darte dos golpes sin decir el por qué ni para qué. Que a la larga resultaba mejor para la disciplina, pero cuando uno recién llegaba le tenía miedo, y entonces prefería entrar de cabo, sobre todo porque el diario ese no tenía dibujos y la letra era muy chica, así que me costaba y el paí se puso nervioso y me dijo que estaba engañando al ejército porque no leía nada; un cura muy nervioso. En realidad no era tanto, y después me salvó la vida en la batalla de Avay, pero se portaba así para impresionar a los reclutas desde el primer momento, porque si le ven a usted cara de flojo, ya no se arregla más. Pero me mandó a los gritos [38] a ponerme el uniforme de soldado raso, y menos mal que me mandaron a la caballería, que le gustaba tanto al Mariscal.

Porque después vino a recorrer el campamento el entonces general Francisco López, que no era muy alto pero le gustaban los soldados altos, y yo en primera fila, porque tengo como 1,90 y preguntó quién era, nos hacía revista. Y yo le contesté marcialmente:

-Bernardino Caballero, listo para morir por la patria.

Y allí mi pobre madre se puso a llorar, y entonces reparó que mi madre estaba, ella con la familia, porque en el ingreso al cuartel siempre era así, sobre todo cuando un hijo único como yo se mete en el cuartel y las demás son mujeres... También ocurre que el Mariscal conocía a mi familia, aunque de nombre, porque no éramos gente del montón sino bien. O sea que se pusieron a conversar allí, cuando hacían la revista militar, y entonces el Mariscal le dijo a mi mamá:

-Señora, usted puede volver tranquila a su hogar. Su hijo, a mi lado, está llamado a una brillante carrera. Yo velaré por él, y le aseguro que pronto le dará motivos de sentirse orgullosa.

Resulta que más adelante nosotros llegamos a tener mayor confianza con el Mariscal, o sea no solamente yo sino la familia en general, porque mi hermana Asunción se casó con el comandante Julián Insfrán, que era de la escolta presidencial, y entonces Asunción le preguntó cómo había sabido aquella vuelta que yo llegaría a general, y el Mariscal le dijo que un militar siempre reconoce a un militar, es una simpatía natural que se nota al principio.

Y tiene que ser así.

Porque desde el primer comienzo ya me dieron un trato especial, y no precisamente favoritismo sino que vieron que yo montaba bien a caballo, que era respetuoso, y enseguida me ascendieron a cabo pero ya me trataban como oficial: el cabo Caballero recibía tratamiento de oficial y merecía consideraciones especiales de sus superiores. Sólo algunos días permaneció confundido en el anonimato de las filas. El recluta pasó a ser instructor de sus compañeros, recibiendo él, por su parte, instrucciones particulares, con singular aprovechamiento. Eso es del libro de O'Leary, El centauro de Ybycuí, que vamos a ver si se apura en publicar porque yo ya estoy apurado; a los 71 no se tiene demasiado tiempo por delante.

Pero publicado o no, el asunto es que resulta cierto; así mismo es como dice O'Leary. También es cierto que de cabo pasé a sargento, y eso fue con una recomendación especial, porque el coronel Isidoro Resquín recibió unos sargentos recomendados cuando marchó a Matto [39] Grosso, como cuenta O'Leary. No solamente eso, sino que también el Mariscal me dio una libretita para controlar un poco al ejército, y eso le molestaba al comandante Resquín, que me tenía envidia...

Bueno, el asunto es que allá por diciembre/64 salimos de la Asunción con banda de música y nos embarcamos en el puerto. De allí llegamos hasta Concepción, de donde el coronel Barrios siguió hacia el norte por agua, y les tomó una serie de fortines a los brasileros, mientras que nosotros salíamos de Concepción por tierra, quiero decir la columna de Resquín, y también los hicimos correr de lo lindo, porque cada vez que nos veían llegar, los enemigos salían corriendo. Fue como un ensayo militar, que necesitábamos, porque los enemigos en serio estaban hacia el sur, en el Uruguay, pero el Mariscal nos mandó hacia el norte para que nos ensayemos un poco y de paso para capturarles esos enormes depósitos de pólvora que tenían en Matto Grosso, y que nos fueron tan útiles.

Comprendo que usted hace la historia, y que quiere saber toda la verdad. Pero queda muy mal que uno hable de uno mismo, así que solamente le voy a decir una cosa: que el comandante Resquín no me quería pero que lo mismo me ascendieron. Es a mi favor, pero al fin de cuentas se trata de la historia...

Entre las brillantes acciones en las cuales me tocó participar, estaba esa del Río Desbarrancado, porque los brasileros que eran menos, echaron abajo el puente y se pusieron a hacernos gestos indecentes del otro lado, pero yo me di cuenta de que podíamos saltar (aunque peligroso) y comenzamos a saltar con nuestros caballos al otro lado y les matamos unos cuantos y yo capturé una bandera, pero sin que el coronel Resquín me felicite para nada.

De todos modos ganamos la campaña; para abril del 65, el asunto estaba terminado, prácticamente, y gracias a eso el Mariscal pudo seguir adelante, con la invasión de la Argentina y el Brasil a partir de abril. Yo ya no estuve en esa porque seguía en el norte, en el Matto Grosso, hasta que el Mariscal nos hizo presentarnos en el cuartel de Humaitá, donde él estaba entonces.

Y allá nos fuimos en junio/65, mi coronel Resquín y yo; los dos le dimos parte al Mariscal López. El primero, por ser más antiguo, y por supuesto que le contó solamente la parte que le convenía, por eso fue que el Mariscal, después, me dijo que le pase mi informe, para controlar la verdad. Y yo, que tenía mi libretita que me había dado el Mariscal para anotar todo, le conté que una vez, o sea esa vez del Río Desbarrancado, el coronel Resquín se bañaba en un río mientras que nosotros peleábamos; también le conté otras cosas, y mientras le contaba el coronel [40] se ponía de más en más rabioso, pero al terminar me dijo el Mariscal:

-¡Muy bien! ¡Así me gusta! Ha hablado usted con la franqueza y con la lealtad que deseaba. Es usted el hombre que me había imaginado, sea siempre así y contará con toda mi protección. Queda ascendido a alférez y pasa a ser uno de mis ayudantes.

Desde ese momento pasé a la Mayoría del Mariscal; él me tenía mucha consideración. El problema fue cuando llegó su cumpleaños, el 24 de julio, porque todo el mundo le regalaba algo y yo no sabía qué. Ciertamente teníamos propiedad, y que desde allí me mandaban carne, mandioca y esas cosas, pero era demasiado arduo regalarle en su día unas cuantas bolsas de papas, algo diferente tenía que ser, por lo menos para la fiesta. (Aunque de mandar mandábamos siempre alguna vaquita para el ejército, algunas canastas de provistas, porque los proveedores hacían faltar las cosas y entonces siempre se apreciaba alguna ayuda). Porque el 24 de julio todo el mundo se esmeraba: desde las cinco de la mañana ya comenzaban a sonar las salvas y la gente ya esperaba en la puerta de su residencia el turno para visitarle; era una fila larguísima de gente que se pasaba todo el día dándole la mano y al final el hombre tenía que remojar sus manos en agua caliente porque le dolía de tantos apretones.

También estaban los diarios, que no se quedaban atrás, y el que sabía escribir un poco no perdía la ocasión de lucirse:

¡EL EXMO. SEÑOR MARISCAL LÓPEZ!

He aquí un nombre ante el cual la imaginación humana queda absorta en la más dulce y profunda contemplación, sin bastarle las alas de su rápido e infinito vuelo a remontar la inmensidad de su eclíptica luminosa.

¡EL MARISCAL LÓPEZ! es el más grande y portentoso destello de la Divinidad representado en el hombre. Su conspicua personalidad, es el más grande luminar que por vez primera ha visto la tierra bañar sus ámbitos.

No es posible, pues, encontrar palabras que expresen cumplida ni medianamente su significado, ya que su grandeza no tiene grados de comparación, porque en la vida de la humanidad no hay un sólo punto sobre que establecerla.

¿Qué decir entonces, que satisfaga la medida del deseo de decir qué es el MARISCAL LÓPEZ, en estos felices momentos que su glorioso natalicio precipita y acumula sobre la mente los recuerdos de su [41] vida? Nada más, que decir. ¡EL MARISCAL LÓPEZ!, que es la palabra sublime, la voz mística que contiene en sí la conjunción de las ideas las más bellas y las más grandes que brotan del alma y del corazón a su eléctrico contacto.

¿Cuál es aquel que no siente las más gratas emociones, ya no sólo al pronunciar, sino al escuchar ese nombre sagrado?

¿Cuál es aquel que no encuentre colmada su vida de los inestimables beneficios que ha derramado pródigamente en ella el MARISCAL LÓPEZ?

¿Cuál es aquel que no levante su admiración hacia el MARISCAL LÓPEZ contemplándole por su Genio, por sus talentos y sus virtudes como un hombre providencial?

Y, ¿quién es aquel que, viviendo en el MARISCAL LÓPEZ, no se encuentre animado de una dulce satisfacción y de un santo regocijo, no se ocupe en buscar los medios más vehementes de ofrecerle en este día un testimonio de gratitud y de su amor?

¡Ah! ¿pero quién aquel que por grandes y felices que sean esos medios, cree haber dado cima a su deseo?

Entonces usted ve cómo eran elocuentes, y cómo todos trataban de lucirse el 24 de julio, pero yo no tenía más que los frutos de mi granja, porque dinero en efectivo había poco entonces, y de cualquier manera era muy difícil comprar nada (digamos un regalito) porque todo se vendía a precio de oro, andaban muy sin vergüenzas con la guerra.

Yo me rompí la cabeza, pero no tenía más que el reloj de oro del marqués aquel. Porque resulta que cuando invadimos Matto Grosso llegamos en una de esas a una estancia donde había un brasilerero marqués o conde, y los muchachos comenzaron a confiscar lo que había adentro -incluso algunos requecheaban. Y yo de golpe veo ese reloj de oro, pero no quería tocarlo porque las Ordenanzas Militares españolas daban pena de horca al que le encontraban un alfiler del enemigo en el bolsillo -el saqueo prohibido si no es con autorización. Así me estaba dudando hasta que el fin me digo que valía la pena, porque al final de cuentas en aquel momento no estaba seguro si iba a seguir con vida o no, y siempre se quiere un recuerdo, por lo menos para mandárselo a la familia en caso de fallecimiento.

Pero después ese Resquín se pone a revisarnos uno a uno, y a mí con mayor razón, y menos mal que no se le ocurrió revisar la bota porque estaba perdido.

Así que me salvé por un pelo. [42]

Y desde entonces guardaba mi reloj con mucho cariño, porque las cosas que más cuestan son las que más se quieren, y cuando llega el 24 de julio pienso que es mi único regalo para el Mariscal López... Cosas que se hacen de mozo, porque cuando se piensa dos veces se ve que resulta peligroso... Pero de todos modos le entregué mi reloj; me quedé blanco y medio cuando me preguntó de dónde, justamente en presencia de Resquín, pero si se tiene que armar la buena, me dije, que se arme. Así que le conté no más la pura verdad, y Resquín estaba a punto de recordar las Ordenanzas Militares y los cuatro tiradores (en Paraguay no se ahorca a nadie)... Lo que vale en la vida es la honestidad, mi amigo, usted verá. Porque al Mariscal le encantó mi franqueza, dijo que todo estaba bien con tal de perjudicar a los cambá. [43]

## Capítulo VI

De la visita que me hizo el obispo Manuel Antonio Palacios mientras estaba arrestado

Cuando lo vi entrar al obispo Palacios me puse muy contento; todavía no sabía lo malo que era y me pareció que venía de puro bueno... de paso, me ofrecí a confesarme, porque al fin y al cabo soy creyente y también porque me convenía un poco. Entonces le dije al obispo la pura verdad: le dije que me gustaba mucho mi carrera, que quería seguir así pero que, lamentablemente, me habían castigado y no sabía por qué. Monseñor entonces me preguntó si no era cierto que don Benigno me había dicho que el Mariscal era un cobarde, y que la invasión en la Argentina se perdió porque el Mariscal se había quedado en Asunción jugando al dominó con él (con monseñor). Yo le contesté que de ninguna manera; que nosotros no hablábamos de política. Entonces me preguntó de qué hablábamos; le dije que de mujeres. Entonces me preguntó de quienes, bajo el secreto de confesión, y yo le conté algunas aventuritas del campamento, que le divertieron bastante; parecía muy divertido, y en una de esas me comentó: «Eso le va a gustar muchísimo a S. E.» ...No, no se lo puedo contar, es una dama muy conocida y que todavía vive, yo no hablo mal de las mujeres... Bueno, aprovechando que tenía que verse con López, yo le encargué que le diga, también, que yo estaba listo para cualquier servicio, y eso es lo que hizo, justamente.

Porque cinco minutos después de salir el obispo me dicen que el Mariscal quiere verme, y entonces me presento y él me da una carta. Parecía como en los buenos tiempos, porque el encargado de llevar sus órdenes secretas era yo. También me indicó el camino para llevar la carta, pero cuando comencé a meterme casi me meto del todo, y si no era por unos baqueanos, que andaban por ahí seguía sobre la montura de mi caballo, que debe de andar hundiéndose en ese pantano que no tenía fondo... Así que tuve que volver con las manos vacías, y el Mariscal se enojó mucho al verme de vuelta; tan enojado estaba el que no le pude [44] decir que me había indicado mal el camino... Aunque tampoco sé si no era a propósito, para castigarme un poco, ¡vaya a saber las cosas que le dijo ese obispo!



Usted no puede entender eso porque no lo conoció...

Yo tampoco lo entendía en el momento, pero después me di cuenta de lo que era... Para colmo era un tipo muy simpático y muy inteligente, así que lo tenía conquistado a López.

Menos mal que después lo reemplazó el padre Maíz.

Sí, el padre Maíz andaba en desgracia para la época que le estoy contando, y fue después que comenzó a subir, que lo sacó de su puesto al obispo Palacios, aunque a Maíz no pudieron nombrarlo obispo durante la guerra (aunque López quería)...

La historia venía de atrás.

De allá por 1862, cuando el presidente era todavía don Carlos, y en Asunción se veían dos jóvenes con futuro: el general Francisco López, que todo el mundo veía presidente; el presbítero Fidel Maíz, que todo el mundo veía obispo. ¿Pero qué pasa? En setiembre del 62 muere don Carlos, y don Francisco ocupa el lugar de su padre, pero Fidel Maíz se va a la cárcel. ¿El motivo? Las maniobras del cura Manuel Antonio Palacios, que no era nadie y que lo envidiaba a Fidel Maíz, un hombre superior. Entonces le hacen un proceso y le prueban (todo se puede probar cuando uno quiere) que leía los libros de los franceses ateos y que enseñaba indecencias a los alumnos del seminario y que hacía de todo con las señoritas... Una mentira enorme, porque Maíz era el único cura que respetaba a las mujeres; a los demás las señoras no los dejaban solos con sus hijas... Pero Palacios era muy ladino para fabricar las pruebas, así que al pobre Maíz tuvieron que mandarlo no más al encierro, y así quedó como tres años, hasta que comenzaron a necesitar un hombre leído para escribir en nuestros diarios y también por un problema que teníamos con el Vaticano, porque nos querían poner bajo el mando del monseñor de Buenos Aires a toda la iglesia paraguaya. Para eso hacían falta discursos en latín y todo el resto, entonces le levantaron el encierro a Maíz, poquito a poco.

Hasta que un buen día llega mi mamá con un artículo de El Semanario para que yo se lo lea:

## EXPRESIÓN DE GRATITUD

¡O gracia! ¡O insigne gracia de perdón y libertad que me ha concedido el Exmo. Sr. Mariscal don Francisco S. López! [45]

¿Quién sino un FRANCISCO SOLANO LÓPEZ, lleno de dulzura y de indulgencia, y empleando con la más sorprendente habilidad todos los recursos de la ciencia más íntima del corazón humano, del conocimiento más profundo de todos los ramos de la ciencia; sea religiosa y moral, histórica y social, filosófica y jurídica, canónica y civil, sagrada y profana, podía hacer que donde abundara el pecado, abundara mucho más la gracia; que del mismo modo que dominó el pecado hasta la muerte, del mismo modo puede reinar la gracia hasta la vida eterna!

Roguemos continuamente por esta preciosa existencia que no puede reemplazarse, sea preservada por los siglos de los siglos. Que su nombre inmortal vibre continuamente en nuestros labios; que su gloriosa imagen viva siempre en el fondo de nuestras meditaciones. Pensemos en ÉL, pensemos con ÉL, pensemos por ÉL; no durmamos, no nos despertemos sino bajo la dulce y vivificadora influencia y bajo la benéfica y refrigerante sombra de FRANCISCO SOLANO LÓPEZ, que es tan justamente la gloria, el honor y la alegría de su patria, su única y entera esperanza...!

San Bernardo acostumbraba decir que no había placer en leer o conversar, si no estaba continuamente invocando el dulce nombre de Jesús, que Jesús es miel en la boca, melodía en el oído y alegría en el corazón. No vacilo en decir otro tanto, por mi parte, tratándose de AQUEL que ocupa su lugar en nuestro pueblo...

¡Ah! FRANCISCO S. LÓPEZ es para mí más que para ningún otro paraguayo verdadero PADRE Y SALVADOR; y por lo mismo es también para mí muy especialmente el objeto único de las nuevas afecciones de mi corazón convertido. Que ÉL se digne mirar siempre propicio a su hijo pródigo posternado a sus pies.

Campamento en Paso Pucú, Noviembre 27 de 1866.

FIDEL MAÍZ

La verdad que los curas no me interesan mucho... Pero este caso lo recuerdo bien, por mi difunta madre, que cuando le leí el artículo se puso muy contenta porque lo respetaba mucho al Fidel Maíz (como las demás señoras)... Después pasé por la comandancia, y allí me encontré con el general Díaz, él, que siempre decía lo que pensaba, que le decía al obispo que con una carta tan linda Maíz le estaba ganando de mano, y que para no perder tendría que escribir otra todavía mejor. El obispo no quería demostrar, pero se veía bien que estaba bien pichado. [46] [47]

Capítulo VII

De mi rehabilitación con el Exmo. Señor Mariscal López, coincidente (más o menos) con la invasión del Paraguay por los ejércitos de la Tripleza Alianza (16. IV. 66)

Usted está escribiendo para la historia, mi amigo, y para que todo se entienda no tiene importancia repetir, así que le repito que ahora estamos en marzo/66, cuando me tenían a mí encerrado en mi tienda y sin saber qué pensaban hacer con mi pobre persona.

1866 era un año que comenzaba mal, así como 1865 comenzó bien...

Porque 1865 lo comenzamos invadiendo el Matto Grosso, donde les ganamos sin ninguna dificultad, y lo continuamos bastante bien, invadiendo la Argentina y el Brasil en el mes de abril, sin mucha oposición. Pero a partir de allí comenzaron los problemas,

porque en el mes de junio nos quedamos sin flota (Riachuelo); en el mes de setiembre sin Estigarribia (Uruguayana) y en el mes de octubre sin Corrientes -tuvimos que retirarnos de la Argentina y corriendo, porque o sino el resto de nuestro ejército se perdía como en Uruguayana. Aunque a veces pienso que hubiera sido mejor dejarlo allá, para que les contagien a ellos todas las enfermedades que nos contagiaron a nosotros: la disentería, la neumonía, el sarampión, la varicela. Y no le hablo ya de las ideas raras, de la indisciplina, de las deserciones. Entonces fue por compasión que el Mariscal López lo hizo fusilar al general Robles. Quiero decir, no solamente por haber destruido el mejor ejército que teníamos y que sin haber peleado mucho volvió por la mitad; fue también porque o sino tenía que diezmar nuestra División del Sur, y resultaba mucho más decente ajusticiar un general para que el soldado entienda que la cosa va en serio -en vez de tener que contarlos de a diez y hacer el juego de las pajitas más cortas y más largas como tuvimos que hacer en Curuzú.

Conste que 1865 no se cerró tan mal, porque nuestra División del Sur (el resto) cruzó el río Paraná a vista y paciencia de los brasileros. [48] También es cierto que 1866 no comenzaba del todo mal, porque el almirante Tamandaré siguió en Buenos Aires hasta marzo, y recién desde entonces comenzó a molestarnos con sus barquitos, por eso los cañoneos que se oían todo el día. Porque aunque éramos menos, no los dejábamos en paz; todos los días salía por el río el teniente Fariña con su chata artillada para volverlos locos; también el general Bruguez hacía puntería de tanto en tanto, metiéndoles una bomba por la tronera de un acorazado y matando a veinte.

El único problema es que yo no podía ver el espectáculo encerrado en mi tienda y me ponía nervioso el ruido del cañón. Cuando usted se mueve, cuando está en combate, a usted ya no le importan los tiros; tiene demasiadas cosas de qué ocuparse. Pero cuando está quieto y en una tiendita donde no hay lugar, entonces los ruidos lo enloquecen aunque no sea cobarde. También me enloquecía el olor a muerto, porque los soldados se nos morían como 300 al día por las enfermedades que trajeron de Corrientes, y como el terreno es bajo y cavando un metro ya le sale agua, no se podía enterrarlos ni echarlos río abajo para que no los vean los aliados, y entonces se amontonaban hasta que tuviésemos tiempo de quemarlos, y mientras tanto el aire era un infierno.

Por eso fue que mamá, cuando vino a visitarme, me encontró tan flaco. Yo ni me esperaba la visita cuando sentí la discusión en la puerta:

-¡Pero chiquilín sinvergüenza, con quién te parece que estás tratando!

Yo estaba incomunicado, a decir verdad, pero el guardia no quiso discutir y la dejó entrar. Venía con María de la Cruz y unas bananas, dice que para trancar la diarrea.

Nos pusimos todos muy contentos, pero después comenzamos a llorar:

-Bernardino, te van a mandar...

-¿Adónde, mamá?

-Te van a mandar, mi hijo, te van a mandar...

Tardó media hora en calmarse para explicarme que a la isla esa. Porque debe saber que una de las ocurrencias del negro Tamandaré fue justamente artillar un banco en el medio del Río Paraná; un banco que no servía para nada, pero que le pusieron cañones y brasileros encima y entonces nos tentaba el amor propio. Una operación arriesgada, por eso ella no quería que me manden (sabía que me pusieron en la [49] lista). Yo le dije que no se preocupara, pero ella insistió que no y que no; que no debía irme.

Pero no sabía cómo; no sabíamos cómo, hasta que llegó Basilia después de pelearse con el guardia que finalmente la dejó entrar, y entonces ella dio con la idea:

-¡El general Díaz!

En realidad no era Díaz, sino la Madama Lynch; mis hermanas eran muy amigas con ella. Y como ella tenía confianza con Díaz, podía pedirle que no me pusiera en esa lista para el asalto, porque el comandante tenía que ser Díaz, justamente...

Usted sabe que se habían hecho muy amigos desde el tiempo en que Díaz era de la Policía y la llevaba a la Madama a la casa del entonces general López, que todavía no era presidente y que le tenía mucho respeto al presidente de esa época, su señor padre. Porque el viejo don Carlos no quería saber nada de la Madama Lynch; él se quejaba de que lo mandó a su hijo Francisco a Europa para estudiar y para esos asuntos diplomáticos y que lo único que ganó fue que el hijo se le estropeará en la Francia, que es luego el país de las malas costumbres, porque volvió Francisco de la Europa con esa inglesa divorciada (decía don Carlos), en vez de casarse por paraguayana como todo el mundo. Eso por lo menos decía don Carlos, un señor muy bravo cuando quería ser. Fíjese que cuando muere la hijita de López con la Madama Lynch, don Carlos no le deja que le dé a su nombre, así que la enterraron en la Recoleta como Corinne Lynch, donde todavía está la pobrecita. Y don Carlos tampoco no quería que la gente de la sociedad trate con ella. Ni le permitía ir en los bailes cuando estaba él, a no ser después de las doce, cuando el Presidente ya se había retirado. Tampoco les permitía que vivan juntos, y allí fue que Díaz les hizo un favor de amigo que no podían olvidar: Díaz se encargaba de llevar a escondidas a Madama Lynch a la casa de Francisco en coche y de traerla de vuelta a la casa de ella. Desde luego que así se arriesgaba, si el Presidente sabía perdía su carrera, pero justamente por eso era un gran favor, y después -o sea durante la guerra- Díaz era el jefe que más le respetaba, el único que podía decirle lo que quería al Mariscal, porque a ningún otro le permitía hablarle así...

Bueno, entonces mis hermanas hablan con la Madama y ella, que tenía confianza con José Eduvigis, le pide ese favor. Y entonces cuando se reúnen en el comando, el Mariscal le dice que me ponga en la lista de los asaltantes, pero Díaz que no porque no sé nadar.

-Entonces que se ahogue por flojo.

-Con flojos no tomamos esa isla. [50]

Así que me dejaron esa vuelta, y le quiero decir que por suerte... Ocurre que según parece, hubo quien se equivocó, porque los brasileros se alertaron y nos mataron mucha gente; casi todos. O sea que mamá tenía no más razón, porque si me iba yo también moría, y entonces hice bien en quedarme en la tienda -al fin y al cabo soy de caballería y en el agua no tengo nada que hacer.

Así me salvé de una buena, pero también ocurre que ser rechazado por el general Díaz podía ser una mancha en mi carrera, y entonces tuve una idea que me la dio María de la Cruz, ella parece que lo entendía bien al Mariscal porque era muy psicóloga. Ella me dijo que, igual no más, me presente en la tienda de López como voluntario y eso fue lo que hice, como le conté ya al maestro Juan O'Leary, que alguna vez lo ha de contar en su libro:

... sin esperar más entró resuelto en el salón y fue a colocarse en primera fila.

Solano López, que lo vio entrar, se detuvo a preguntarle qué hacía allí y como había abandonado su arresto.

Nada consiguió con súplicas y explicaciones. Recibió la orden de retirarse. Pero no se dio por vencido. No quiso regresar a su casa a continuar en la desesperación de su larga y desesperante prisión sin hacer una última tentativa. Esperó que la reunión se disolviera. El Mariscal quedó solo, siguiendo preocupado su paseo a lo largo de la sala. En una de sus idas y venidas, ya al obscurecer, vio frente a él, cuadrado, al teniente Caballero. Y en seguida este breve diálogo:

-¿Pero qué hace usted aquí? ¿No le he ordenado que vaya a seguir guardando arresto? ¿Qué es lo que pretende?

-Perdone, señor. Estoy desesperado. Permítame ir en la expedición que se prepara.

-¿Quiere ir a morir? ¡No! Vaya a guardar arresto. Y no me moleste más.

El Centauro volvió a su prisión.

Al día siguiente, 10 de abril de 1866, tenía lugar el asalto al banco, en que nos cubrimos de gloria, pero con dolorosas pérdidas.

Después de esto, el mismo Enrique Solano López le llevó su espada y le anunció que su padre había ordenado su libertad.

Y en seguida fue dueño otra vez del noble corazón de su jefe, que olvidó todo, para seguir amándolo con creciente ternura.

Exactamente así. Y de paso, usted debería conocer a O'Leary, Raúl, porque usted necesita dirección y él puede convertirse en su maestro. [51] Con una recomendación del maestro, usted podría conseguirse algún empleo como bibliotecario en Asunción, y allá puede dedicarse de lleno a sus escritos paraguayos... De paso, usted tendría que aclarar una cuestión que es muy importante, ya que se trata de una cuestión histórica. Quiero decir la

explicación. O sea por qué cuando yo tenía suerte, digamos cuando yo ascendía, la Patria se iba para abajo... ¿Cómo explicarle...? Vamos, tomemos por ejemplo este punto que le estoy contando: a mí me liberaron hacia el 16 de abril, o sea justamente cuando la Patria andaba de mala suerte, porque los aliados invadieron nuestro territorio. Una situación verdaderamente inconveniente... Y después siguió siendo más o menos igual, porque durante todo el tiempo que tuvimos ejército a mí me tenían en la Mayoría, y recién comenzaron a darme mando de tropa cuando se nos estaban acabando los soldados, cuando comenzamos a mandar al frente a las mujeres y a las criaturas de 10 años y a los viejos de 75... Una misión complicada, casi le diría que me mandaban al frente para perder, y que lo único que podía hacer es perder bien. No sé por qué tuve esa suerte... Y lo raro del caso es que a mí todo me salió bien, porque me volví más culto con la guerra, me hice de amigos influyentes, me dieron condecoraciones y todo eso. Sin embargo, a veces me angustiaba ser heroico; yo hubiera preferido pelear y volver con todos mis soldados, con o sin tanto heroísmo, en vez de llevar al campo 4 a 5.000 hombres y volver con nada... Como le digo, esta es una cuestión muy importante, muy profunda, que ustedes los historiadores tienen que explicar. Yo no la entiendo, pero tampoco tengo la obligación, porque soy un hombre de acción y no un letrado...

Pero volviendo a nuestros negros, ellos desembarcaron el 16 de abril y sobre el Río Paraguay, los desgraciados, un poco más arriba de la confluencia con el Río Paraná. A la cabeza estaba el mariscal Osorio, ese a quien después le arregle las cuentas. Pero de momento no pudimos pararlos, porque los habíamos estado esperando por el lado de Itapirú, esa nuestra batería que con sus dos cañoncitos tanto dolor de cabeza les daba, que quedaba como a una legua de nuestro campamento de Paso de Patria.

¡El Mariscal no podía creer cuando se lo contaron!

Pensó que era un error de los bomberos, pero cuando vio que era cierto, les mandó una carga para dejarlos tranquilos; allí les matamos unos cuantos, y eso que se mandó una partida pequeña. El 17 hubo otro combate y el 18 se apoderaron de Itapirú, que les dejamos tomar porque allí no había nada, porque los cañones ya los habíamos llevado. De allí siguieron avanzando hacia nuestro campamento; Thompson opinaba que era mejor dejarlos venir y esperar el ataque desde nuestras posiciones [52] bien atrincheradas, dice que; si nos quedábamos ahí podíamos causarles muchas bajas sin sufrir demasiado. Pero ese inglés se olvida de un detalle que no podíamos prever al elegir ese punto para nuestro campamento: la creciente del Río Paraná, que les permitió a ellos ponerse justo delante con sus barcos de artillería pesada, y entonces tuvimos que abandonar el campamento. Nos fuimos más al norte, al otro lado del Estero Bellaco Norte, y esa posición nos resultó muy buena porque nos quedamos mucho tiempo y de allí no nos movíamos...

Entonces los acorazados brasileiros se nos pusieron enfrente para comenzar a bombardearnos en la tarde del día 19. Ya podían haber comenzado [53] allí mismo, pero nos dieron tiempo, muy amablemente. Nos dieron tiempo hasta el otro día, el 20.

Desembarco aliado en Paraguay (16.IV.66) y repliegue del ejército paraguayo de Paso de Patria hacia el norte (plano de Thompson).

[53]

Ese mismo día por la mañana temprano, me encuentro con la Madama Lynch bastante nerviosa, que me pregunta dónde estaba López, que yo no sabía. Y es que el hombre ya tenía marchado hacia el norte, hacia el Estero Bellaco, pero a mí no me había pedido permiso ni tenía por qué informarle a ella, al fin y al cabo un secreto de estado que ni el mismo Resquín sabía.

Resquín estaba bastante nervioso porque el Mariscal no le había dejado instrucciones y entonces se sentía un poco postergado; al fin y al cabo era el jefe del Estado Mayor. Después comenzaron a bombardearnos, justo en el momento en que el Mariscal nos mandó un mensajero diciéndonos que estaba bien allá arriba y que nos reunamos con él; tuvimos que hacer a evacuación.

Lo más difícil fue el depósito de pólvora, sobre todo porque también había una bodega llena de licores que decidimos dejarla, pero para no regalar al enemigo nos decidimos a terminarla en el momento para los que tuvieran interés.

Yo no tomé ni un trago, siempre fui así, pero cuando más ocupado estaba en mi trabajo, veo un soldado que comienza a decirme indecencias y entonces veo todo rojo, como el toro.

-Caballero, ¿usted quiere hacernos volar a todos?

-¡Pero me está insultando, mi coronel Resquín!

-¡Guarde su pistola le digo!

El borracho continuaba:

-¡Suerte que tiene usted por sus hermanas tan lindas!

Gracias a Dios que me contuve.

El tipo seguía paseándose tranquilamente, fumando un cigarro robado de la despensa del Mariscal. Finalmente, alguien tuvo la buena idea de mostrarle otra botella de jerez desde el patio, y entonces salió para seguir fumando y bajarse su segunda botella fuera del polvorín.

Allí decidí aprovechar para vengarme.

-¡Caballero! Deje en paz a ese borracho que tenemos que vaciar este depósito y estamos bajo fuego.

Claro, Resquín se estaba vengando de la denuncia que le hice frente al Mariscal López... Pero tampoco se salió con la suya, porque al borracho aquel lo fusilaron por las indecencias que había dicho contra el honor del Mariscal y de mis dignas hermanas.

[54] [55]

## Parte II

De Humaitá a Lomas Valentinas (1866-1868) [56] [57]

### Capítulo I

De mi actuación en el combate de Estero Bellaco (2. V. 66), donde las armas paraguayas se cubrieron de gloria y yo también

¡Ah! Pero mire que usted está resultando flojazo, joven, siga no más escribiendo, deje no más esos mosquitos que no le van a hacer nada, aquí en Buenos Aires no pican tanto... Me pregunto qué hubiera hecho usted en nuestro cuadrilátero allá por el 66. Allá no se podía hablar porque al hablar se le llenaba la boca de mosquitos, pero ese fue nuestro campamento paraguayo del 66 al 68, pero aguantamos no más los bichos sin quejarnos, porque para aguantar estábamos. Y también porque a los otros les perjudicaba más. A ellos, que no estaban acostumbrados a los bichos del estero, al agua sucia, a los miasmas que largaban los pantanos y que en cosa de un mes les hicieron como 4.000 bajas. O por lo menos eso es lo que dice ese coronel Pallejas, que sentí mucho cuando murió de un tiro, porque sus memorias eran muy interesantes.

¿Qué le vamos a hacer?

Todo tiene su aspecto positivo y negativo, y si es cierto que se murió mucha gente también es cierto que sin eso el Paraguay no se hubiera hecho famoso ni yo estaría aquí dictándole mis memorias ni usted tendría nada que escribir ni el público nada que leer... Así que no tiene sentido hacerse el pacifista como los jóvenes de ahora, que quieren todas las ventajas pero sin las desventajas.

Sí, el cuadrilátero es esa parte que también le llaman Humaitá, por eso los argentinos hablan de la campaña de Humaitá, porque Humaitá era la fortaleza nuestra que quedaba sobre el Río Paraguay, pero solamente sobre el río, entonces tuvimos que reforzarla por el otro lado con una línea de fortificaciones que fueron kilómetros y kilómetros, y eso hacía que nuestras posiciones fueran impasables porque además del arte teníamos la naturaleza: esa es una región de bosques, carrizales, bañados, esteros, pantanos y lagunas... Casi le voy a decir que nuestro cuadrilátero era como una isla, que tenía por un lado el Río Paraguay [58] y por los otros una serie de charcos y que por los pocos pasos nosotros la habíamos cerrado con trincheras, fosos y canales. Una isla en el camino que llevaba a la Asunción, y por eso justamente que nos aposicionamos en ese lugar, para cerrarles el paso... Claro, estas



cosas no se entienden si usted no conoce el lugar, personalmente, pero eso ya tiene que hacerlo por su cuenta. Y mientras tanto, tiene que creer en mi palabra, porque no puedo explicarle demasiado cómo era el terreno.

En todo caso tiene los mapas de Thompson, ese inglés que vino contratado por nuestro gobierno para trabajar en el Paraguay, que hizo un poco la guerra y que después se corrió escribiendo un libro donde nos deja muy mal. Entonces usted prefiere mi dibujo, aunque no soy ingeniero como Thompson pero tampoco cobarde como él.

Este dibujo es la punta sur del Paraguay, la embocadura del Paraná con el Paraguay. La D es el desembarco de los aliados que le estaba contando, cuando desembarcaron el 16 de abril y tuvimos que retirarnos hacia el norte, después de haber peleado un rato. Allí fue que ocuparon el campamento de Paso de Patria, mientras nosotros nos mudamos sobre el Estero Bellaco Norte, para quedamos allí como dos años. [59]

Allí fue que hicimos nuestro famoso cuadrilátero, rodeando Humaitá, por eso fue que le llamaron Sebastopol de América, porque no podían tomarlo y a pesar de sus rifles de aguja, cañones krupp y todo lo demás. Aunque los defensores éramos muchos menos que ellos y con fusiles a chispa, y a veces ni siquiera con eso porque los fusiles no alcanzaban para todos y muchos los equipábamos con machete o lanza y nada más...

Pero de eso le voy a hablar después, ahora fíjese en el dibujo. Mire el Estero Bellaco, que en realidad son dos, porque tiene dos brazos: el norte (BN) y el sur (BS). Entre los dos está el campo de Tuyutí (T), donde después los negros pusieron su campamento y les asaltamos y se libró la batalla más grande de América el 24 de mayo. Les asaltamos nosotros, viniendo desde el norte del Estero Bellaco Norte, donde habíamos puesto nuestro campamento después de haber dejado Paso de Patria, sobre el Paraná... Eso después; lo que quería contarle ahora se pasó el 2 de mayo, cuando los aliados todavía no se habían mudado a Tuyutí, ni siquiera habían fortificado su campamento como se debe porque se olvidaron de llevar suficientes picos y palas. (No se imaginaban que la guerra iba a ser de posiciones; pensaban que una vez desembarcados seguían hasta Asunción y se terminaba el cuento). Eso sabíamos muy bien nosotros porque conocíamos el terreno y los espiábamos tranquilamente; ellos ni se sospechaban: no sabían donde estaban ni se atrevían a hacer reconocimientos. Así que seguían todos encimados, un poco más arriba de Paso de Patria, ese campamento que les dejamos ocupar por inservible.

Mientras tanto, el Mariscal no perdía un momento; yo maliciaba que algo estaba preparando porque cada vez que llegaba el general Díaz, él me hacía salir de la pieza (yo era demasiado nuevo todavía para enterarme de esas cosas). Para el primero de mayo ya tenía confirmada esa noticia, pero no sabía cómo ni dónde, cuando de repente viene entrando José de Jesús Martínez, que con sus diecinueve años ya era teniente y tenía condecoraciones y le dice al Mariscal:

-¿Por qué no me presta su alférez, Excelencia?

-Caballero es útil aquí, Martínez.

Pero Martínez siguió insistiendo, hasta que al final aceptó. Entonces tuve que armarme, equiparme, atravesar el Estero Bellaco Norte, el campo de Tuyutí, emboscarme por el Estero Bellaco Sur. Todavía no sabía bien para qué; mientras nos preparábamos para el ataque, Martínez me explicó por donde tenía que cargar.

El plan era un poco arriesgado, porque íbamos 4.000 paraguayos para atropellar el campamento aliado que tenía casi 50.000; pero para [60] Martínez, que me quería mucho, ese era un favor que me hacía, porque los mozos a esa edad tienen sus gustos, y así como para uno son los bailes, para otros la gresca; quiero decir como si Martínez me invitaba a un baile para el se me hacía un gran favor.

Pero en el fondo resultó un favor, porque el enemigo no había puesto centinelas. Entonces les caímos de sorpresa. Caímos sobre la vanguardia, que estaba al norte y el oeste; allí donde el uruguayo Flores tenía su carpa. Resulta que el uruguayo ese fue el que nos complicó las cosas, porque nosotros teníamos ido al Uruguay para protegerlo de los brasileiros, a pedido de ellos, pero cuando estábamos en camino el presidente Flores se hace presidente y entonces termina pactando con los argentinos y brasileiros en contra de nosotros.

Así que la culpa era de él.

Puede imaginarse entonces la rabia con que cargamos sobre la vanguardia, que eran los orientales; en un segundo liquidamos los batallones Florida, Libertad y todos los que se nos pusieron delante, y les tomamos también toda su batería, la batería oriental que le decían, unos hermosos cañones rayados sistema lahitte.

Cuando me vio llegar, el Mariscal me dijo:

-Parece que se asustó de los chumbos, Caballero.

Pero decía en broma, porque se veía bien que estaba muy contento, incluso me invitó a tomar un cognac en la comandancia mientras llegaba el resto.

Me preguntó de quien había sido la idea de volver con los cañones inmediatamente; le dije que mía. Eso le pareció muy bien. En realidad fue una idea de primera traerlos en seguida porque o sino los hubiésemos perdido de nuevo.

Porque el general Díaz, de puro nervioso, siguió cargando contra los aliados hasta llegar adonde estaba el grueso del ejército; cuando llegó ya lo estaban esperando. Y entonces tuvo que recular otra vez, y no de miedo, porque 4 contra 40 mil es un poco exagerado, por más valiente que uno sea. Y tampoco era eso lo que el Mariscal le dijo. Él le dijo que vaya a sablear a los negros, pero no todos juntos. Díaz, que era muy impulsivo, comenzó con la vanguardia de Flores, que era su objetivo, y se entusiasmó tanto después que siguió corriendo a los uruguayos hasta llegar al grueso del enemigo que ya lo estaba esperando y

entonces nos hicieron bastantes bajas (podían habernos hecho todavía más de ser más decididos y perseguirnos en serio).

Un error militar, por supuesto, pero que tampoco salió tan mal, porque lo importante fue el triunfo moral: demostrar que no les teníamos [61] miedo -justamente lo que probamos ese 2 de mayo. Desde ese punto de vista, nuestras bajas no importaban tanto, con tal de entusiasmar a nuestros soldados y desmoralizarlos a los otros, que fue precisamente lo que pasó, sobre todo por la fiesta que hicimos esa misma noche, que les hizo pensar a los soldados enemigos y a los nuestros que ganamos. Y eso a pesar de que Mitre y los otros jefes negros trataban de convencer a su tropa que ganaron ellos, pero no había modo de probar porque nos llevamos todos nuestros muertos y ellos se quedaron con los suyos (que no podían esconder como los escondimos a los nuestros).

Una cosa que siempre admiré en el Mariscal López es la forma de tratar los soldados... Conste que yo le imitaba un poco y no me salía tan mal, pero nunca llegué a ponerme a su altura. ¡Él era capaz de hacer pelear a los enfermos! Cuando veía un tipo caído en medio del campamento, le decía a sus ayudantes:

Denle un trago de caña.

Y después de la caña y de las palabras del jefe, el soldado se levantaba y salía corriendo para el frente aunque le faltara una pierna.

Es un don natural.

Ese 2 de mayo, por ejemplo, nuestros hombres volvieron bastante deprimidos del campo de batalla, y justamente por eso fue que el Mariscal organizó la fiesta -para hacerles olvidar que el enemigo los había corrido. Al principio parecía difícil, ¿cómo hacerles bailar sino tenían ganas y encima estaban muy cansados? Pero mi jefe para eso era un zorro. ¿Sabe lo que hizo? Ordenó que se carneara por la noche, y entonces tuvieron que ir no más los combatientes, que ese día no habían desayunado ni almorzado. Y cuando fueron ellos, comenzaron a llegar los otros por camaradería; al poco tiempo comenzó a correr la caña y los muchachos se olvidaron de sus muertos, y allí mismo se organizaron partidas para mortificarlos a los centinelas con bodoques, tirándoles con esos arcos de dos cuerdas que usan los indios para los pájaros y nosotros para los brasileros. ¡Eso se llama espíritu militar, cantamos y bailamos toda la noche, no les dejamos dormir un sueño a los otros, y lo único malo fue que al día siguiente me dolían las piernas de tantas galopas y a mi amigo De Jesús Martínez le iba un poco peor, porque había vuelto herido pero para dar el ejemplo bailó como todo el mundo -nadie diría que casi se desmaya porque estaba sangrando.

Por eso lo acompañé a la enfermería para curarse, pero lo que teníamos parecía un corral o un gallinero. Quiero decir nuestra sanidad militar, y eso por culpa de los médicos ingleses como el doctor Steward, a quien le pagábamos bien pero no hacía nada, y encima se comió la [62] plata del Mariscal... Masterman no era más inocente, ese farmacéutico que terminó conspirando con el cónsul americano... Y bueno, ¿qué quiere con esa gente? No podíamos tener un servicio mejor. Ni siquiera peor porque ya resultaba imposible; ¡usted no se imagina nuestra impresión, de Martínez y yo, al ver esas camas sucias donde ponían a los

que de tan débiles no podían resistirse a que les corten brazos y piernas...! Yo que vi tantas peleas todavía siento dentera cuando pienso en el ruidito del serrucho sobre el hueso fémur de aquel sargento... Con tanta miseria, salimos corriendo. Casi corriendo, porque Martínez no podía caminar, pero prefirió morir decentemente, si tenía que morir, a morir en un chiquero como ese. [63]

## Capítulo II

Del glorioso combate de Tuyutí (24. V. 66) el mayor de toda la América del sur

La guerra es como el boxeo inglés: lo peor que puede hacer usted cuando le dan un golpe es enojarse y tratar de devolverlo en seguida, porque entonces le colocan dos o tres más. Pero eso es exactamente lo que trataron de hacer los aliados después del 2 de mayo: devolvernos el golpe.

Por eso levantaron campamento y se mudaron más al norte, al lugar llamado Tuyutí, donde fue la batalla más grande de estos países.

Nosotros los estábamos mirando desde nuestras posiciones, desde el otro lado del Estero Bellaco Norte, que nos separaba de ellos; casi puedo decirle que nos gustaba ver un ejército tan lindo -quiero decir con tantos hombres, tantos caballos, tantos cañones nuevos, tantos uniformes de primera. Entonces ese doctor Torrens tuvo la ocurrencia de decir que era un ejército numeroso y bien armado; con eso nos salvó la vida a muchos. Porque más de uno pensaba exactamente lo mismo, aunque las Ordenanzas Militares prohibían propalar un rumor así, y como el que habló primero fue él, Torrens, lo fusilaron a él en nuestro lugar... Aprenda, joven, que en boca cerrada no entran moscas.

Parece que el Mariscal trataba de ajustar un poco la disciplina, que se había relajado un poco a pesar de nuestros esfuerzos, y eso porque los enemigos desembarcaron como querían desembarcar; nos tomaron nuestro campamento de Paso de Patria y no pudimos pararlos; ahora se nos venían a Tuyutí y tampoco los parábamos... Para el soldado común, eso significaba que estábamos perdiendo. Y en parte tenía que parecerle así, porque tampoco el Mariscal podía explicarle lo que estaba pensando.

De planear, planeaba, no crea usted que se quedaba dormido. Y eso que era un hombre muy reservado con sus planes, aquella vez reunió a su Estado Mayor y también a mí, porque me tenía confianza, y nos [64] contó que el enemigo pensaba atacarnos para el 25 de mayo, en celebración de la independencia argentina.

¿Qué debíamos hacer?

No teníamos demasiado tiempo para deliberar, porque al fin y al cabo todavía no habíamos comenzado en serio a fortificar nuestra posición, aunque nos ayudaba el terreno, pero de todos modos Wisner von Morgenstern dijo que mejor quedarse donde estábamos, levantar esos parapetos y preparar las trincheras para resistir el asalto. Dijo también que

podíamos hacer una picada por el bosque de Sauce, que quedaba justamente al otro lado del Estero Bellaco Norte (si se quiere una posición noroeste, cerca de la vanguardia, que otra vez se la habían dado al gaucho Flores); esa picada tenía que pasar por Sauce y llegar hasta el Potrero Piris, que quedaba más al sur, sobre la retaguardia del enemigo. Y bueno, cuando ellos estuviesen atacándonos con todo, nosotros les caíamos de sorpresa por el camino abierto desde nuestra derecha hasta el Potrero Piris. Naturalmente, era un camino que no se tenía que ver; había que dejarlo casi sin terminar, y en el momento del ataque, limpiar los últimos yuyos que lo separaban del campamento aliado... No podía fallar, decía Wisner, ese ingeniero austríaco o lo que sea que le hacía las trincheras al Mariscal (aunque según Thompson, las hacía él mismo).

A todo el mundo nos gustó la idea, así que salimos muy contentos de la reunión, casi diría con ganas de contarles nuestra idea a los soldados, a ver si se levantaba un poco esa moral. Porque los soldados son como los niños: a cada rato pueden ponerse tristes. Incluso después de nuestro gran festejo del 2 de mayo, en que todo el mundo comió con ganas, el ánimo seguía todavía un poquito bajo... Por eso había que hacer algo en seguida, porque nada peor que el soldado que se está mano sobre mano sin pelear y pensando todo el tiempo... Y el Mariscal entendía estas cosas muy bien, así que todo el tiempo mandaba sus guerrillas por el monte de Sauce, que conocíamos bien, y también por otras partes para escopetearlos de lo lindo tirando por desde entre los árboles. Eso lo hacíamos nosotros pero no ellos, que no sabían dónde estaban, que a veces no se atrevían a meterse en el monte para cortar leña, porque allí los esperaba alguno de nuestros baqueanos que se había quedado varios días emboscado detrás de un árbol y comiendo un poco de carne conservada y nada más -porque nuestro soldado es muy sufrido y aguanta todo tipo de privaciones; es capaz de esperar horas y días, confundándose con un bicho del monte, y cuando llega el enemigo ¡zas! le mete un tiro.

Con eso les bajábamos la moral. [65]

Y también les bajaban la moral las enfermedades de los pantanos, que se le habían llevado una buena cantidad de hombres, y todas las alimañas que se crían por allí los volvían locos; ellos no estaban acostumbrados. Y también las noticias de Buenos Aires, porque mientras el presidente Mitre pidió permiso para venir al frente como comandante en jefe, sus paisanos comenzaron a alborotarse, y en las provincias argentinas se hablaba de rebelión y era al fin y al cabo más que un comentario. Es que como dice el refrán el que va a villa pierde su silla, y eso estaba por ocurrirle a Mitre y en parte al Flores; así que ellos tenían más apuro que nosotros en terminar la guerra. Nosotros podíamos aguantar meses y años; al fin y al cabo estábamos en nuestro país, en nuestro campamento, y teníamos a mano nuestras familias. Y no nos molestaban los mosquitos del pantano.

Quiero decir que la situación estaba bien, y hasta el mismo Benigno estaba de acuerdo.

En realidad, me había prometido no hablar una palabra más con don Benigno, después del susto que me dio aquella conversación, pero esta vez fue un caso especial...

Porque llegó de la Asunción la madre de S. E. y entre todos los López hicieron un almuerzo en nuestro campamento; todos menos el Mariscal. Y allí Benigno dijo que

podíamos ganarles -al fin estaba de acuerdo- siempre que nos quedásemos en la defensa. Podíamos ganarles -decía- porque conocíamos el terreno y no teníamos apuro; era cuestión no más de impacientarlos, para que se vinieran al ataque a tontas y a locas. Ellos necesitaban eso por la política, porque en sus países les decían que no hacían nada, tenían que demostrar que hacían; también estaba eso de que habían perdido el entusiasmo, porque una vez que nos echaron de la Argentina y del Brasil ya la mayoría no quería más la guerra; decían que se podían terminar con el asunto, que ya no éramos peligro. También tenían problemas de logística, porque su centro estaba en Corrientes, pero nunca llegaban las provisiones ni las armas que mandaban de Buenos Aires y de Río -llegaban, en todo caso, pero la mitad y en malas condiciones... Yo me quedaba con la boca abierta oyéndolo hablar de todas estas cosas que no se entendía bien de dónde las sabía (de eso me enteré después); por primera vez parecía que podíamos ganar la guerra en serio, ahora que don Francisco y don Benigno estaban de acuerdo, cada cual desde su punto de vista pero de acuerdo.

Claro que no todo podía ser perfecto; don Benigno era demasiado criticón para eso. Él pensaba que, de cualquier manera, no podíamos salir ganando con la guerra. Eso es lo que él siempre decía: que la guerra [66] nos salía demasiado cara y que en vez de eso teníamos que ocuparnos de otras cosas... Allí estaba de acuerdo la familia, o sea la Señora Presidenta y las hermanas López; todas quejándose de lo cara que andaba la carne, de lo que había que pagar por medio jarro de maíz, de que no se conseguía una cebolla por ninguna parte; en fin, todo ese tipo de plagueo de mujeres que viven pensando en la cocina y nada más... Por eso don Benigno creía, y la familia también, que teníamos que aprovechar este ataque aliado para darles una buena paliza, y después ofrecerles una paz aceptable, así decía. Algo habría que darles, posiblemente, pero mejor darles algo que liquidar el país como tenía que liquidarse si seguía la guerra...

Menos mal que el Mariscal no se enteró de nuestra conversación.

Y si se enteró, tenía cosas más importantes de qué ocuparse para apresarme de nuevo...

Un día llego a la Mayoría y lo encuentro a mi jefe hablando en guaraní con el general Barrios para que no entienda Thompson y en inglés con Thompson para que su cuñado no entienda. Lo que quería saber era de quién la culpa, porque el Mariscal había recorrido la orilla del Estero Bellaco Norte (nuestra separación del enemigo) pero las trincheras no estaban hechas como había ordenado. (O sea que si el enemigo atacaba nos llevaba por delante). Pero cada cual le echaba la culpa al otro: Thompson decía que a él (el encargado de las trincheras) nadie le había transmitido ninguna orden; Barrios decía que sí, que le había pasado a su debido tiempo la orden del Mariscal pero que el inglés no había obedecido. ¡Vaya a saber quién mentía! Seguramente los dos; eran dos tramposos... Sea como sea, el caso es que los otros iban a atacarnos y no estábamos preparados.

Entonces tuvimos que reunirnos de nuevo, la situación había cambiado.

Wisner dijo que, de cualquier manera, teníamos que seguir con la defensiva. No teníamos suficientes fuerzas para atacarlos, decía, y de cualquier manera podíamos aprovechar el terreno, fortificarlo a la ligera; era siempre mejor que llevar una ofensiva. Porque el Estero Bellaco Norte lo podíamos represar; para eso teníamos tiempo, y si

poníamos detrás los 100 cañones de Bruguez, la línea podía ser muy fuerte, aunque las trincheras no sean tan profundas ni los parapetos tan sólidos. Thompson estuvo de acuerdo, dijo que él con sus hombres podían trabajar día y noche para mejorar la posición; no sabía si teníamos tiempo para organizar bien ese ataque por la retaguardia (el camino por Potrero Piris dice que era muy malo) pero por lo menos podíamos resistirles con bastante ventaja. Entonces Barrios le contestó [67] que el camino hacia el Potrero Piris lo había hecho él personalmente y que estaba muy bien, y allí se armó una discusión que el Mariscal tuvo que cortar.

Estaba muy enojado. Dijo que él no podía estar en todas partes; tenía que dividirnos el trabajo, pero que cada vez que se descuidaba, alguien le hacía una bellaquería. Espero que sus informes sean ciertos le dijo a Barrios, que se había ocupado de hacer el reconocimiento general del terreno porque López tenía demasiado trabajo para eso. Barrios le contestó que sí, que debíamos seguir con nuestro plan, pero el general Díaz intervino entonces, le dijo que ya le estaban cansando tantas discusiones; que parecía que ya les estábamos teniendo miedo a esos negros brasileros y que en vez de correrlos teníamos que enfrentarlos y eso le gustó mucho al Mariscal...

Y si quiere saber los nuevos planes, era un ataque general por cuatro lados: Resquín por la derecha; Marcó por el centro; Díaz por la izquierda; Barrios por la izquierda de la retaguardia. La columna de Barrios tenía que marchar hasta el Potrero Piris, aposicionarse en la punta del camino que habían hecho desde nuestro campamento al de los negros y desde allí caerles; al mismo tiempo, la columna Resquín tenía que atacarles por la derecha y después reunirse con la columna de Barrios. O sea que Barrios y Resquín tenían que batirlos por la retaguardia, juntándose en el medio del campamento aliado. Al mismo tiempo, Díaz tenía que atacarlos por la izquierda y Marcó con su columna por el centro; esos dos también tenían que juntarse entre ellos y después el enemigo estaba listo, porque lo atacaban por el frente y por atrás; lo tenían entre dos fuegos, como se dice militarmente.

Digamos que el trabajo de Díaz y de Marcó era el más difícil, tenían que romper las fortificaciones y tomar las baterías. Porque en nuestra época, joven, la artillería estaba en primera línea, sobre las trincheras; era lo que hoy serían las ametralladoras. No, no tiraban tan rápido como ahora, por eso al lado de los cañones poníamos infantería, para protegerlos de las cargas de caballería; pero cuando usted llenaba esos cañoncitos con metralla (eso quiere decir que no les ponía una sola bala grande sino una cantidad de bolitas de plomo), bueno, eso a corta distancia era infernal; cada tiro de metralla largaba una cantidad enorme de proyectiles, que podían pararle cualquier carga de caballería si no sabía atacar.

Pero ese fue, justamente, el trabajo que nos dieron a nosotros. Le digo nosotros porque también me fui en la pelea, por liga de mi amigo De Jesús Martínez. [68]

Resulta que esa noche me acosté a dormir con las botas puestas, porque el Mariscal me había hecho trabajar demasiado, y estaba ya dormido cuando siento el ruido y me levanto y estuve a punto de meterle un tiro porque entró de sorpresa. Pero después resulta que era no más De Jesús Martínez, que había venido a preguntarme si no quería sablear unos cuantos

cambá. Yo tenía ganas de decirle que ni negros ni blancos, que me deje dormir, pero era pues una cuestión de hombres y no podía dejar que él piense que yo tenía miedo, así que me fui con Martínez y le pedí que me explique en el camino.

Tiempo de explicarme tuvo, porque a las cuatro de la mañana ya estábamos metidos en el Estero Bellaco Norte, con el agua hasta el pecho del caballo, con un frío que nos llegaba al alma, con unos mosquitos que no le cuento. Desde las cuatro hasta el mediodía. Porque recién a mediodía el arruinado de Barrios llegó a su puesto de Potrero Piris y disparó su cohete a la congrève como señal de ataque, y cuando oímos el cohete nos pareció mucho mejor que tener los huesos en el agua.

El primero fue Díaz, que salió como un tiro desde el Monte de Sauce para caer sobre los uruguayos. Ya le había contado que el 2 de mayo nos llevamos todos sus cañones, pero mientras tanto le habían dado otros tantos al uruguayo Flores para que su batería oriental no quede sin cañones. También le prestaron brasileros, porque los uruguayos casi se le acabaron, y quedaba muy mal un aliado sin soldados. ¡De balde! Porque de nuevo Díaz se le venía encima y le mató más gente que el 2 de mayo, y desde entonces Flores siguió en la guerra, digamos por educación, [69] porque lo que aportaba era pura vyreza; los orientales eran cuatro gatos.

Nosotros salimos por el centro (yo estaba en la columna de Marcó); salimos para caerles a los brasileros, o sea la batería del comandante Mallet, que tenía sus 24 cañones sobre un parapeto que nos quedaba demasiado alto; quiero decir que resultaba imposible, pero no por eso nos desanimamos nosotros, sino que nos corrimos hacia la derecha de ellos, para caerles encima a los argentinos, que no se la esperaban. Los argentinos andaban muy orondos porque un ratito antes habían dispersado la columna de Isidoro Resquín, que les había salido por su derecha, pero ahora que llegábamos nosotros desde su izquierda se dieron el susto del año.

Ese fue un momento inolvidable.

Pienso que fue mi abogado, el escapulario de Nuestra Señora que llevaba cosido en la chaqueta, porque nos metían bala que daba gusto, y si no recibí un rasguño fue por milagro... También me ayudaba el buen ejemplo de Martínez; ese hombre atropellaba y lo obligaba a uno a atropellar, y en ese momento era imposible tener miedo; uno se siente muy seguro con un jefe así, que parece que ni siente las balas.

Por eso fue que hicimos un lindo trabajo: dispersamos a los artilleros argentinos. Lo único que no podíamos hacer era venir con cuerdas para llevamos los cañones a nuestro campo; eso era tarea de infantería, pero la infantería de nuestra columna se quedó rezagada por culpa de Marcó, que recibió una herida en la mano y ya se retiró del combate, en vez de continuar dirigiendo a sus soldados como debía ser. Uno que se portó bien fue José María Aguiar, no más que el pobre quedó baldado porque una bala le llevó la rodilla, y así tuvo que quedar hasta el final de la guerra el pobre. El que sentimos verdaderamente fue De Jesús Martínez, que lo enterramos a los 19 años y con grado de mayor y varias condecoraciones -un verdadero héroe.



-¡A usted debería pegarle cuatro tiros! -le dijo al coronel Isidoro Resquín.

Es que el Mariscal había visto la actuación de Resquín en el combate de Tuyutí: en vez de flanquear las baterías argentinas (las que después flanqueamos nosotros pero por el otro lado), Resquín las atacó de frente, y eso porque cruzó el Estero Bellaco por el vado equivocado, mientras nuestro jefe lo miraba con sus catalejos y se desesperaba, pero no podía hacer nada, absolutamente nada, para salvar a esos pobres soldados que cargaban de frente sobre los cañones argentinos y que caían [70] como moscas barridos por la metralla; tampoco podía salvar a los que no llegaron hasta los cañones porque se ahogaron en la corriente del Estero o se quedaron allí con el agua hasta el pecho, tratando de esconderse o de cruzarlo mientras los aliados les metían bala -todo por equivocarse el camino.

No lo fusiló de lástima, como tampoco fusiló esta vuelta a su cuñado Barrios -otro que nos fundió el ejército. Porque Barrios hizo tontería tras tontería. Primero: marchó borracho. Segundo: tenía que llegar a su puesto temprano pero llegó al mediodía, dándoles tiempo a prepararse. Tercero: no atacó como debía, porque ni siquiera pudo acercarse a la columna de Resquín (que por su parte fue liquidada antes de que pudiera acercarse a la de Barrios). Cuarto: hizo mal la picada hasta el Potrero Piris, porque la hizo tan angosta que los hombres marchaban atropellándose y de a dos... Después quiso decir que ya no había tiempo, pero entonces no se hubiera callado de puro tímido; le hubiera dicho Excelencia, lo que usted me manda no se puede... Al fin de cuentas el Mariscal era un hombre comprensivo y encima su cuñado, así que no lo hubiese fusilado por decirle la verdad. Pero Barrios, el muy miedoso, le dijo a todo que sí, y después se vio el resultado...

Lo peor del caso es que también lo perjudicó al general Díaz -vaya y pase si fundía su columna solamente. Porque Díaz había confiado en la palabra de Barrios, que hizo el reconocimiento. Y entonces atacó muy confiado; ni se imaginaba que la picada que había en el Monte Sauce no daba para desplegar un ejército rápidamente y sorprender al enemigo. Pero así no más era. Y entonces los hombres de Díaz tuvieron que ir saliendo al campo de Tuyutí en grupos chicos, formar en la llanura y atacar, y eso justamente les dio tiempo a la batería oriental a preparar sus cañones y tirarles, y así les causaron muchas bajas. Cierto que los hombres de Díaz pelearon bien; igual siguieron atacando. Se corrieron hacia el sur, hacia un punto entre Sauce y Potrero Piris, y por allí quisieron cargar. Lástima que había una laguna, y que cuando la cruzaban se les mojaba la pólvora, y también que el idiota de Barrios no había hecho nada, entonces los macacos pudieron llevar infantes y cañones para ese lado y detenerlos. Pero el Mariscal los felicitó igual a los pocos que volvieron, porque la culpa había sido de Barrios y no de ellos, que pelearon como paraguayos.

La verdad que esa batalla de Tuyutí fue muy importante para que los otros aprendan a respetarnos -dejando de lado nuestras bajas. Porque los oficiales aliados se quedaban con la boca abierta al ver que todos estaban a dos o tres metros de sus trincheras y que ninguno cayó con balas por la espalda. [71]

Justamente como quería el Mariscal. Yo me lo encontré, hablaba con Wisner al regresar de la batalla.

-¿Qué opina de eso?

-Pienso que es la batalla más grande de América del Sur.

-Tiene usted razón -le contestó mi jefe con orgullo. [72] [73]

### Capítulo III

Suite de Tuyutí y crónica del combate de Sauce (16/18. VII. 66)

-Si en tres semanas no tenemos novedades -dijo el Mariscal- la situación está salvada.

Como siempre, mi jefe tenía razón.

Porque después del 24 de mayo quedamos destruídos... Imagínese que de los 20.000 hombres que lanzamos al asalto, 6.000 quedaron en el campo de Tuyutí, heroicamente, pero muertos. De los sobrevivientes, Steward, Masterman y otros médicos traidores nos mataron unos 8. 000, que se los habíamos mandado muy graves; el resto quedó maltrecho, herido, disperso, vagando por los montes por dos o tres semanas antes de poder reincorporarse a nuestro ejército. Y para colmo no podíamos cavar las trincheras que no habíamos cavado antes del 24 de mayo, ahora que ya no teníamos hombres... Considerando que los otros eran unos 40.000, podían atropellarnos en cualquier momento.

Quiere decir que mi jefe tenía razón.

Aunque desde luego, don Benigno aprovechó la ocasión para criticarlo, justamente ahora que necesitaba apoyo, porque hasta el cónsul francés lo andaba traicionando.

Al cónsul francés, al Cochelet ese, lo pescamos por casualidad. Resulta que la señora Cochelet tenía una amiga que se peleó con ella y que había tenido mucha confianza en la casa del cónsul; entraba y salía cuando quería. Entonces la señora esa, que no le quiero dar el nombre, tenía muchas cosas que contar, y le contó a la Madama Lynch que en casa del francés se hablaba mal de nuestro Presidente... Él no quiso creer al comienzo, pensó que habladurías de mujeres enojadas, pero al final le hizo caso a la Madama y le puso un guardia. Digamos que comenzamos a controlarle la correspondencia. [74]

Recuerdo yo la cara de López cuando me mostró el despacho confidencial que el gringo había mandado a su gobierno: la situación de este desventurado país puede comprenderse sabiendo que, después de haber hecho varias levas, que reunieron 140. 000 reclutas de 12 a 75 años, el gobierno no tiene más de 25. 000 hombres bajo las armas, incluyendo los heridos, de acuerdo con estimaciones de sus propios partidarios y empleados.

Sus propios partidarios y amigos, eso fue lo que nos preocupó demasiado, y entonces se aumentó la vigilancia y así se descubrió la conspiración aquella que se llamó de San Fernando porque en ese campamento fue que se hicieron las investigaciones -aunque el

asunto ya venía de antes, incluso desde el campamento de Humaitá, de donde pasó a Paso de Patria, y el cuadrilátero primero, o sea antes de San Fernando. Quiere decir que teníamos traidores que andaban conspirando con ayuda del cónsul Cochelet para echarlo al Mariscal López y ponerlo en su lugar a don Benigno para rendirse al enemigo, y ese es un asunto en el cual terminaron metidos el obispo Palacios, el general Barrios, el general Bruguez, el coronel Alen, el coronel Martínez, el tesorero Bedoya, el ministro José Berges y toda la familia López menos el Mariscal López... Una cosa muy triste, y la razón de todo fue la mentalidad derrotista de cierta gente, que ya pensaba que la guerra estaba perdida y entonces quería pactar con el enemigo allí mismo, porque ya no se podía más, decían que.

Pero el Mariscal les demostró que sí se podía.

Tuvo que esperar esas tres semanas, por supuesto, semanas en que el enemigo no atacó porque Dios estaba de nuestro lado, como dicen unos, o porque el Mariscal era demasiado inteligente, como también se dice. Porque el asunto en la guerra es no desmoralizarse, no sentirse derrotado, eso es lo importante. Y bueno, a pesar de la derrota de Tuyutí, que fue terrible, el Mariscal no les demostró que habíamos perdido. Porque la misma noche del 24 hicimos una gigantesca fiesta, que podían oír desde su campamento, y en la semana siguiente comenzamos a bombardearlos de lo lindo, y después los corrimos en Yatayty Corá, un encuentro de pocos hombres, pero que sirvió para demostrarles que pensábamos pelear. Por eso se dice que el hombre era un genio militar: por esos golpes psicológicos que sabía dar.

Mitre perdió sus tres semanas, pero el Mariscal aprovechó para meter en el ejército unos 6.000 esclavos del Estado y también reclutas venidos de todas partes. Cierto que la carne nos comenzó a faltar y que ya no había tela para los uniformes porque se acabó el algodón, pero el invierno no fue tan fuerte, y entonces se acostumbraron a andar con poco e incluso a esos trajes de cuero que comenzaron a hacerse. Es que nuestro [75] soldado era mucho más patriota; ni siquiera reclamaba su sueldo, que no se le podía pagar porque no había plata para eso, mientras que los aliados eran capaces de no pelear si se atrasaba el pago dos semanas.

... Todas estas cosas nos permitieron seguir aguantando, y así fue que nos hicimos famosos por nuestra resistencia.

Por nuestra resistencia y también por nuestra astucia.

Porque recuerdo que López solía decir que la guerra era a veces como un juego de niños: si uno decía sí, el otro decía no; cuando uno decía no, el otro decía sí. O sea que para engañar al enemigo uno tiene que hacer a veces justamente lo que el enemigo quiere, porque el enemigo entonces, para hacerle la contra, termina haciendo lo que él no quiere... Es un poco complicado, pero le voy a dar un ejemplo: ese de Sauce.

Primero tiene que fijarse en el dibujito este.

Allí está el Monte del Sauce, de donde salió Díaz para cargar al enemigo el 24 de mayo. El monte seguía casi igual, sólo que para engañarlos un poco, decidimos hacer una trinchera a lo largo del monte, o si se quiere dos trincheras: una en la boca de Punta Ñaró y otra en la boca de [76] Punta Carapá. Así se cerraban las picadas que llevaban desde el campo de Tuyutí hasta la trinchera del Sauce (o del Sauce hasta el campo de Tuyutí, depende de cómo se mire). Eran dos las picadas, como talladas en un monte muy espeso; eso se ve a medias en este dibujito. Lo que no se puede ver es lo estrechas que eran esas dos picadas, que terminaban siendo una que terminaba en la trinchera del Sauce, y por supuesto bien controladita por nuestra batería y nuestros tiradores y la posibilidad de recibir más refuerzos de nuestro campo en caso de apuro.

Bueno, cuando comenzamos a hacer las trincheras de Ñaro y de Carapá no sabíamos exactamente para qué, pero las hicimos igual trabajando de noche; cuando amaneció ya estaban casi terminadas. El enemigo se decidió entonces a atacarnos y atacó, aunque tampoco sabía para qué servían las benditas trincheras. Pero le mortificaba el amor propio que nosotros, aplastados el 24 de mayo, ya anduviéramos el 16 de julio con esas pretensiones de ampliar nuestro campamento.

Atacaron entonces.

Y les dejamos tomar tranquilamente la trinchera de Carapá, como para atraerlos a la trampa, y la lástima fue que en esa vuelta el coronel Aquino se puso nervioso; en medio de la refriega dijo que quería matar unos negros personalmente y se separó de su tropa, cargó sobre los enemigos que retrocedían y le metieron un balazo. Por ese acto lo ascendieron a general, pero al pobre ya no le servía de nada porque estaba muerto.

El 18 de julio se vinieron sobre la de arriba, la de Punta Ñaró.

También les dejamos tomar esa trinchera y entonces fue que se envalentonaron: cargaron sobre la trinchera del Sauce, haciendo a paso gentil esa picada de 300/400 metros bajo nuestros tiros, y los que consiguieron llegar fueron muy pocos y los echamos enseguida de allí. Después siguieron cargando y nosotros tirándoles; creo que lo más simpático del momento fue el general Flores, que mandó un destacamento brasilero al asalto. Los tipos no estaban bajo su mando, pero como era general le hicieron caso, y cuando llegó el brasilero que tenía que dirigir ese destacamento casi se muere, porque para entonces los aliados tenían ya como 4.500 bajas.

¿Ahora entiende lo que le decía del Mariscal?

Nuestras maniobras eran perfectamente inútiles, hasta que se volvieron útiles el enemigo quiso hacer exactamente lo contrario... Tontería del enemigo, usted me podrá decir, pero el mérito de un jefe puede consistir exactamente en eso, digo cuando sabe aprovecharla como el Mariscal para continuar una guerra que parecía perdida. [77]

## Capítulo IV

De la memorable batalla de Curupayty (22. IX. 66), donde los enemigos del Paraguay mordieron el polvo

Para el mes de agosto mejoraron las cosas porque los enemigos se pelearon entre ellos. En realidad se peleaban todo el rato, porque el comandante en jefe era su compatriota Mitre, joven, pero los brasileros ponían más plata y la flota era de ellos, y la flota no tenía por qué obedecerle al generalísimo, de acuerdo con ese su tratado de la Triple Alianza; después los uruguayos que eran muy pocos pero que también eran aliados querían opinar y eso no les gustaba demasiado a los brasileros; si ellos no le hacían caso al generalísimo Mitre, ¿por qué tenían que escucharle a un pobre tipo como Flores, que ya estaba gastando todos sus pocos soldados?... Siempre se peleaban, desde el comienzo, pero ahora todavía peor. Y eso porque Mitre le dijo al almirante Tamandaré que vaya de una vez con su flota para bombardear y destruir la fortaleza de Humaitá, pero el Tamandaré tenía miedo y le dijo que no se podía. También le dijo Mitre a Porto Alegre que cruce de una vez el río Paraná con su ejército, que invada la Encarnación y que de allí siga a la Asunción con sus 12.000 hombres, pero también Porto Alegre tenía miedo... Entonces se pusieron de acuerdo los dos que tenían miedo: Tamandaré y Porto Alegre. Y Porto Alegre, en vez de invadir la Encarnación con el Segundo Cuerpo brasiler, se vino en barco hasta el campamento de Tuyutí, con toda su gente, y allí comenzó a hacerle la contra al presidente Mitre... Todos los días estaban de deliberaciones entre Mitre, Flores Osorio, Porto Alegre y Tamandaré. Pero nunca se ponían de acuerdo, porque allí no había autoridad. Mitre no podía dar un solo paso sin preguntarles su opinión, pero cada uno de esos tenía su propia opinión y entonces al comandante en jefe no le respetaba nadie.

Por eso le dije que mejoraron las cosas para el mes de agosto, porque llegó Porto Alegre al campamento aliado y con eso comenzaron las [79] peleas y mientras tanto aprovechamos nosotros para hacer las trincheras que nos hacían falta. O sea que nuestro cuadrilátero comenzó a ser en serio. Por nuestra parte Sur, o sea a lo largo del Estero Bellaco, hicimos toda una serie de defensas que no se entienden sin el plano del traidor Thompson.

Humaitá y el cuadrilátero según planos de Thompson

[78]

Allí puede ver usted que nuestro cuadrilátero tenía Humaitá en el norte, esa fortaleza, y que de Humaitá bajaba una línea de trincheras hacia el sur, hasta la batería del Ángulo, que le llamábamos así por ser precisamente el ángulo del cuadrilátero, porque a partir de allí comenzaba nuestro lado sur, a lo largo del Estero Bellaco, el que nos separaba del enemigo pero que, de todos modos, profundizamos todavía más con diques y esclusas para que no pudieran pasar... Ese Estero Bellaco cruzaba el bosque del Sauce, llegaba hasta la laguna Piris y de allí desembocaba en el Río Paraguay, entonces teníamos completamente cerrado nuestro frente por el sur. Por ese lado no podían pasar, lo mismo que no podían pasar por el este; quedaba solamente nuestro lado oeste, o sea el lado del Río Paraguay. Pero por ese lado teníamos una cadena de lagunas, o sea la laguna Piris, Chichí y López, y entre esas y el río había un carrizal intransitable, porque la costa no era para un desembarco. Sólo en

dos posiciones se podía desembarcar: en Curuzú y en Curupayty... Y fue por ese lado que desembarcaron los tipos, pero por equivocación...

O en todo caso por desobedientes.

Porque la idea de Mitre, desde el primer momento, era avanzarnos por el otro lado, por el este, por el lado de Tuyucué y San Solano con la infantería y con la caballería de ellos, que tenían que seguir hacia el norte, hasta un punto más al norte de Humaitá, y allí encontrarse con la flota brasilera (darse la mano, jehi chupé) y de esa manera podían seguir hasta Asunción o dejarnos encerrados, que en el fondo no están demasiado mal (para ellos). Pero claro que entonces el almirante tenía que pelear, eso es justamente lo que no quería... Porque al principio le había dicho que sí, o sea que en poco tiempo podía descangalhar la fortaleza de Humaitá, así le dijo, pero que no valía la pena hasta que el ejército no marchara por tierra... Eso es lo que decía Tamandaré al principio del 66, pero ahora que Mitre le decía que cumpla, el viejo ese le dijo que no, que la empresa era difícilísima y grandiosa. En eso le apoyaba Porto Alegre, y entre los dos se le retobaron a Mitre. Dijeron que no tenía sentido como decía él, o sea avanzar con la flota sobre nuestra derecha y con el ejército de tierra por la izquierda. Dijeron que mejor avanzar todos juntos por nuestra derecha, por el lado de Curupayty/Curuzú, y como se empecinaron tanto Mitre les dejó hacer. [80]

Entonces Porto Alegre con unos 10.000 hombres desembarcó en Curuzú el 2 de setiembre, y allí les volamos su mejor acorazado con un torpedo, el Río de Janeiro y con eso Tamandaré pudo decirle a Mitre que tenía razón, que no podía subir el río hasta Humaitá porque se quedaba sin flota. Pero mientras tanto nos dieron un buen susto, porque Curuzú no estaba bien defendida. Es decir, Curuzú era una trinchera entre el Río Paraguay y una laguna, y de frente la posición estaba sólida, pero nuestra gente se olvidó de que la laguna a su izquierda era playa, y entonces salieron corriendo cuando los negros comenzaron a vadearla y se les vinieron por el costado.

Eso fue el 3 de setiembre, la única vez que nuestros soldados se corrieron.

El Mariscal le dijo unas cuantas cosas al general Díaz, porque él luego era el encargado de esa parte, pero Díaz le dijo que no tenía la culpa si los soldados corrían, no podía controlarlos a todos. Entonces los agarraron a los mayores Zayas y Calaá Giménez, los dos directamente encargados de la posición de Curuzú y los mandaron castigados a prestar servicio como cabos. Pero ellos no se habían corrido, los dos eran hombres muy valientes, por eso en realidad no los castigaron. Pero a los otros oficiales sí, a los culpables: les hacían tirar una pajita de un montón, y al que ligaba la más corta lo fusilaban en el acto. También a los soldados del batallón 10 (el que salió corriendo): a esos los contaba el general Díaz de diez en diez, y cada número diez era ejecutado.

Después de esto mejoró la disciplina. Ya nunca más volvimos a tener un caso de cobardía como el de Curuzú.

Pero la situación seguía grave.

Es que Curuzú era digamos la puerta de nuestro cuadrilátero por el lado oeste; si tomaban Curuzú podían entrar tranquilamente hasta Humaitá o hasta Paso Pucú, donde estaba el PC de nuestro Mariscal. Los 10.000 de Porto Alegre bastaban para eso, por lo mal que estábamos; pero si no bastaban podían traer unos cuantos negros más de Tuyutí para cargarnos entre todos, porque los paraguayos del cuadrilátero no éramos muchos más de 15.000 en total, mientras que ellos seguían reponiendo sus bajas, y para esa época andarían por los 50.000 hombres... Es una suerte que Porto Alegre tuvo miedo, que dejó pasar unas semanas antes de atacarnos, porque mientras tanto pudimos mejorar un poco las fortificaciones por ese lado. Ya no en Curuzú, porque lo habían tomado, pero sí unos 3.000 metros más al norte, en Curupayty, un puesto que quedaba entre Curuzú y Humaitá, y que tenía en parte la forma de Curuzú, o sea una trinchera que corría de este a oeste, desde la laguna López hasta el Río Paraguay. Lo único que esta nueva laguna era más [81] honda que la otra, así que ya no pudieron vadearla, y que las trincheras eran de primera porque las hice yo con mis soldados... Bueno, mis muchachos eran gente especial: soldados de caballería pero que también servían en la artillería en sus momentos libres, y que podían también hacer servicio de zapadores... Ellos se lucieron con las trincheras de Curupayty, porque se pasaron como veinte días trabajando día y noche, desde el 3 de setiembre hasta la madrugada del 22 de setiembre... O sea que las terminaron justo a tiempo, porque el ataque general que nos mandaron los aliados en Curupayty fue en la mañana del 22 de setiembre del 66, una fecha que los paraguayos celebramos todos los años como nuestra gran victoria nacional.

Eso sí, si terminamos nuestras trincheras a tiempo fue gracias a nuestro jefe el Mariscal López. Él se dio cuenta de que no nos quedaba tiempo para las fortificaciones, y entonces tuvo una idea genial: pedirle una entrevista a Mitre para ganar tiempo.

Resulta que por esa época los argentinos estaban más que cansados de la guerra, con excepción de Mitre que obligaba a pelear a su pueblo, que en el fondo no tenía nada contra nosotros. Es que en abril/65 Mitre había dicho: «En tres meses estamos en Asunción». Pero enseguida le vieron que mentía, porque ya tenía pasado más de un año pero no pasaban del cuadrilátero. Y además que la gente no lo quería demasiado en su propio país, y en plena guerra los soldados se le amotinaban cuando querían y las provincias no le estaban dando apoyo, y encima comenzaban las guerrillas por el norte y los bolivianos amenazaban con la guerra. Así que cuando el Mariscal López le habló de paz, el cobarde ese aprovechó la ocasión, y eso aunque ese Tratado de la Triple Alianza le prohibía hacer la paz por separado. Pero lo mismo no más Mitre aceptó la entrevista, y su propio gobierno lo autorizó para hacer la paz aunque no quieran los brasileros (los uruguayos no contaban porque eran muy pocos).

Así que el Mariscal López y el Mitre se entrevistaron en Yatayty Cora, un lugar que queda cerca o sea entre los dos campamentos, y se reunieron para hablar de la paz, pero lo que pedía Mitre era imposible: que se vaya el Mariscal. Eso, le contestó mi jefe, sólo será posible cuando me hayan matado el último soldado y ni siquiera así, porque yo voy a morir con todo mi pueblo.

Entonces no hubo caso.

Pero de todos modos el Mariscal volvió contento; me preguntó cómo andaban los trabajos. Y yo le dije que faltaba todavía aunque trabajábamos sin descanso. [82]

La sorpresa fue el 16 los encorazados toman posiciones para abrir fuego, los enemigos forman (ahora ya estaban los otros, no solamente los brasileros, así que eran muchos) y nosotros todavía cavando. ¡Casi me da un ataque! Pero por suerte comienza a llover, y entonces suspendieron el bombardeo, y nosotros aprovechamos para seguir cavando, porque la arcilla que hay por esa zona es dura como la piedra cuando está seca, pero se deja trabajar cuando está mojada. Así que no nos quejábamos de la lluvia, porque justamente gracias a la lluvia podíamos trabajar... llovió durante días, tanto, que todo el campo se convirtió en laguna y las lagunas se convirtieron en lagos. Después salió el sol, y entonces se endurecieron los parapetos de las trincheras, desde donde podíamos balearlos con toda confianza, porque se levantaban bastante sobre el terreno y tenían delante un foso de cuatro metros de ancho por tres de fondo... Delante de eso venía un brazo de la laguna López, que nos protegía todavía más, y delante una primera línea de trincheras, que era como un cebo, para que la tomaran sin trabajo y después siguieran avanzando contra nuestra fortificación principal.

Antes tengo que contarle una anécdota simpática.

En una de las tantas reuniones de guerra que tuvieron los aliados (ellos no podían dar un paso sin reunirse a discutir), el almirante Tamandaré dijo: Em duas horas, eu descangalharei tudo isso. Estaba hablando de nuestras posiciones, porque era su trabajo, como almirante de la flota que tenía los cañones más grandes, bombardear un poco nuestras trincheras antes de que la infantería se lanzase al ataque. Y bueno, yo no sé si el tipo se equivocaba o si tenía miedo, pero el asunto es que comenzó a tirar desde lejos, por elevación, y nosotros le dejamos tirar esas duas horas; nos callamos la boca y entonces pensó que había silenciado nuestra artillería, y entonces dio la orden o si se quiere la señal para que los macacos avancen, que avanzaron en cuatro columnas...

[83]

¡Esa fue la gran batalla de Curupayty!

Centurión dice que la batalla fue muy importante para todos nosotros. Para nosotros, porque necesitábamos ganar de esa manera para levantarnos el ánimo que andaba un poco bajo. Para ellos, porque necesitaban demostrar que eran valientes... estoy hablando de los brasileros, porque a los argentinos los respetábamos más.

La verdad es que se portaron como valientes, incluso yo diría como retobados. Porque ya cuando venían avanzando nosotros veíamos romperse sus filas, a pesar de su buena voluntad, y eran los que caían en las bocas de lobo, esos pocitos con una estaca filosa con la punta para arriba que con la lluvia no se podían ver porque todo el campo quedó lleno de agua, era un charco. Pero seguían avanzando; venían con una disciplina digna de un paraguayo. Después llegaron sobre los abatises, esos árboles llenos de puntas que les



sacaron más de un ojo. Pero siguieron avanzando. Y así llegaron a la primera línea de trincheras, que se la dejamos tomar. Porque los necesitábamos más cerca, todavía más cerca; tanto que ya escuchábamos el murmullo de sorpresa cuando llegaron frente a nuestras trincheras sin la marca de una bala. A ellos les habían dicho que estaban descangalhadas y habían marchado felices, con sus uniformes de gala y con las cacerolas para cenar en Humaitá. Pero cuando se nos llegan comienzan a desanimarse; se nota como una especie de revuelo, pero los oficiales les dicen que sigan adelante y entonces siguen no más esos pobres negros; siguen justito frente a la boca redonda que los está mirando de nuestros cañones viejos. Pero viejos y todo sirven para tirar metralla a quemarropa más que los rayados, como sirven también nuestros fusiles a chispa para fusilar de cerca y no le digo ya nuestros cohetes congrève...

Se portaron como valientes, marchando en buena formación y con la bayoneta calada para atropellarnos; todavía siguen avanzando después de nosotros largar nuestra primera descarga con nuestros cincuenta cañones que dejan en pie menos de la mitad; pero el resto continúa con ánimo, se tira al foso, pero allí se da cuenta de que les faltan puentes y fajinas y escaleras para escalar nuestras trincheras y mientras esperan con mucha paciencia a que se las traigan de Curuzú los baleamos sin perder más de 60 de los nuestros.

Ellos dejaron en el campo más de 5.000 muertos, que nos sirvieron para vestir a nuestros hombres que ya andaban desnudos, y fue por eso que los desvestimos a los muertos y los tiramos al río, porque mucho trabajo hubiera sido cavar tantos entierros...

Y conste que no aprovechamos la ventaja para perseguir al enemigo con la caballería cuando se retiró corriendo; no salimos nosotros de [84] nuestras posiciones. Y eso porque cuando comenzaron a rajarse, el general Díaz le envió al Mariscal un telegrama -López dirigía las operaciones desde Paso Pucú, a unos tres kilómetros del frente-. El telegrama decía: Peina opotima lo cambia (por aquí revientan los negros). Naturalmente, era una comunicación confusa; el Mariscal, que estaba lejos, no podía saber lo que pasaba, y por eso fue que no me permitió salir con la caballería. Por eso fue también que después de Curupayty no lo ascendieron al entonces coronel Díaz, que llegó a general después de muerto, aunque él había comandado en jefe la batalla de Curupayty. Y no porque no lo quería, todo lo contrario; ya le dije que Díaz era el que más respetaba, el de más peso también después de López... pero nuestro jefe era muy exigente, y no perdonaba así no más una torpeza como la del general Díaz.

Yo lamenté mucho que no me hayan dado una oportunidad de lucirme. Porque el comandante de toda la caballería esa vuelta era yo, pero mi posición fue en la batería del Angulo, bastante apartado del frente, y cuando comenzó la desbandada no me dejaron salir con mis jinetes a perseguirlos. Pero de todos modos, parece que, mi actuación le gustó al Mariscal López, por eso fui uno de los pocos ascendidos en Curupayty. [85]

De las largas vacaciones militares que tuvimos después de Curupayty, porque los otros se quedaron quietos como un año

Guardo el mejor de los recuerdos del Cuartel General de Paso Pucú. El Mariscal tenía allí una casamata reforzada con tirantes de fierro, y al lado tenía la casa de la Madama Lynch y la del obispo, que por suerte se andaban metiendo menos con él. Monseñor había comenzado a caer en desgracia, como se comentaba, porque el padre Fidel Maíz comenzaba a levantarse; seguía todavía vigilado, pero ya podía pasearse por el campamento con libertad, y eso porque necesitábamos gente culta, que pudiese escribir los artículos de El Semanario y El Cabichui. La Madama Lynch andaba más tranquila, y eso porque tenía que usar mantilla más a menudo. Yo al principio no entendía nada del asunto, pero ese chismoso de Silvestre Aveiro fue el que me dijo. Resulta que tenía que usar mantilla por su mal carácter, porque quería tratarnos a todos los oficiales como a sirvientes, y eso al Mariscal no le gustaba, y ella tenía entonces que disimular las discusiones tapándose un poco la cara para disimular las marcas que le dejaban... O sea que el Mariscal estaba apartándose un poco de las malas influencias y ocupándose entonces más de nosotros.

Un día que paseábamos por el naranjal me dijo:

-Usted es valiente, Caballero, pero debiera instruirse.

Y tenía razón, porque con la guerra no habíamos tenido demasiado tiempo de leer la mayoría de los oficiales, con algunas excepciones como Aguiar, que había estado en Europa, o el general Bruguez, que había estudiado con la misión militar que mandaron los brasileiros en tiempos de don Carlos, lo mismo que Roa (aunque parece que les trajo mala suerte, cada cual a su manera).

Por eso fue que el Mariscal nos hizo traducir ese libro del francés, creo que El arte de la guerra se llamaba, y formó esa Academia en [86] Paso Pucú para los oficiales. Allí nos enseñaron la gramática, la geografía, el inglés, el francés y otras cosas muy útiles en la vida, porque cuando estuve después en Inglaterra pude hablar con el Príncipe de Gales casi sin intérpretes, y hasta leía esos papeles en inglés que nuestro gobierno tenía que negociar...

Sí, Juan Crisóstomo fue mi profesor, era muy bueno, uno de los muchachos que el presidente don Carlos había mandado a Europa antes de la guerra... Muy leído, pero se equivocó bastante en sus Memorias, dijo unas cosas que podían perjudicarnos demasiado, y es una suerte, Raúl, que su maestro O'Leary haya corregido un poco los originales de las Memorias antes de su publicación, porque o si no hubiera sido muchísimo peor, porque hizo muchísimos errores... Pero conste que como profesor era muy bueno, tengo un buen recuerdo, lo que pasa no más es que andaba en las nubes, como decía el Mariscal, lo que le pasa a todas las personas que leen demasiado como Juan Crisóstomo Centurión. Y después le tocó estar en los tribunales de San Fernando, una cosa que le perjudicó mucho después de la guerra; siempre es un trabajo desagradable que a uno le crea enemigos... Yo por eso tuve suerte. Porque cuando S. E. me preguntó si no quería estar en esas investigaciones, yo le dije que servía más para andar por el campo con mi caballería, que para las cosas de letrados no era muy bueno, y entonces él entendió y ahora me alegro de no haber estado

nunca en ningún tribunal ni nada parecido. Eso es algo que nunca me pudieron decir; todos saben que cuando se armó ese asunto de la conspiración yo estaba en el Chaco.

Pero San Fernando fue después, allá por marzo del 68, y esto que le estoy contando es más o menos marzo del 67, cuando aprovechamos nuestro tiempo para leer, arreglar nuestro campamento, fabricar cañones y otras cosas más que podíamos hacer porque nos dieron tiempo. Después de Curupayty, los aliados se pasaron sin hacer nada mucho tiempo, echándose la culpa unos a otros por el desastre de Curupayty, que los dejó muy mal, y tanto que para comienzos del 67 Mitre tuvo que volver a Buenos Aires, porque por allá querían quitarle la presidencia, y el cólera estalló en el campamento aliado, y también que los diarios europeos comenzaron a escribir a nuestro favor. Así que podíamos aguantar todavía mucho tiempo más con la guerra, y ellos tenían que esperar todavía muchísimo más, así que convenía entonces hacer la paz, pero no por miedo, sino porque ya tenemos probado que somos valientes.

El problema era cómo, porque después de Yatayty Corá habían quedado bien resentidos; se dieron cuenta de que le pedimos esa entrevista para completar las trincheras de Curupayty, y entonces si volvíamos [87] a mandarles un parlamento nos corrían a tiros. Entonces apareció el ministro norteamericano, ese Charles Washburn, que escribió después su Historia del Paraguay, y él se ofreció a hablar con el viejo Caxias, que había quedado en el lugar de Mitre como generalísimo. López le dejó salir de nuestras líneas para llevarles a los cambá nuestra mediación de paz, y el Washburn volvió después para informar de lo que tenían hablado, un día en que estábamos comiendo en la mesa del Mariscal con el obispo Palacios, el general Barrios, el general Bruguez, el coronel Wisner von Morgenstern, el doctor Steward y otras personas importantes. Washburn quería hablar en privado, pero el Mariscal le dijo que hable no más, que estábamos en confianza.

Por lo que dijo Washburn, los aliados estaban más razonables: ahora prometían respetar el país, no dividírselo como habían dicho por el Tratado de la Triple Alianza, que como ya sabe era secreto, y que cuando se publicó produjo una indignación justamente por eso, porque querían comerse nuestro país. Pero ahora, decía Washburn, ya se dieron cuenta de que no era posible, y entonces se decidieron por algo más aceptable, o sea nuestra independencia.

En eso estábamos de acuerdo todos; el problema era el resto.

Los aliados decían que para firmar la paz era necesario que el Mariscal López se vaya del país; que se vaya en Europa o donde quiera, que se lleve todo lo que quiera, pero que salga. Pero esto no podía ser, como le dijo López, porque si a mí me ha elegido el pueblo paraguayo, solamente el pueblo paraguayo puede decirme que me vaya, esa es la única opinión que cuenta, y como el pueblo me apoya, no puedo abandonarlo. También le dijo que era muy injusto; que lo menos que podían hacer los otros era respetar a un jefe de estado como él los respetaba a ellos; al fin y al cabo nunca había querido decirles al Emperador o a Mitre que salgan de su puesto.

Washburn le dijo que tenía toda la razón del mundo, pero que los otros estaban dispuestos a echarlo por la fuerza, y que entonces resultaba mejor, para que no sufra el

pueblo paraguayo, terminar de una vez con esta guerra, haciendo ese sacrificio; pero entonces López le contestó que si querían echarlo que lo echen, pero hasta el momento no parecía que podían, porque los tres meses que dijo Mitre al comenzar la guerra se iban convirtiendo en tres años.

Washburn le dijo entonces que pensara, porque eran tres países más grandes que nosotros con un ejército más grande, y que a pesar de todas las bajas que les hicimos seguían reforzándolo con 2.000 soldados al mes o incluso más, mientras que a nosotros se nos estaban terminando los soldados y además las armas, mientras que ellos seguían trayendo [88] encorazados, monitores, rifles de aguja, cañones de retrocarga y globos de observación de Europa y de los Estados Unidos; que cada vez tenían más armamento y más soldados mientras que nosotros teníamos menos, y que así no podíamos ganar de ninguna manera.

López le dijo entonces que era cierto, pero que también estaba la política, esas dificultades de que tenían hablado, y entonces le contestó el norteamericano ese que no estea tan seguro, porque al fin y al cabo ese problema entre Inglaterra y el Brasil ya se había solucionado, y entonces ya no iba a haber guerra entre ellos como se pensaba, y hasta le prestaban plata al Emperador -justamente la plata con que pagaba la guerra... Y tampoco estaba floja la posición de Mitre, porque cuando se fue en Buenos Aires lo recibió todo el pueblo; no era cierto que de un momento para otro había revolución, como nos decían nuestros informantes desde Buenos Aires... Cierto que el campamento aliado no era perfecto, pero con todo estaba bastante bien, y hasta tenían un piano de nuestras posiciones que se lo habían dado, y que Washburn nos mostró allí mismo para mostrarnos que el enemigo sabía muy bien lo que teníamos y lo que no teníamos; era casi perfecto.

El Mariscal no se sorprendió del todo; al fin y al cabo sabía que teníamos traidores en nuestro campamento. Se calló no más y esperó el momento de sorprenderlos. Pero se puso muy nervioso, eso sí, cuando Washburn le contó que Caxias había dicho que si el Mariscal quería, podía salir del Paraguay por un puente de oro, o sea que podía llevarse su dinero en la Europa e incluso recibir todavía más plata de los aliados.

Entonces le dijo muy clarito que no pensaba rendirse, que no pensaba terminar en el exilio como un triste San Martín o Rosas porque no era ningún cobarde; que en todo caso, si tenía que perder perdía la guerra, pero jamás les iba a dar el gusto a sus enemigos de verlo corriéndose. En todo caso iban a verlo muerto; otro gusto no se iban a dar. Después podían hacer cualquier cosa, pero el honor iba a ser para él, para el Mariscal, por haber caído con el último de sus soldados en la última de sus trincheras, y eso era algo que no se podía comprar con dinero -que tampoco le faltaba, porque el Mariscal era el hombre más rico del Paraguay.

Esta es una conversación un poco larga, pero se la cuento así porque Washburn la cuenta a su manera, y también porque algunos dijeron que el Mariscal López fue un cobarde, que pasó la guerra corriendo, y que lo alcanzaron cuando trataba de fugarse hacia Bolivia. Pero eso es una mentira de los legionarios, Raúl, y hasta el mismo Washburn reconoce que el Mariscal prefirió morir antes que rendirse, y entonces hay que creerle. [89]

Hay que creerle; si Washburn fue un enemigo y lo reconoció, entonces tiene que ser cierto... Eso que lo tratamos muy bien, como a todos los extranjeros, pero nos devolvió ese favor conspirando contra la vida del presidente López, y encima nos creó una complicación diplomática que casi trae la guerra con los Estados Unidos, que en ese momento no nos convenía para nada.

Porque después comenzaron las investigaciones de San Fernando, y entonces nuestro ex ministro de relaciones, José Berges, dice que le había entregado a Washburn un sobre con ciertos papeles comprometedores, y entonces Gumersindo Benítez, el que lo reemplazaba a Berges (porque estaba preso), le escribe a Washburn para decirle que le entregue el sobre, pero el tipo dice que no, que no tiene nada, y así una larga correspondencia hasta que al final Benítez le dice al tipo que mejor lo entrega, porque ya se sabe todo. Y entonces López le pregunta a Benítez qué quiere decir todo, porque hasta ese momento se había tenido sospechas y nada más; no se justificaba para nada ese todo. Benítez (que se había enredado con sus palabras) tuvo que confesarle esa conspiración para matarlo a él, el presidente; allí tiene que continuar con la correspondencia Caminos, el sucesor de Benítez en el puesto. Caminos le exige los papeles de José Berges hasta que el gringo, cada vez más terco y más asustado por su culpa, pide que le manden cañoneras norteamericanas para buscarlo, porque según él, López lo pensaba matar -todo porque no le dejaba salir del país mientras que no entregue los papeles de la conspiración.

La flota norteamericana interviene, llega al Paraguay para buscar a su ministro Washburn, pero el tipo, al embarcarse, quiere llevarse también a Bliss y a Masterman; pero como el barco era para él y nada más, y también porque el cónsul portugués Leite Pereira declaró que conspiraba con esos dos tipos, no les dejamos o sea que los apresamos para interrogarlos.

Entonces Washburn pide a su país que nos haga la guerra, porque apresamos a dos funcionarios de la Legación Americana... ¡Pero qué van a ser miembros de la Legación! Eran dos cómplices de Washburn, que andaba en tratativas con el enemigo, y para que no digan nada fue que quería llevarlos a Norteamérica con él. Y eso le digo con pruebas, porque a esos Bliss y Masterman los interrogamos, y ellos confesaron por escrito que Washburn, quería matar a nuestro presidente. Pero como el Washburn armó un escándalo único, volvió a visitarnos la cañonera norteamericana, y entonces los dejamos irse, no porque sean inocentes, sino para evitar problemas.

Hasta le digo que igual no más íbamos a tener problemas, porque el almirante norteamericano venía dispuesto a todo, y si se calmó y [90] arregló las cosas a las buenas fue porque con él venía Martin Mac Mahon, el nuevo ministro norteamericano, uno que se portó muy bien con nosotros y que llegó a ser administrador de los bienes del Mariscal.

En fin, nos estamos desviando del tema pero son cosas que tiene usted que saber...

Entonces la otra mediación vino después, con el representante británico, el señor Gould, creo que en octubre del 67, pero no estoy muy seguro. ¡Usted comprende cómo se olvida uno en 40 años o más...! Debe de ser en octubre, porque por ese tiempo vino la Señora Presidenta al campamento de Paso Pucú; ella que estaba en Trinidad vino a hablar con su

hijo y le trató muy mal. Le preguntó si quería destruir nuestro país de una vez por todas, porque la guerra, decía, nos iba a concluir. Le culpó de la epidemia, como si la culpa en realidad no era de los aliados, que estaban bloqueando el río y entonces no llegaba la vacuna; le culpó del cólera, aunque eso trajeron los aliados, que comenzaron con el cólera en marzo del 67, y después nos pasaron a nosotros, hasta el punto que el propio Mariscal casi se muere, y desde entonces quedó muy mal su salud; recién se estaba recuperando cuando vino su madre a decirle todas estas cosas, y eso fue algo que le dolió muchísimo; él me lo contó. Porque por esa época yo había comenzado a ser su confidente, ahora que ya no estaba el general Díaz. Entonces me consta que la trató muy bien, como a su propia madre, y esto le digo porque comentaron que él era un mal hijo pero yo sé que no... Y sé también que quería la paz, por eso lo recibió muy bien a Gould.

No más que el Emperador tenía algo personal con la guerra...

¡Ah! ¿Usted también oyó? Entonces ha de ser; si tanto se comenta ha de ser cierto... No, yo le tenía demasiado respeto para preguntarle una cosa así, y él no comentaba nunca esos asuntos, era muy hombre. Pero todos decían que cuando fue a Europa pasó una temporada en Río de Janeiro, y por allí la conoció a la hija del Pedro II, y aprovechó la ocasión... Entonces el viejo no lo podía ver, y por eso hizo fracasar todas las veces las tratativas de paz. Hasta esa de Gould, tan interesante con sus ocho puntos:

(1) La previa garantía dada por acuerdo secreto a los gobiernos aliados de la aceptación por parte del gobierno del Paraguay respecto de las proposiciones que estuviesen dispuestos a hacerle.

(2) Los poderes aliados reconocerían de la manera más formal la independencia e integridad de la República del Paraguay. [91]

(3) Todas las cuestiones relativas a territorios y límites, pendientes antes de la guerra, serían aplazadas o sometidas al arbitraje de poderes neutrales.

(4) Los ejércitos aliados se retirarían del territorio paraguayo y las fuerzas paraguayas desalojarían los puntos ocupados por ellas en el territorio brasilero, tan pronto como estuviera asegurada la conclusión del tratado de paz.

(5) No se demandaría indemnización alguna por los gastos de la guerra.

(6) Los prisioneros de guerra de ambas partes serían puestos en libertad inmediatamente.

(7) Las fuerzas de Paraguay serían licenciadas en su totalidad excepto las necesarias para el mantenimiento del orden en el interior de la República.

(8) S. E. el Mariscal Presidente, apenas concluido el tratado de paz o sus preliminares, se retiraría a Europa, dejando el gobierno en manos de S. E. el Vice Presidente, quien, según las prescripciones de la Constitución de la República queda en el mando en casos análogos.

Era un sacrificio muy grande para el Mariscal Presidente salir del Paraguay que quería tanto, pero él estaba dispuesto a hacer cualquier sacrificio por la Patria, en especial si no nos quitaban nuestro territorio ni nos hacían pagar indemnizaciones de guerra como tenían pensado, y entonces le dijo al mister Gould que sí, que estaba de acuerdo con la propuesta, y los aliados también estuvieron de acuerdo cuando leyeron ese papel.

No más que al Mariscal le quedaba una duda: ¿Quién le garantizaba que los aliados saldrían del país si es que él salía? [92] [93]

## Capítulo VI

De cómo preferimos mudarnos del cuadrilátero a San Fernando, siendo nuestra mudanza el día tres de marzo de mil ochocientos sesenta y ocho (por la madrugada)

Volviendo entonces a ese Bartolomé Mitre, le iba diciendo que para enero/febrero del 67 tuvo que irse de Tuyutí para Buenos Aires, porque la cosa ardía, como se dice, o sea que el sillón presidencial no estaba muy seguro para él. (También tuvo que volver el presidente Flores, y lo mataron en Montevideo, pero de los orientales casi no vale la pena ocuparse porque eran muy pocos). Bartolo se fue entonces en Buenos Aires y le dejó su puesto al marqués de Caxias, que después llegó a ser el generalísimo aliado en forma permanente, cuando Mitre se retiró del todo, pero que ahora esperaba las cartas de Buenos Aires que le mandaba Mitre, diciéndole lo que tenía que hacer. Caxias le decía que sí a todo, pero cuando Mitre volvió al campamento de Tuyutí, se encontró con que el viejo ese no había hecho nada, y que el campamento parecía una tienda o un prostíbulo con todas las mujeres de la vida y alcahuetes que andaban por ahí.

En el río las cosas andaban igual, quiero decir en la marina. Porque después de Curupayty lo sacaron a Tamandaré, porque les dio la orden de atacar cuando no debían y los baleamos frente a nuestras trincheras, pero el próximo que vino se llamaba Ignacio, y era tan inútil como el anterior... Si, usted dice bien, la escuadra no hacía absolutamente nada, fíjese que en octubre/65 el ejército paraguayo volvió tranquilamente de Corrientes cruzando el Paraná y no le hicieron nada; que después de eso pasaron seis meses (de octubre a abril/66, antes de que se decidieran desembarcar; que después de eso cobardearon frente a Cruzú, Curupayty y Humaitá, porque no se atrevían a tirarles de cerca... Bueno, cuando volvió al campamento de Tuyutí, allá por julio del 67 (a lo mejor un poco antes, no me acuerdo bien), Mitre le dijo a Ignacio que [94] fuese a bombardear Humaitá, porque seguía con su plan de rodearnos por la derecha y por la izquierda. O sea con la flota por el río Paraguay y con el ejército de tierra por el lado de Tuyucué/San Solano/Parecué... Entonces el Ignacio, finalmente, se fue río arriba, pasó Curupayty para comenzar el bombardeo de Humaitá, que duró casi un año porque tiraba de lejos, aunque de Humaitá no podían hacerle nada. Y en un momento estuvo a punto de recular, porque cuando pasó más arriba de Curupayty le pusimos más damajuanas y boyas en el río Paraguay, y él entonces le escribió al Mitre diciendo que debía volver porque le llenamos el río de minas. Pero Mitre le dijo que se quedara donde estaba, o sea río arriba, porque si las minas estaban río abajo no podía volver.

Cuando finalmente la flota se fue hacia el norte, Mitre comenzó a organizar su ataque por la tierra. Era su viejo plan del comienzo, que le podía haber resultado en el 66, pero que en el 67 estaba ya un poquito atrasado, porque nuestro cuadrilátero estaba ya completo. Una línea de fortificaciones bajaba desde el norte, desde Humaitá, hasta la batería del Angulo, sobre el estero Bellaco, nuestra línea del sur. Y desde el Angulo iba hasta el Monte del Sauce, la Laguna Piris, la Laguna Chichí; después estaba nuestro frente sobre el río Paraguay, cerrado por las fortificaciones de Curupayty (un poco flojas para la flota, pero para la infantería servía). El puesto de Curuzú tuvieron que abandonarlo, porque la creciente del río los obligó... ¡Trabajo inútil!

Quiero decir que de frente era imposible entrarnos; hasta el propio Mitre se dio cuenta, pero igual no más seguía con su plan de antes: por río y por tierra (pero por tierra para cercarnos, no para asaltar).

Y entonces allá por julio/67, el Mariscal López ve que Caxias salía del campamento de Tuyutí para marchar hacia el norte, caer sobre Tuyucué y establecer su comando allí; el negro Argollo acampó en San Solano, más al norte.

Wisner le dijo que tenía que pararlos.

-¡Cómo voy a pararlos si no lo tengo a Díaz!

Me molestó un poco, lo reconozco, porque yo ocupaba ahora, prácticamente, el lugar de Díaz. Pero también sé que a los muertos se los recuerda bien y también que al Mariscal le trabajaba eso de haber mandado al general Díaz a espiar los acorazados en pleno día; del primer cañonazo le hundieron la canoa. No es cierto que el Mariscal lo mandó al propósito, como comentó ese infeliz Campos Cervera, pero igual no más le trabajaba al Mariscal - solía pensar que lo arriesgó demasiado al pobre Díaz. [95]

Díaz no estaba ahora, y el encargado de hostigar al enemigo era yo, el jefe de la caballería de extramuros, la que tenía que salir fuera del cuadrilátero para impedir su movimiento envolvente. No es que nos molestaran demasiado, pero en la guerra es cuestión de no quedar dormido. Si el enemigo se mueve, será por algo. Usted debe suponer por qué, casi le diría adivinarlo, y obrar en consecuencia. Bueno, uno precisaba ser un adivino para saber lo que querían ellos. Pero como no podíamos atacarlos de frente, les hacíamos guerrillas, matándole mucha gente; en esos meses desde julio a noviembre tuvimos una serie de enfrentamientos; ninguno por separado era importante, pero en total sumaban, sobre todo porque les interceptábamos las comunicaciones y el aprovisionamiento que llevaban desde Tuyutí hasta el norte. ¡Usted hubiera visto cómo se portaban nuestros soldados! En grupos de a 100, de 200, de a 500, caían sobre los convoyes enemigos y los dispersaban; allí les tomábamos de todo, hasta unos cargamentos de papel que nos vinieron muy bien, porque el papel ya nos andaba faltando en nuestro campamento... Ellos salían corriendo, cuando podían, porque las más de las veces no atinaban el camino; ¡se dejaban degollar o se perdían en esa confusión de carrizales y pantanos y montes que recorrían los nuestros como animales del monte para perseguirlos o atacar de sorpresa y liquidarlos



cuando estaban dormidos! En eso la infantería era fenómeno, pero no crea que se quedaba atrás la caballería; a pesar de nuestros montados esqueléticos, siempre los corríamos a los negros, o los enfrentábamos aunque fuesen más.

Así precisamente fue el combate que le dicen Tayi (no debe confundirse con el fortín Tayi), una posición cerca de San Solano (donde estaba el Argollo con el II Cuerpo). Esa vuelta andábamos de recorrida y los vimos cerca; vimos que eran ellos más que nosotros pero los provocamos igual, y terminaron viniéndonos encima porque insistimos. El de la idea fue Valois; él no le tenía miedo a nada, y como iba en mi partida y éramos amigos me convenció. Entonces doy la orden de acercarnos y formar en combate y se vienen los negros para recibir una buena sorpresa que les cayó muy mal.

Quedaron resentidos, los macacos, por eso nos tendieron la celada de Tatayibá, tres semanas después. Era el 24 de octubre, me parece, y nosotros salíamos para dar de comer a los caballos en esa misma zona (cerca de Tayi) porque en el cuadrilátero nos faltaba el pasto y entonces teníamos que salir. Esta vez no buscábamos pelea, pero los tipos, que nos habían visto varios días seguidos apacentar los montados por allí, decidieron juntarse entre 5.000 para encerrarnos a nosotros, que éramos unos 1.000. ¡Linda sorpresa que nos dieron! Cuando veo enemigos por todas partes pensé que estábamos perdidos, pero por suerte [96] eran demasiados y se estorbaban para maniobrar, así que entonces nos compensábamos un poco con la dificultad de sus jinetes que se atropellaban y arremolinaban. De todos modos, pensé que me llegó la hora. Entonces amenazó una carga por el frente para hacer después una conversión a la izquierda, hacia Humaitá, hacia donde nos vamos retirando con orden hasta que los cañones de la fortaleza comienzan a saludar a los negros que nos dejan en paz... Si no fue una victoria, no podía ser, por lo menos fue una acción brillante, por eso nos condecoraron a todos con la medalla que decía El Mariscal López a los valientes de Tatayibá.

Isidoro Resquín salió a decir después, en sus declaraciones famosas, que con Tayi y con Tatayibá nos destruyeron la caballería; eso no es verdad. No es cierto porque después de Tatayibá vino Tuyutí, la segunda batalla de ese nombre y en el mismo lugar, con la diferencia de que la segunda vez les ganamos nosotros, porque su campamento ardió por los cuatro costados y les tomamos un botín impresionante. Y esa vez no peleamos sin caballos y me consta, porque yo dirigí la caballería y no faltaban animales, aunque sí desmontaron nuestros hombres al llegar a las trincheras de Tuyutí, adonde llegamos por la noche y de sorpresa, porque nuestra idea era asaltarles el campamento que habían convertido en depósito y prostíbulo, con todas las mujerzuelas y comerciantes y casas de juego aunque de tanto en tanto Caxias protestaba, quería imponer algo de orden. Así que en el fondo nos resultó bastante fácil porque guardia luego casi no había, y si había dormía como los tipos que sorprendimos y que fueron saliendo en paños menores y dudaron en rendirse y entonces los pasábamos a cuchillo. Allí nos desquitamos de Tuyutí I, porque los masacramos de lo lindo, casi sin darles tiempo a defenderse; en poco tiempo el campamento ardía mientras nuestros soldados saqueaban y mataban y en el botín que nos llevamos de vuelta a Paso Pucú había unas cuantas mujeres, acompañantes de la soldadesca brasilera. También nos llevamos muchas cajas donde había de todo: desde alcachofas (que por primera vez vi en mi vida, y que me enteré de lo que eran gracias a Thompson) hasta faldas y miriñaques.

¡Estas son las armas de los negros! dijo el Mariscal cuando abrimos las cajas y fueron saliendo los vestidos; alguien comentó que era el uniforme de gala del marqués de Caxias. Pero no piense usted que nos divertimos solamente; también trajimos una buena cantidad de armas, como el cañón krupp de retrocarga y el fiuu, como le llamábamos al withworth 32 por el silbido de la bala, que era muy veloz. Era un cañón que habíamos estado codiciando desde hacía tiempo y que por fin lo teníamos; demás está decir que lo usamos mejor que sus primeros dueños. [97]

Todo nos fue muy bien ese 3 de noviembre, aparte de la muerte del mayor Bullo, un soldado de primera. En medio del combate, él tuvo la osadía de plantar la bandera paraguaya frente a la casa del comandante brasilero y de caminar por el parapeto de la trinchera; allí le metieron un balazo que lo mató enseguida... No, el mayor Giménez murió después, recién en enero; pudo volver de Tuyutí, pero lo mataron sus heridas que eran muy feas, y esa fue otra pérdida sensible, que lo dejó muy triste al Mariscal y a todos, porque era un oficial muy valiente y muy querido por la tropa.

El que se portó como un tonto fue el general Barrios, y otra vez tuvo que ser en Tuyutí, como el 24 de mayo, cuando nos estropeó el ataque. Esta vuelta falló dejando su división inmóvil, porque él dirigía la reserva, pero cuando los negros iniciaron el contraataque, que alguna vez tenía que ser, él no movió un sólo dedo para ayudarnos en la retirada, y allí fue que nos hicieron las bajas.

Porque nuestros soldaditos, que iban con el estómago vacío y a quienes se les había permitido saquear, lo primero que hicieron fue llenarse el estómago con los víveres del almacén. Se llenaban la boca de puñados de azúcar, metían la cabeza en las cubas de miel de caña. Y, lo que resultaba peor, le dieron a los licores. Allí se relajó la disciplina; los soldados dejaron de obedecer a los superiores y había que sacarlos a la fuerza y por las malas del almacén porque venía la caballería aliada; resultaba muy difícil y allí se hubiera necesitado la participación de Barrios y sus hombres como combatientes y como policías.

De todos modos, Tuyutí vino a ser una victoria moral, que nos compensaba un poco de la caída del fortín Tayi, el dos de noviembre. Con eso, el enemigo completaba el cerco por el lado oriental; era un poco la idea de cercarnos por nuestra izquierda del viejo Mitre, que venía a resultarle de pura casualidad... Hasta la caída del fortín Tayi, el enemigo había estado dándonos palos de ciego. Quiero decir que nos tenía rodeados, mejor dicho que trataba de hacerlo de balde, porque rodeado no quiere decir rodeado militarmente, y esa era precisamente la situación de nosotros, con los aliados que nos ponían una cadena de fortificaciones alrededor de nuestras fortificaciones, pero sus fortificaciones no servían para nada porque quienes conocíamos el terreno como la palma de nuestra mano éramos nosotros y no ellos, y entonces les dejábamos creer que nos tenían cercados pero seguíamos comunicándonos con el resto del país. Porque fíjese que en nuestro cuadrilátero no había nada aparte de mosquitos y bichos perjudiciales, así que lo que teníamos (desde pólvora hasta vacas) lo recibíamos del resto del país que nos lo hacía llegar, no se olvide además de que la capital seguía siendo Asunción, donde estaba el vicepresidente Sánchez actuando como presidente; [98] no se olvide de que todo el movimiento del país pasaba por Asunción y que los negros lo sabían muy bien, por eso se proponían llegar hasta allí desde el primer

momento, lo consideraban su objetivo militar. (Entonces el cuadrilátero nuestro venía a ser no más una barrera en el camino a la Asunción, porque la guerra había tornado ahora un carácter defensivo para nosotros, no ya ofensivo como Matto Grosso y la Uruguayana). Así que teníamos que frenarlos en su avance pero sin dejarnos rodear. Cierto que estábamos rodeados, pero el cerco que nos habían puesto no era serio; en el mapa parecía muy bien, a ellos les parecía muy bien, pero nosotros seguíamos recibiendo telegramas, municiones y armas de la Asunción; nuestros soldados, nuestras caravanas se movían por el monte y los esteros que conocían bien sin ser presentidos por los vigías enemigos. Nos tornaron Pilar, es cierto, pero Pilar no tenía importancia, quiero decir que seguimos en contacto con la capital con o sin Pilar. Nos tomaron el potrero Obella el 20 de octubre; eso nos perjudicó bastante, pero seguimos tirando. Nos tomaron fortín Tayi, el 2 de noviembre; allí la cosa se puso brava en serio, porque con eso nos alteraban en serio todo nuestro sistema de comunicaciones... Y conste que les salió de pura casualidad, porque ellos atacaban y atacaban todos los puntos alrededor del cuadrilátero, sin saber para nada para qué servía cada cual; ahora cayeron sobre Tayi sin comprender para nada su importancia estratégica, pero lo tomaron igual, y pusieron allí una guarnición de 6.000 hombres, y allí fue justamente donde la flota brasilera se reunió con el ejército de tierra -en fortín Tayi, a unas 15 millas al norte de Humaitá, un puerto de desembarque sobre el río Paraguay donde convergían todos los caminos del carrizal del norte de Humaitá, donde teníamos una cadena de fuertes que aseguraban la comunicación entre la fortaleza esa y nuestra capital.

Cayó Tayi, entonces nos rodearon por el este; es cierto.

Pero todavía nos quedaba el camino por el Chaco; un camino que desde luego habíamos estado usando siempre, porque teníamos un telégrafo que iba de nuestro cuadrilátero a la Asunción; fíjese qué moderno, y recuerde usted joven que el Mariscal López fue el primero que dirigía a sus ejércitos por telégrafo, porque en ese punto nuestra organización era buenísima, mientras los gauchos argentinos se preguntaban, al ver nuestros postes telegráficos, por qué los paraguayos ponían los alambrados tan altos... Eso para que no crea cuando le digan que los ignorantes éramos nosotros...

Bueno, teníamos la vía del Chaco, de acuerdo, pero había que asegurarla, por las dudas... Por eso a fines de noviembre el Mariscal López me hizo cruzar el río Paraguay para que me vaya enfrente de Humaitá y un poco más arriba, en un lugar que se llama Timbó, entre Humaitá [99] y Tayi. Allí pusimos una buena fortaleza con baterías sobre el río, les dimos un lindo dolor de cabeza y aseguramos nuestra comunicación con la capital. Aseguramos también la retirada del ejército, en caso de que haga falta una retirada por razones tácticas; que tengamos que ir del cuadrilátero hasta San Fernando (como después tuvimos que), pasando por Timbó.

Exactamente, mi amigo: yo crucé el río Paraguay en noviembre, aunque ya en agosto la flota enemiga se había puesto por ahí... Tiene que decirlo así, porque nadie sabía exactamente dónde estaban ellos cada vez que nosotros pasábamos y repasábamos el río en nuestras tristes canoas. Es que, como le dije, la fortaleza de Humaitá les daba mucho miedo -una fortaleza de adobe con cañones de segunda... Lástima que al final se dieron cuenta del peligro que no corrían, y así fue que, finalmente, un día de febrero del 68 fuerzan la fortaleza de Humaitá sin inconvenientes. Quiero decir que cierran las troneras de sus

buques, para que no les metan balas por allí como siempre les hacíamos, y pasan por enfrente de nuestras baterías que les tiran con todo sin sufrir averías, y el 22 de febrero (me parece) están frente a la Asunción, donde podían desembarcar tranquilamente porque la guarnición era poquísima y no podía resistirles para nada y la batería de costa era un solo cañón que no podía alcanzarles porque estaba mal colocado. El gobierno paraguayo, el que quedó en la ciudad con el vicepresidente, se pegó el susto del año cuando los encorazados comenzaron a tirar, pero aparte de estropearle la residencia particular del Mariscal (el que hoy es palacio de gobierno), la flota no hizo nada; se retiraron muy contentos pero con las manos vacías y volvieron río abajo hasta Tayi, donde fueron recibidos como héroes y se quedaron un buen tiempo más sin bloquear el río como se debía.

Si lo bloqueaban en serio terminaba la guerra.

Quiero decir que lo agarraban al Mariscal López, prisionero o muerto porque el Mariscal se retiró del cuadrilátero la noche del 3 de marzo, saliendo de Humaitá; de allí remontó el río hasta Timbó, donde lo recibí como jefe de las fuerzas del Chaco... Desde luego, atravesar en canoa un río vigilado por monitores y acorazados es bien peligroso; me contaron después que en un momento llegaron a ponerse bien nerviosos, porque si los buques brasileiros se daban cuenta de que el grueso del ejército paraguayo venía por el río, lo destrozaban allí mismo y sin ningún problema. Por eso Silvestre Aveiro quiso levantarles la moral con un chiste; cuando estaban en el medio del camino les dijo a sus acompañantes de la canoa:

-Allí está el monitor. [100]

Un chiste para matar el tiempo.

Pero ocurre que ciertas cosas no se debe decir ni en broma, porque dan mala suerte, como mentar la víbora o el diablo por la noche.

Allí mismo apareció el monitor brasileiro, a unos 300 pasos y con los fuegos encendidos. Nuestras gentes quedaron pálidos, pero por suerte los otros eran brasileiros así que los dejaron pasar sin molestarlos, y cuando desembarcó el último bote en el Chaco le mandaron un tiro de metralla para no quedar como demasiado tontos y nada más.

Después los dejaron seguir camino hacia el norte, para acampar en San Fernando, donde llegaron después de haber cruzado el río Paraguay por segunda vez, sin que ningún encorazado les saliera al paso... Es decir, aparecieron algunas veces, pero los hicieron correr con algunos tiros, y hasta les mataron varios marineros, porque tomaron la costumbre de ponerse sobre la cubierta para mirar lo que pasaba, y entonces las baterías de Thompson les mandaban recuerdos de nuestra tierra.

[101]

¡Mire que les gustaba morir, porque los que podían matarnos eran ellos, porque nuestro campamento de San Fernando estaba sobre el río, a tiro de encorazado, pero no nos molestaron para nada! Ciertamente que en la confluencia del Paraguay/Tebicuary teníamos una batería, la que dirigía Thompson, pero no pasaba de ser vayo rei, porque con sus cañones podían destrozarnos y llegar frente al mismísimo campamento de San Fernando.

En el mapa puede ver usted nuestro campamento de San Fernando, también nuestro camino de retirada por el Chaco, vale decir la línea de puntos que va desde Humaitá hasta San Fernando. Y ya que estamos en eso, le adelanto un poco: mire bien la línea de puntos desde San Fernando hasta Lomas Valentinas, a unas cuantas leguas de Asunción; bueno, no se olvide de eso porque es el recorrido de nuestro ejército desde que salió del cuadrilátero, en marzo del 68, hasta el fin de año. (Es la parte que se conoce como la campaña de Pikysyry, que termina en diciembre con el combate de Lomas Valentinas).

No recuerdo si se lo expliqué, pero vale la pena recordar: para llegar a la Asunción había dos caminos. Uno es el camino a lo largo del río Paraguay (el que hicimos nosotros con el enemigo detrás); el otro es el camino por Encarnación, el que siempre amenazaban los negros, desde el principio de la guerra, que iban a tomar para tomarnos Asunción (fíjese en la otra línea de puntitos). Por el medio no se podía porque no había caminos y están los bañados de Pilar y Ñeembucú, al sur, y la laguna Ypoá, más al norte. El resto de la frontera no existía, al menos si se trataba de invadirnos, por eso el cuadrilátero fue una tranca para el ejército enemigo que avanzaba; una tranca que no valía del todo, por que la fortaleza de Humaitá no era tan fuerte, pero como tenían miedo, los paramos por más de dos años - desde el comienzo hasta marzo del 68.

En realidad, los detuvimos por más tiempo: hasta agosto/68.

Le voy a decir por qué: primero, porque al salir del cuadrilátero, el Mariscal les dejó una buena cantidad de espantapájaros y de cañones de palo para defender nuestras trincheras, más una pequeña guarnición para largarles unos cuantos tiros de tanto en tanto; segundo, porque una vez que tomaron nuestras trincheras, como debía ser, se encontraron con un hueso más duro de roer: Humaitá. Humaitá tenía que caer, desde luego, porque quedaron solamente 3.000 hombres con los comandantes Martínez y Alén para resistir a toda la negrada; eso lo sabíamos perfectamente bien. Pero el asunto no era resistir sino ganar tiempo, para permitir a nuestro ejército retirarse hacia el norte -hacia San Fernando y después más arriba. [102]

López les había dicho a los defensores que resistieran hasta el 20 de julio, más o menos; hasta tres días después que se les terminaran las provisiones. Ellos resistieron todavía más, porque la fortaleza cayó recién el 25 de julio, después de que los defensores habían pasado más de tres días comiendo cuero y monturas hervidas y cargando los cañones con vidrio roto y nueces de coco... No se ría de nuestra metralla, mire que resulto formidable: las astillas de coco se infectaban, así que los heridos murieron como moscas... Especialmente los que atacaron el 16 de julio; allí fue que los dejaron acercarse haciéndoles creer que la fortaleza estaba vacía y después les tiraron a quemarropa, con nuestros cañoncitos viejos y nuestra munición improvisada, para hacerles unas bajas que el marqués de Caxias se agarraba la cabeza con las dos manos...

Finalmente nuestra guarnición tuvo que abandonar Humaitá por la noche el 24 de julio, y al día siguiente entraron ellos en la fortaleza, y se decidieron a no permitirles que se junten con el Mariscal a esos que habían cruzado el río Paraguay, que estaban ahora justo del otro lado de Humaitá, en un lugar que le dicen la Península.

Para reunirse tenían que cruzar la laguna Verá, que comenzaron a cruzar de noche y en canoas y hasta el 5 de agosto hubo combates entre los nuestros y los aliados, que los perseguían con sus lanchas artilladas y sus baterías de tierra y el fuego de sus acorazados, y por la mañana aparecían varadas en la costa o también flotando río abajo las canoas con sus tripulantes muertos, con criaturas y mujeres, porque muchos soldados de la fortaleza tenían sus familias con ellos.

Yo estaba más arriba de la Península, en el fuerte Timbó, y a cada rato trataba de llevarles provistas o de hacerlos venirse de nuestro lado, pero al final ya resultaba imposible, porque de los evacuados de Humaitá llegaron solamente 800 a San Fernando y el resto quedó todo rodeado en la laguna Verá... En una de esas le mandé un centinela, y el centinela pasó frente a los vigías enemigos y recibió un balazo pero sin decir una palabra, y al día siguiente lo encontraron con medio cuerpo comido por los cocodrilos pero tampoco había dicho nada, y entonces tuvieron que reconocerle y le enterraron y el cartel sobre la cruz decía: AQUÍ YACE UN VALIENTE... Así se defendían los nuestros...

Los últimos que quedaron rodeados en la laguna Verá eran menos de 1.000 y otros 1.000 que flotaban como cadáveres sobre el agua; que habían flotado como dos días, y mientras tanto los vivos no habían podido comer nada. Pero cuando llegaron los parlamentos aliados los recibieron a tiros, y solamente porque intervinieron los sacerdotes se rindieron, y entonces el general Rivas los trató con mucho respeto. [103] Nunca vi soldados más valientes, le dijo al coronel Martínez, comandante de Humaitá, y después le llevaron en Argentina como prisionero y entonces dijeron que era un traidor y por eso procedieron contra su señora, la señora doña Juliana Insfrán de Martínez, esa que era parienta del comandante Insfrán, el que se casó con mi hermana Asunción, aunque era una buena señora doña Juliana Insfrán. Entonces sí que se volvió traidor el coronel Martínez, esta vez de veras.

-Demen una división y yo mismo le voy a matar a López.

Así mismo les dijo después a los aliados, cuando vino con el ejército de ellos, pero el gobierno liberal lo mismo no más le puso Coronel Martínez a esa calle, aunque empuñó las armas contra su patria. [104] [105]

## Capítulo VII

De ciertos acontecimientos que tuvieron lugar en el campamento de San Fernando, donde el mariscal permaneció de marzo a agosto de mil ochocientos sesenta y ocho, mientras yo seguía en el Chaco

La última vez que vi a la señora Juliana Insfrán de Martínez fue en el campamento de San Fernando, por casualidad. Porque yo pasé por ese campamento tres o cuatro veces, cada vez que me hacía llamar el Mariscal, pero mi obligación estaba en el Chaco, en el fuerte Timbó, tratando de evacuar a nuestros defensores de Humaitá y asegurar comunicaciones con esa fortaleza. Así que mis enemigos políticos han podido o querido decir contra mí de todo, menos que participé en los problemas de San Fernando, porque les consta que no estaba allí durante el tiempo en que funcionaron los tribunales esos. Así que siempre de paso, y en una de esas fue que me encontré con esa buena señora, a quien siempre yo le tuve un aprecio muy grande.

Esa vez la encontré muy triste y muy flaca, aunque había sido una hermosa mujer, gorda, alegre, y no tenía más de 23/24 años.

-¿Puedo servirla en algo?.

Era una forma de darle un poco de ánimo, porque en el fondo era muy poco lo que podía hacer por ella -a ella le perjudicaba ese rumor sobre la traición del coronel Martínez; la perjudicaba porque también sospecharon de ella, porque era la señora.

-Consígame un espejo, por favor.

¡Lo que son las mujeres! En los momentos más serios pensando siempre en arreglarse, como si la cosa estaba para eso. Pero le conseguí de todos modos el espejo; era un favor que no podía negarle (en ese rancho no había ningún espejo). Pero resultó peor, porque allí pudo [106] ver el moretón ese que tenía sobre el ojo derecho y se quedó todavía más triste. Me preguntó si la marca le iba a quedar para siempre y yo le dije que no, para consolarla, porque la marca que le habían hecho parecía muy profunda.

Esa fue la última vez que vi a Juliana Insfrán.

Me impresionó mucho, porque la quería, y también porque su caso fue muy famoso, porque aprovecharon para la propaganda política. Por eso siempre fue como una espina que me quedó, hasta bastante tiempo después de la guerra, y es que nunca pensé que ella haya sido una traidora. Por eso en una de esas, ya mucho tiempo después, pude hablar con el padre Maíz, que había estado en ese caso, y él me dijo que, por las pruebas presentadas, habían tenido que interrogarla, pero que después se descubrió que había sido un error, porque la arrestaron sobre la base de unas pruebas o sea calumnias inventadas por el obispo Palacios. También tiene la culpa la Madama Lynch, porque las dos eran muy amigas, y la Lynch sabía perfectamente todo lo que hacía y no hacía la Juliana y entonces tenía que hablarle al Mariscal, decirle que la pobre era inocente, y que todo el tiempo había estado encerrada en su casa de Patiñocué. Porque lo que dijeron de la señora Juliana Insfrán es que ella se comunicaba con su marido, el coronel Martínez... No, Raúl, se equivoca; Martínez era el defensor de la fortaleza de Humaitá, junto con Alén, ¿cómo no se acuerda? Y bueno, cayó la plaza y después comenzaron las malas lenguas a murmurar que Martínez se había vendido y lo demás, que yo no creo, pero aunque sea cierto no es posible que su mujer tuviese nada que ver con eso, porque Humaitá desde luego que estaba sitiada y mientras

tanto la señora Insfrán seguía en su propiedad de Patiñocué, como a 100 leguas y entonces no había ni camino ni automóvil y entonces ella tenía que ser inocente... Pero la culpa fue de ese obispo bandido, el obispo Palacios, que para salvarse él acusaba a todo el mundo, daba pistas falsas como después me dijo el Mariscal.

¡Menos mal que hay justicia en este mundo!

Entonces terminaron descubriendo las maquinaciones del obispo Palacios y fíjese que fue el propio padre Román, un sacerdote amigo del obispo, el que tuvo que declararlo reo de alta traición en el proceso que finalmente le hicieron... debe ser por algo, porque los curas siempre se apañan entre ellos, y para que un cura acuse a un superior tiene que haber algo muy grave.

Desde el principio de la guerra ha manifestado un espíritu contrario al sostén de la santa causa nacional hasta avanzarse a decir una ocasión «que si él quisiere revolucionar a las tropas para volverlas contra el [107] Mariscal, nada más fácil le sería por el prestigio que tenía (como Obispo), pues que tomaría un crucifijo en la mano y proclamaría a las tropas arrastrándolas en pos de sí» (f. 408).

Esta sola expresión del obispo Palacios revela en su más pronunciada manifestación el negro fondo de su espíritu de odiosa deslealtad y de tendencia altamente traidora a la Patria y a su Gobierno.

¡Pensar en nombre del Cristo, ese Dios de amor, enarbolar su Cruz, ese estandarte de paz para rebelar a las tropas armadas contra su legítimo y Supremo Jefe en momentos de sostener la vida de la Nación, es horrorosamente execrable e impío!

Proposición es esta, Exmo. Señor, como otras que iremos apuntando, que mereciera desde luego ser teológicamente calificada: ella, a parte de la impiedad que entraña, no está exenta de sabor a herejía (...)

«El Obispo Palacios ha deplorado que los Sacerdotes hablasen en el púlpito en pro de la santa causa Nacional, pues el Clero a causa de eso se desprestigiaba, no debiendo meterse en política» (f. 408).

El Obispo Palacios atribuye a V. E. la causa de la duración de la guerra por la tenacidad de sostenerse, haciendo, dice, matar a toda la gente antes que ceder nada, y también por lo mucho que se halla en el mando, el cual, agrega, debía dejar para evitar la completa ruina de la Patria (f. 408 vta. 410 vta.).

Estas aserciones del Obispo Palacios son tanto más malignas cuanto que las expresó con motivo de la negociación de paz propuesta por Mr. Gould, en la que se traía como preliminar indeclinable la separación de V. E. del mando Supremo y consiguiente salida del País para entrar en arreglo con el enemigo, cosas que el Obispo Palacios aprobó en privado como único medio de terminar la guerra, mientras que en público «se expresaba en los términos más expresivos de que tal cosa causaría la pérdida completa del País y lo esclavizaría perpetuamente» (f. 443 vta.).



Esto lo firmó el propio padre Román, que fue fiscal de sangre en los procesos de San Fernando... Sí, también, el padre Maíz; los dos fueron fiscales allí, pero no había nada personal sino que Fidel Maíz cumplía con la obligación que le encargó el Mariscal -Maíz no era un hombre rencoroso y ya tenía olvidados los problemas que le había [108] causado Palacios unos años atrás, eso me consta. Pero el Pío IX estaba mal informado por los brasileros y entonces lo llamó al padre Fidel Maíz «sacrílego nefario». Eso porque después de la guerra el vicario o encargado para el Paraguay vino a ser el cura brasilero Fidelis D'Avola, que había sido capellán del ejército brasiler, y el hombre ese le dio su versión: lo acusó a Maíz de haberlo matado a su obispo, que no es cierto -ese fue Marcó, que dirigió el fusilamiento, pero Maíz no más hizo la investigación y descubrió que era culpable.

Y esa fue la famosa conspiración de San Fernando, que le dicen así porque en San Fernando tenían que matar al Mariscal Presidente el 24 de julio del 68, el día de su cumpleaños, justamente el día en que el encorazado brasiler pasó por delante de nosotros y un legionario, ese Recalde, saludó para darles la señal; pero la conspiración fracasó...

Fracasó porque el Mariscal ya andaba pescando desde hacía rato; desde que me preguntó lo que su hermano Benigno andaba diciendo por ahí y le dije que nada. En ese momento yo pensé que mi jefe se equivocaba un poco, pero después me di cuenta de que tenía razón, porque había otros indicios (que le llaman), y al final se descubrió todito.

Porque usted se acuerda cuando el cónsul Cochelet trasmitió ese informe a su gobierno, la carta que interceptamos... bueno, ese Cochelet se fue en su país en octubre (más o menos) del 67, pero le dejó la idea a su reemplazante, Cuverville, y ese también se puso a conspirar con Benigno López para envenenarlo al Mariscal y hacer la paz con los brasileros, a cualquier precio, con tal de llegar a presidente como quería Benigno. Y el ministro norteamericano Washburn también estaba metido, y eso dice su propio compinche Bliss, que después escribió un libro contando todo, y que tiene que leer usted para comparar con el libro de Washburn, que es demasiado contra el Paraguay. O sea que todo el cuerpo diplomático conspiraba, porque también estaba ese cónsul portugués Leite Pereira, que conspiró con nuestro propio ministro de relaciones, José Berges. Allí fue que comenzaron los problemas con Washburn, porque se le pidió que entregue los papeles de la conspiración que le había dado José Berges y él se negó y finalmente no nos dio nada, pero se escapó en la cañonera norteamericana que vino a buscarlo y después se fueron también Bliss y Masterman, esos dos que casi nos traen una guerra con los Estados Unidos...

Se trata de una historia larga y triste, que recién terminó el 21 de diciembre del 68, un poco antes de comenzar esa batalla, porque allí ejecutaron al obispo Palacios, al ministro José Berges, al general Barrios, al cónsul Leite Pereira, a don Benigno López y a Juliana Insfrán... Hubo equivocaciones, cierto, pero o sino hubiera sido peor... [109] No más que yo soy una persona de buenos sentimientos; no me gusta ni juzgar ni castigar a nadie, ni con ni sin razón, y por eso me alegro de no haber tenido nada que ver en todo eso... quiero decir las investigaciones, porque es una forma de hacerse enemigos, y todos los que estuvieron en los tribunales de San Fernando fueron muy criticados, como el padre Maíz, que ya no pudo ser obispo por eso (aunque tenía méritos para ascender), o Juan Crisóstomo

Centurión, que perdió un empleo porque dijeron que había sido un torturador y un esbirro y cosas por el estilo...

Pero de que hubo, hubo; quiero decir la conspiración.

La cosa comenzó a descubrirse hacia fines del 67, cuando vinieron de la Asunción a nuestro campamento una delegación de personas importantes para traerle al Mariscal un regalo que le mandaban las damas de Asunción, que como usted sabe habían donado todas sus joyas al ejército y que también estaban preparando una espada de oro y una corona toda de oro para el Mariscal. Y eso estaba muy bien; el problema no más era que en Asunción había movimiento, o sea unas cosas que mi jefe sabía bien porque estaba informado. Por ejemplo, las mujeres de la calle protestaban; hasta le desobedecían a nuestra guardia urbana como nunca antes le habían desobedecido; comenzaban a quejarse del Mariscal, y eso era una cosa nueva y también venía de arriba, porque el pueblo siempre había estado con el gobierno pero la gente de plata no... Quiero decir que le hacían un doble juego: por una parte le ofrecían homenajes al Mariscal López, por otra parte andaban mal acostumbrando por debajo a la gente ignorante... Entonces, cuando esa delegación de notables vino en nuestro campamento a fines del 67, el Mariscal no les permitió volver en la Asunción, sino que les tenía controlados en nuestro campamento de Paso Pucú, y entre ellos estaba nuestro tesorero Saturnino Bedoya, casado con la hermana del Mariscal.

Uno que cayó por su boca, como el pez.

Porque cuando llegaron los encorazados a Asunción, allá por febrero/68, Bedoya dijo:

-¿Qué estarán haciendo aquellos en la Asunción?

Una expresión muy rara, ¿no le parece?

Enseguida se lo contaron al Mariscal, y justo cuando Bedoya pasaba frente a la comandancia sin quitarse el sombrero, y entonces S. E. le mandó un ayudante a darle unos cuantos cintarazos por irrespetuoso, y entonces el cuñado comprendió que le habían pillado; tuvo que confesar que en la Asunción se tramaba algo y que el hermano Benigno era el cabecilla. [110]

Yo estaba con el Mariscal el día en que lo trajeron engrillado y el Mariscal le preguntó:

- ¿Qué es lo que pensaban hacer en la capital?

Benigno contestó:

-Como que no tuvimos noticias de usted y del ejército, desde que Humaitá quedó sitiado por tierra y por agua, creímos llegado el momento de tomar una resolución para salvar nuestras personas y nuestros intereses.

-¡Ya ve, Caballero, estos son más negros que los negros!

Quería decir más brasileros que los brasileros, porque a ellos los llamábamos siempre negros o cambá.

No sé... creo que un cinco o seis de marzo, de todos modos cuando el Mariscal estaba en el Chaco, cuando había salido del cuadrilátero para irse en San Fernando; allí fue que lo trajeron a Benigno por las declaraciones de Bedoya...

Pero también tengo que decirle que el 22/febrero/68, cuando las corazas llegaron al puerto de Asunción, hubo una reunión de notables en la ciudad, dirigida por el vicepresidente Sánchez, que estaba de Presidente de la República, y que ahora se sentía demasiado preocupado al ver esos barcos en el puerto (creía como todo el mundo que esos brasileros iban a desembarcar y tomar la Asunción porque podían si tenían más coraje, porque la guarnición era demasiado chica). Para colmo no recibía noticias del Mariscal López, porque la comunicación con Paso Pucú estaba cortada... Entonces no era de mala fe; no más que su responsabilidad era demasiado grande (como le explicó después al Mariscal) y entonces quería hacerse aconsejar (el pobre ya estaba demasiado viejo para decidir solo). Además que en ese momento se pensó que si los encorazados llegaron hasta la Asunción eso quería decir que habían destruido nuestro cuadrilátero; eso por lo menos parecía, porque muy difícil pensar que el enemigo puede ganarle la guerra pero no la gana; para eso debe conocer a los brasileros como los conocía el Mariscal, que siempre se aprovechaba de su punto flojo... Pero Sánchez no estaba a la altura de su jefe, y entonces no podemos culparle por la reunión -en el fondo buscaba la orden que López no podía darle.

Entonces se reunió el vicepresidente con Venancio López, que era el comandante general de armas; con Benigno López, que no tenía cargo pero que le respetaban por su familia; con Francisco Fernández, que venía a ser el segundo de Venancio; con el juez Ortellado; el deán Bogado; Carlos Riveros; Gumersindo Fernández y el padre Espinoza. [111]

No tenía nada de malo; al fin y al cabo era el Presidente en ejercicio con el jefe de la guarnición y el consejo consultivo. El problema fue que allí se dijeron muchas cosas... Para comenzar comenzaron diciendo que no le podían resistir al enemigo, y entonces tenían que rendirse no más; se hubieran rendido si no era por el padre Espinoza, muy leal al Mariscal que les dijo que tenían que vencer o morir, sea como sea.

Después vino la segunda reunión, y decidieron resistir de cualquier manera, y era lo que tenían que hacer. Porque los encorazados nos mandaron unas 40 bombas que no mataron a nadie, aunque tiraban sobre la estación del ferrocarril, donde los civiles trataban de evacuarse. Pero después le contestaron con nuestro cañón que no les alcanzaba, y con eso se retiraron; se fueron hasta Timbó y se quedaron allí... Así que no había que rendirse como llegaron a pensar Benigno López y otros que les influenció él, porque para él luego la guerra estaba perdida desde el comienzo, y ni siquiera nuestra victoria de Curupayty le impresionó para nada, por eso le felicitó muy fríamente al Mariscal esa vez, todos nos dimos cuenta.

La culpa era de él, porque el vicepresidente Sánchez no tenía la culpa, y cuando el Mariscal le escribió una carta muy dura ese pobre señor le explicó muy bien las cosas y mi

jefe se quedó satisfecho; pero con Benigno otra era la cosa, por eso fue que le hizo traer engrillado a Ceibo, para que explique un poco lo que había dicho, y también para carearlo con Gumersindo Benítez, Riveros, Fernández, Ortellado y otros que habían estado en la reunión aquella en Asunción o que tenían algo que ver en el asunto.

Entonces tuvieron que reconocer que sí, que habían pensado rendirse, pero que tenía que comprenderlos, porque se quedaron solos en Asunción sin noticias; también porque la única noticia fue que habían tomado el cuadrilátero los enemigos y después remontado río arriba con sus encorazados hasta la misma capital; entonces todo parecía perdido, parecía que el mismo Mariscal ya estaba muerto y entonces ya no tenía sentido seguir peleando.

Eso le dijeron y el Mariscal López tuvo que aceptarlos, aunque siempre controlándolo a su hermano Benigno, a quien le sacaron los grillos y lo trataron bien, pero siempre arrestado en su tienda... Hasta que una vez descubren al trompa de la Escolta, no me recuerdo el nombre; lo descubren visitándolo a Benigno, y lo detienen entonces por sospechoso y tiene que declarar o sea reconocer que él estaba apalabrado con el mayor Fernández, el edecán del Mariscal, y también con don Benigno, para asesinarlo al señor presidente. Ese Fernández era el ayo de los hijos de López, pero igual no más lo traicionó. La conspiración era también con un herrero, porque un herrero tenía que hacer un puñal para Benigno, [112] para que con él lo mate al Presidente y después se escape al campamento enemigo con un caballo del Mariscal; ese era el plan que se descubrió... Allí estaban comprometidos el trompa, el mayor Fernández, el herrero y Benigno, pero el Mariscal quería saber si no había más.

Entonces se reunió con las personas de peso, con el obispo, con el general Barrios, el general Bruguez, el general Resquín y otros más, para contarles lo que estaba pasando, y preguntarles qué podía hacerse.

Allí habló el obispo, el primero; dijo que, de acuerdo con nuestras leyes, había que ajusticiarlos a todos inmediatamente, ya que era alta traición y en tiempos de guerra. Pero si fusilaban a esos cuatro, nunca iban a poder saber quiénes más, así que no le aceptaron su consejo.

Isidoro Resquín le dijo que podían aplicar las Ordenanzas, y que las Ordenanzas decían tortura para el que no quiere hablar, pero López le dijo que en estos tiempos modernos ya no se podían torturar porque quedaba muy salvaje, como en los viejos tiempos.

Finalmente formaron varios tribunales. Los fiscales de sangre fueron los padres Román y Maíz; los inspectores generales, los mayores Serrano y Aveiro... No quiero criticar a nadie, pero si hubo algún abuso fue por culpa de esos dos oficiales, porque esos dos eran muy malos, como Isidoro Resquín (que también estaba) y cada vez que una declaración no les gustaba eran capaces de obligarle a declarar de nuevo al acusado, y a pesar de que el Mariscal controlaba todo el asunto, tampoco podía estar en todas partes -como él solía decir- así que se equivocaron en algunos casos.

Pero eso tampoco quiere decir que la conspiración era inventada (como dijo ese traidor de Godoi, que durante la guerra estaba en la Argentina, como usted me cuenta, Raúl). Claro

que no. ¡Usted no se imagina las personas que estaban comprometidas! Toda la gente de plata de la Asunción, esas que le dicen la oligarquía, y también los jueces de paz y los jefes de las milicias urbanas de la campaña, porque estaba muy ramificada.

Por eso me arrepentí después (esto es una disgrasión como usted le dice) de no haberle contado al Mariscal lo que me había dicho su hermano Benigno aquella vez en marzo del 66. Es que cuando terminó San Fernando, el Mariscal se quedó muy nervioso, en el fondo muy triste de proceder contra su familia, y entonces me pidió que le cuente en confianza (no iba a hacerme ya nada) lo que aquella vez me había dicho don Benigno y le conté. Ya ve, general, que no me había equivocado -me dijo entonces-. Jamás dudé de los propósitos de mi hermano. Su mutismo impenetrable fue una inmensa amargura para mí, porque usted pudo evitarme lo que he sufrido y pudo ahorrar muchas lágrimas y sangre. [113] Allí mismo hubiese terminado todo, para siempre... Y tenía razón, porque en ese caso se podía parar a tiempo y no era necesario arrestar al resto de la familia: a las hermanas Inocencia y Rafaela, al hermano Venancio, a los cuñados Barrios y Bedoya.

Al coronel Venancio López lo perdonaron en seguida, porque él confesó de entrada que estaba conspirando voluntariamente y al Presidente le cayó bien esa sinceridad. Pero el general Barrios, cuando le dijeron que entregue su espada, y vaya a guardar arresto, se puso muy nervioso, y entonces tuvo una pelea con su señora, Inocencia López, que también estaba arrestada. Le dijo que la culpa era de ella, porque había conspirado contra su hermano el Presidente y que ahora le caía también la culpa a él y de balde; le dijo muchas cosas a los gritos. Pero después se quedó tranquilo, le pidió disculpas y todo muy bien cuando de repente doña Inocencia comienza a dar gritos porque se había degollado con la navaja. Pudieron salvarlo nuestros médicos, pero después de eso ya se quedó sin hablar, por eso es una mentira de Juan Silvano Godoi que se confesó con el obispo antes de morir porque no podía. Tampoco supo suicidarse el coronel Alén, el jefe de Humaitá, porque cuando cayó la fortaleza se metió un tiro, pero con bala y todo siguió viviendo hasta el 21 de diciembre, cuando lo fusilaron con el general Barrios por traidor.

Estas cosas son todas muy tristes, mi amigo, que nos llenaban de tristeza y de pesimismo... En especial al Mariscal, porque su obligación pues era castigar a los culpables, a él le correspondía más que a nadie, pero no es así no más que uno firma una sentencia contra su cuñado y su hermano o manda interrogar a sus hermanas o a las personas que sin ser de la familia uno aprecia mucho, como el general Bruguez o el coronel Alén, o esas damas distinguidas como Juliana Insfrán de Martínez o Dolores Recalde... Dolores Recalde en especial, porque el Mariscal había estado muy enamorado de ella, por eso le aguantaba todos sus desaires a esa dama tan linda y tan orgullosa; él era todo un caballero. Pero cuando la señora comenzó a conspirar con sus parientes de la Legión Paraguaya se terminó la cosa, aunque él personalmente hubiera preferido hacerse el tonto, perdonarle esos caprichitos de mujeres como les solía llamar... Pero en ciertas cosas él era muy justo; no hacía ninguna discriminación contra las mujeres... Pero de todos modos eso le dejaba muy triste, esa penosa obligación de castigar, como me dijo una vez.

Fue la vez que me hizo llamar a San Fernando cuando yo todavía estaba en el Chaco, en Timbó. Me había hecho llamar para planear ese ataque a los encorazados que fracasó de

nuevo -una verdadera lástima, porque con uno solo de esos barcos controlábamos el río.  
[114]

Pero aparte de eso, también me llamó para confidenciarse.

-Cuando yo era más mozo, Caballero, solía oír de mi difunto padre que el problema más grande de un presidente son sus colaboradores. Entonces yo creía que su enfermedad y sus años le habían agriado un poco el carácter, pero ahora pienso exactamente como él con veinte años menos.

Eso no era para mí, desde luego, porque nos llevábamos muy bien, pero usted debe admitirme, mi estimado Raúl, que el hombre tenía poca suerte con sus colaboradores. Con algunas pocas excepciones, la mayoría lo traicionaba o por lo menos hacía cosas que podían desprestigiar a su gobierno... Ese era el caso la vez que le estoy contando: el Mariscal estaba furioso; él había ordenado tino y moderación en los interrogatorios, pero ahora venían a decirle que su cuñado Saturnino Bedoya había muerto en el potrero. [115]

## Capítulo VIII

De los gloriosos combates de Ytôrôrô, Avay y Lomas Valentinas, donde las tropas paraguayas se batieron heroicamente con enemigos superiores en número y armamento

En el mes de agosto, Caxias hizo de Humaitá su centro logístico (hasta el momento lo había ido Corrientes) y después de unas cuantas semanas de vacaciones no del todo merecidas, se decidió a enfrentarse con nosotros, que estábamos al norte, en San Fernando. Le hubiésemos esperado allá, porque miedo no teníamos, pero siendo muy pocos y mal armados, siendo la posición poco favorable para la defensa, decidimos mudarnos más al norte, marchando a lo largo del Río Paraguay hasta un lugar como a 50 millas de Asunción, que se conoce como Lomas Valentinas, Ita Ybaté o Pikysyry, dependiendo de que uno se refiera a las colinas que hay por allí, al cerro donde estuvo el reducto del Mariscal, al estero que nos servía de defensa natural.

El Pikysyry es el desagüe más septentrional de la laguna Ipoá, de la que arranca en la forma de un ancho estero, disminuyendo poco a poco a medida que se aproxima al río Paraguay y reduciéndose a una angosta corriente al entrar en las selvas, que en este lugar tiene cerca de 2,000 yardas de anchura, y desagua en el Paraguay por Angostura, donde tiene cerca de 20 yardas de ancho y gran profundidad. Es también el límite de los terrenos bajos, que empiezan en el Tebicuary, y que con raras excepciones son sumamente húmedos. Por cerca de dos leguas al Sud del Pikysyry, el terreno está cubierto por selvas y montes de palmas, pudiendo decirse, que es absolutamente intransitable por todas partes, con la sola excepción del camino real, que es también pésimo.

Puede decirse que inmediatamente al norte del Pikysyry empieza recién la parte habitable del Paraguay, pues en la orilla de aquel arroyo tienen su nacimiento las primeras colinas. Para defender el Pikysyry, era [116] necesario establecer una línea de seis millas,

porque en esa extensión podía ser atravesado aunque con gran dificultad, siendo el camino real el único punto por donde pudiera esperarse al enemigo. La posición no era flanqueada a menos de dar la vuelta por Misiones o por el Chaco, en cuyo caso podía ser atacada por la retaguardia.

De tanto en tanto, mi querido amigo, uno puede aprovechar el trabajo de los traidores, como en este caso, donde le leo algunas páginas de Thompson, el que hizo la línea de trincheras nuestras del Pikysry, que iban desde Angostura, nuestra batería sobre el Río Paraguay, hasta Ita Ybaté, donde el Mariscal López había establecido su Mayoría; esa línea tenía por delante, como foso, el curso del Pikysry, con lo que venía a quedar más fuerte que Curupayty; Thompson trabajó bien, pero el 28 de diciembre se pasó al enemigo vergonzosamente, cuando le dijeron que habían destruido al Mariscal López. Entonces entregó la batería de Angostura, que él dirigía, sin disparar un solo tiro, sin cumplir su promesa de pelear hasta la muerte.

Este es el plano que él hizo del lugar.

Inmediatamente después de llegar, se levantó la casa del Mariscal y también la capilla, sobre la colina de Ita Ybaté; allí se decidió decir una misa solemne por los oficiales de nuestro ejército, pero la discusión surgió de si solamente los vivos o también los muertos, y resultaba difícil de decidir porque todos necesitábamos la misa, tanto los muertos del purgatorio como los vivos que dentro de poco tendríamos que recibir [117] al enemigo que venía marchando desde el sur hacia nuestras posiciones por el camino real; por otra parte, una misa de vivos podía sonar a oficio de difuntos anticipado, y eso podía mandarnos la moral para abajo. Entonces nos decidimos por los muertos, porque los vivos no andábamos tan necesitados, y el 8 de diciembre podríamos quedar bien con Nuestra Señora. Pero entonces surgió el problema de qué muertos, porque aparte de los bravos caídos para defender a su patria (general Díaz, general Aquino, mayor Calaá Giménez, mayor De Jesús Martínez), estaban los traidores como los generales Robles y Bruges; finalmente nos decidimos por los caídos por la patria, metiendo en el mismo molde a tropa y oficiales, que resultaba más popular.

Aprovechando la ocasión, el Mariscal nos mandó un discurso de los que nos hacían llorar; dijo que después de haber peleado tan valerosamente y contra un enemigo tan superior en fuerzas, carecía de sentido desfallecer a último momento, huyendo o desertando vergonzosamente. Los ojos de la humanidad estaban puestos en nosotros; todos habían seguido con entusiasmo, con interés, con admiración, el desarrollo de esta lucha titánica del pueblo paraguayo por su dignidad y su independencia, no era cuestión de quedar en ridículo. Él nos prometió otra vez morir a la cabeza del ejército y nosotros le prometimos seguir su ejemplo; él y nosotros éramos una sola persona o, si se quiere, López era la patria, como ha dicho uno de nuestros pocos filósofos.

Puede sonar pesimista pero era todo lo contrario, porque el ánimo era excelente; recién a partir de ese momento estábamos comiendo bien, porque recibíamos provisión de mandioca, maíz, frutas y verduras de los campos vecinos, mientras que los años anteriores

habíamos estado comiendo todo el tiempo carne y nada más; esa era la ración del soldado, que unos cuantos podían complementar recogiendo frutas del monte o pagando Dios sabe cuánto por un poco de maíz o zapallo a las proveedoras del ejército. Resulta que en nuestro tiempo no se sabía medicina; se pensaba que en la carne estaba la fuerza del hombre, y por eso les dábamos eso y nada más a nuestros hombres. Menos mal que el enemigo también se equivocaba, y entonces equilibramos un poco el número de hombres que se nos fueron de escorbuto, neumonía y otras enfermedades que venían por la mala alimentación.

Es cierto que con la guerra no teníamos brazos para los cultivos, ahora que las mujeres, los niños y los esclavos estaban militarizados, así que nos faltaba el algodón o sea la ropa, pero nos ingeniábamos con nuestros trajes de cuero, que servían igual, aunque cuando se mojaban podían resultar desagradables... Pero nadie se acordaba de la ropa en Lomas Valentinas porque hacía calor y resultaba más agradable [118] andar liviano; nuestra gente lo prefería así y hubiese andado completamente opivo de no ser porque se prohibió terminantemente -por lo menos dentro del campamento; en el resto del país podían hacer lo que querían, ya no era un problema de disciplina para nosotros.

La falta de soldados fue también un problema, muy cierto. No solamente en cantidad sino también en calidad, porque ahora la mitad del ejército era menor de 14 años, y también teníamos un número demasiado grande de viejos entre nuestros 12.000 soldados de Lomas Valentinas. Pero a pesar de todo se portaron muy bien; piense que en los combates de diciembre, el Caxias perdió la tercera parte de sus tropas en menos de tres semanas, ¡y eso que tenía gente joven y bien armada! Me pregunto qué no hubiera hecho yo con los 6 a 8.000 jinetes que llevaba ese viejo; con hombres así le aseguro que llegaba a Río de Janeiro para pedirle cuentas al emperador. Pero me tocaron no más los batallones de espectros, de sombras, como dice O'Leary; esos eran los bueyes con que tenía que arar y, modestia aparte, puedo decirle que haré muy bien. Y eso que la pólvora ya se nos estaba acabando, que los cañones estaban ya descalibrados, que los únicos rifles buenos los tenía la escolta del Mariscal, porque el resto eran fusiles a chispa y ni siquiera eso; la mayoría peleaba ahora a sable y lanza; armas nos quedaban pocas y malas... De cualquier manera, hicimos una resistencia tan heroica que hoy en día todo el mundo sabe que el Paraguay es ese país del mundo que enfrentó a la Argentina, el Brasil y el Uruguay en la guerra más grande de América Latina. Eso nos dio una dignidad, una... ¿cómo decirlo?... ¡Gracias, joven!, una identidad nacional... ¡Qué palabra tan linda! Se nota que usted es un historiador, voy a anotar lo para no olvidar... Con usted resulta fácil, amigo Raúl, porque con tantos periodistas tontos que andan por ahí, eso de las entrevistas me está resultando más penoso que toda nuestra larga guerra de cinco años... Esos tipos se pasan con preguntas tontas, hay que explicarle todo desde el principio y creo que de tanto repetir las cosas que sabía de memoria voy a terminar olvidándolas... Con usted no hace falta, con usted no se comienza de cero a cada rato sino que una gran parte se da por sabida, y eso es muy importante...

Bueno, para volver a nuestro cuento, le cuento que después de terminar las fortificaciones de Pikysyry estábamos muy contentos; si nos atacaban, tendrían que pagar muy caro. Y nos pusimos todavía más contentos cuando iniciaron un ataque a nuestra línea de trincheras al norte del Pikysyry; lamentablemente, no pasó de ser un reconocimiento. El enemigo se quedó, de cualquier forma, frente a las trincheras, en un lugar que se llama Las



Palmas, por si nos olvidábamos de vigilarlos. [119] Nos molestaban un poco, cierto, pero por lo menos no tomaron parte en la acción del 21 de diciembre.

El resto del ejército aliado se hizo humo.

Un día que nos preguntábamos por dónde podían andar, el Mariscal los ve con sus catalejos del otro lado del Río Paraguay, en el Chaco, trabajando como negros que eran, en algo que no podíamos imaginar (recién más tarde nos dimos cuenta de que era un camino para conducir tropas hasta San Antonio). De cualquier manera, al Mariscal no le gustó el asunto, y entonces se decidió darles su merecido.

-¿No hay nadie que quiera ir a castigarme esos esclavos? -preguntó. Entonces se ofreció Patricio Escobar, y el Mariscal le preguntó por qué; él le contestó que para probar lo que valía, ya que había caído en desgracia con S. E. y quería mejorar su situación. Este Patricio Escobar, dicho sea de paso, llegó a ser presidente de la República después que yo, 1886. Durante la guerra, había una cierta rivalidad entre nosotros porque, en un momento, el Mariscal llegó a designarlo sucesor -como también me había designado a mí para ocupar su puesto en caso de accidente. Pero la rivalidad nunca nos impidió ser amigos y de los buenos, y esto quiero que lo anote como quede mejor, porque se han dicho muchas cosas raras al respecto.

El asunto es que, esta vuelta, Escobar cruzó el Río Paraguay sin ser notado por el enemigo y vio que estaba trabajando en serio. Entonces volvió para informar al Mariscal, y lo encontró en la pieza hablando con Isidoro Resquín.

-¿Cuántos son?

-Muchos -contestó Escobar, sin decir el número, como dando a entender que la información era reservada, y entonces lo hizo salir a Resquín, y cuando quedaron solos le dijo que unos 25.000.

-Es lo que me había imaginado -dijo mi jefe, vale decir que muchísimos más, ya no era posible caerles por sorpresa, como solíamos hacer para perjudicarlos y elevar el nivel de nuestra tropa, aunque Centurión diga que esos ataques no servían para nada. Creo que Centurión también (no recuerdo muy bien) fue el que dijo que querían atacarnos por la retaguardia, transportando su ejército por el Chaco, en vez de intentar el asalto de la línea de Pikysyry que resultaba formidable. Pero no le creímos ni por nada. Después de haber visto la pereza de los negros, ¿quién diría que podrían decidirse a hacer un camino de tantos kilómetros para desembarcar en San Antonio y desde allí marchar contra nosotros, aprovechando que nuestras fortificaciones estaban hechas para resistir un ataque frontal, no de retaguardia? Nadie. Lo normal era pensar que seguirían otros dos años perdiendo el tiempo como en el [120] cuadrilátero. Por eso nos sentimos muy confiados; ni se nos ocurrió buscar una posición fuera del alcance de los tiros de la flota, como por ejemplo la zona de las Cordilleras.

Allí nos equivocamos.

Pero la culpa no fue nuestra sino de ellos, porque después de haberse comportado como tontos desde 1865, nadie podía prever que tuviesen una idea aceptable justamente ahora, en el 68. O sea que la sorpresa que nos dieron viniéndonos desde el norte para atacar nuestros puntos flojos no es imputable al error, sino más bien a la inteligencia del Mariscal López, que conocía al enemigo demasiado bien.

Pero en el momento nos sorprendieron.

Pienso que un derrotista como don Benigno se hubiera entregado inmediatamente al saber que el ejército aliado, después de haber dado un gran rodeo por el Chaco, había desembarcado en San Antonio y se nos venía encima sin darnos tiempo a preparar defensas debidamente -fuera de las trincheras en la colina de Ita Ybaté, donde estaba el Mariscal, que miraban hacia el norte. Pero por suerte don Benigno ya no estaba para contagiarnos con su pesimismo.

Conste que el optimismo de su hermano Francisco, se lo digo en confianza, casi me mata...

Porque me dio 3.500 para que detenga al marqués de Caxias que acababa de desembarcar con 20.000 hombres. Había que hacerle perder el tiempo sea como fuere; esa era mi misión. Mientras marchaba hacia el norte con mis hombres, yo me preguntaba qué podía hacer. Retroceder no podía, avanzar tampoco. Menos mal que el enemigo colaboró un poco, porque o sino no estaba usted hablando con el general Caballero. Es que después de haber desembarcado, Caxias decidió ocupar el puente del arroyo Ytôrôrô. Normalmente, cuando se trata de ocupar un puente se lo ocupa, pero el viejo tenía su forma de hacerlo, así que acampó al lado y dejó la ocupación para el día siguiente. Esa fue la chance que me contaron mis bomberos, y entonces me le fui con los pocos hombres a mi cargo al otro lado por la noche. Cuando los negros se despertaron, ¡sorpresa!, encuentran una trinchera paraguaya sobre el puente que no era el único ni era indispensable; el arroyo se cruzaba a pie por otra parte. Pero como ellos leyeron en algún libro que el camino más corto entre dos puntos es el más corto, ellos se encapricharon con ese puente que quedaba sobre el camino a Lomas Valentinas.

La trinchera nuestra era bastante modesta, así que decidieron asaltarla. Pero la ventaja es que el terreno en esa parte hace una especie de U, con el arroyo corriendo por la parte más baja, y el camino que lleva al puente corre por un monte impenetrable; una picada angosta por [121] donde no puede desplegarse un ejército grande y que pueden barrer hasta unos cañoncitos discretos como los nuestros.

Los negros cruzan el puente pero les metemos bala; vuelven a pasar y les metemos bala; así varias veces hasta que el Caxias carga a la cabeza de sus tropas y tenemos que retirarnos. Así por lo menos dijeron ellos, pero sin contar que, mientras Caxias se hacía el héroe cruzando el puente, otra partida del enemigo se nos venía encima para envolvernos, y entonces tuvimos que retirarnos después de hacerles más de 3.000 bajas -lo que queríamos.

Si algo aprendí del Mariscal López, es la sinceridad.

Después de Ytôrôrô me felicitó y admitió que, al mandarme contra Caxias, no tenía idea de qué podía hacerse pero había confiado en mi buena suerte. Un acto de honestidad, porque hubiera podido atribuirse la victoria diciendo que lo tenía todo planeado desde el primer momento. Por respeto a ese hombre, yo también le confieso ahora que no tenía idea de nada cuando me encomendaron la misión; no hubiera podido contener a los brasileros sin la ayuda de Caxias.

Esa batalla fue el 6 de diciembre y sirvió para dejarlos quietos por unos días, hasta el 11, cuando nos atacaron sobre el arroyo Avay, que está entre Ytôrôrô y Lomas Valentinas, porque el enemigo venía avanzando desde el norte sobre nuestro campamento. Imposible detenerlo, por supuesto, pero por lo menos podíamos debilitarlo con una serie de ataques menores. Para el 11 de diciembre, el Mariscal nos había reforzado con nuevos hombres para completar un número de 4.000 más o menos; con esa fuerza tuve que enfrentar de nuevo a Caxias, que se nos venía con más de 20.000.

Yo no era partidario de dar combate en Avay, más bien quería volver con mis hombres a nuestras posiciones para dar allí batalla con mejores posibilidades, porque éramos muy pocos para enfrentar a todo el enemigo que podía desplegar perfectamente su caballería para envolvernos y destruirnos en Avay; mejor volver a Lomas Valentinas, le hice decir al Mariscal, y Valois Rivarola estaba de acuerdo.

Pero en la Mayoría estaba Germán Serrano, a quien acababan de ascender a coronel y no precisamente por sus méritos militares sino por adulón; él le convenció de que sí se podía dar combate, y de que si Rivarola y yo teníamos miedo él, Serrano, podía dirigir el ejército. En esas condiciones, era mejor salirles al paso como se podía. Y nos aposicionamos de este lado del arroyo Avay, sin demasiadas esperanzas, porque eran demasiados y su caballería terminaría por destruirnos. Afortunadamente, había otra vez un puente. Y los puentes eran la debilidad de los brasileros (usted que es buen psicólogo me dirá por qué).

Avance aliado sobre lomas valentinas en diciembre/68

[122]

[123]

Y entonces insisten en apoderarse de él, aunque el Avay es muy playo, y allí comenzamos a hacerles puntería de lo mejor... Usted sabe que Osorio fue el primer brasilerero que invadió el territorio paraguayo, y ahora se nos hacía el Caxias cargando a la cabeza de sus hombres que no quisieron seguirle... Bueno, cuando se da cuenta, está sobre el puente y solo, y allí nuestros muchachos le meten un tiro en la mandíbula; a ese sargento el Mariscal lo hubiese ascendido después de la batalla de no haber caído antes.

También quieren envolvernos por la derecha y la izquierda, desde luego, pero nuestras cohetas hacen milagros y no pueden cruzar el arroyo porque los nuestros son unos leones que los van rechazando vuelta a vuelta hasta que comienza a llover y nos liquidan porque no pueden funcionar nuestros fusiles de chispa y ellos sí con su caballería; sí que se nos vienen encima a lanza y sable. Nos retiramos en cuadro, ordenadamente, y cada cual mata

su negro antes de caer atravesado. Debió ser más de uno, porque les matamos al final más de 4.000, más de lo que éramos nosotros, incluyendo 50 jefes y oficiales, y el enemigo se venga después en las mujeres que habían acompañado a nuestro ejército. Las violan a sabiendas del marqués de Caxias y de los otros jefes brasileros, que vienen a liberarnos de la tiranía del Mariscal López y no pierden ocasión de demostrar cómo.

Yo llegué a ser el blanco favorito -me contaron después los brasileros- porque soy más alto y mi poncho chileno se nota y me tiraban entonces con sus rifles de aguja y de cerca y debe ser que mi abogado se portó porque o sino resulta inexplicable tanto tiro inútil.

Me salvé gracias al padre Moreno, ese cura que en Cerro León me trató tan mal porque no sabía leer, pero que ahora daba su vida con el capitán Páez para salvarme de los negros abriéndome un camino a sablazos por entre el enemigo.

Volví llorando a Lomas Valentinas:

-Señor, el enemigo nos ha concluido, pero tengo la satisfacción de asegurar a V. E. que todos nuestros valientes han caído honrosamente, que todos se han conducido como héroes.

El Mariscal me consoló; comprendía que hice todo lo posible y que gracias a mí el ataque general se había retardado. Cierto que mientras tanto nos llenaban de bombas, pero de las bombas enemigas, como ellos mismos dicen, una tercera parte reventaba al salir, el otro tercio en el aire (por los malos fulminantes) y el resto lo recibíamos con buen espíritu:

Cuando caía una bomba en un grupo de paraguayos y hacía volar algunos de ellos, sus camaradas lanzaban un grito de placer; consideraban [124] este brinco como una cosa tan graciosa y divertida, que la misma víctima habría tomado parte en la algazara si le hubiera sido posible.

¡Vea como andaba la moral de los nuestros, si hasta un enemigo como Thompson nos atribuye ese valor!

(Algo que debe agregar es que una buena parte de las balas que caían en nuestro campamento no explotaban, y entonces las recogíamos para volver a mandarlas con nuestros cañones. Suerte que nos mandaban tanto hierro, porque a nosotros se nos estaba acabando).

Desde luego, sin esa determinación no aguantábamos. Porque para el 21 de diciembre -descontando nuestras pérdidas de Ytôrôrô, Avay, los bombardeos y otras acciones me menores- quedábamos en Lomas Valentinas unos 4.000 y nada más, pero resistimos con coraje la carga de un enemigo infinitamente superior, haciéndole un número de bajas impresionante, que hace honor a nuestras fuerzas armadas.

Aunque cuando comenzó el combate, le confieso, pensé que no quedaba ni uno solo de nosotros con vida; comenzó con un bombardeo formidable, que se llevó muchísimos soldados, y siguió por un ataque sobre nuestra derecha, sobre Potrero Mármol, por el barón del Triunfo, donde nos robaron todo nuestro ganado además de dejamos encerrados, porque

por Potrero Mármol pasaba nuestro camino de retirada hacia Cerro León y el este, el único que teníamos hasta el momento libre (ellos nos rodeaban por el sur, el oeste y el norte). No fue demasiado valiente ese barón del Triunfo, aunque de cualquier manera muy eficaz desde el punto de vista militar. Una cosa que me interesaría saber de ese tal Triunfo es por qué le decían el Cambronne brasileiro, si el Cambronne paraguayo soy yo; debe ser porque ninguno de los tres recibió jamás ninguna herida en combate, quizás.

Al mismo tiempo que Triunfo caía sobre nuestra derecha, Camara se ponía frente a Angostura, para inmovilizar a esa guarnición, donde había unos 1.000 hombres que ya no podían ayudarnos en caso necesario. También atacaba Joao Manuel por el centro, destruyendo nuestra línea de trinchera fácilmente, ya que las trincheras estaban hechas para defendernos de un ataque por el sur y ellos se vinieron por el norte; ganaron fácilmente, y el Mariscal les dijo a los pocos que quedaron que viniesen con él a Ita Ybaté, para dar el último y glorioso combate de la guerra.

En eso estábamos de acuerdo con el enemigo: en que el asalto a la colina de Ita Ybaté sería el último. Por eso se tomaron su tiempo, los bribones, dejaron el mínimo de hombres en Potrero Mármol y en la línea del Pikysyry, se reunieron frente a nuestro reducto para dar el [125] ataque decisivo; Caxias ya les había dicho a los soldados que con un esfuerzo más la guerra terminaba.

Teóricamente era cierto...

Sólo que Dios y Caxias nos ayudaron, cada cual a su manera; Dios, dándonos un valor temerario a todos, hasta a los niños -que no pelearon con barbas postizas esa vuelta, como dice la historia, sencillamente [126] porque los niños eran más que los adultos, así que ni esquilandolos a todos sacábamos barbas para tantos infantes; además, no estábamos para ese tipo de refinamientos. Pelearon también las mujeres, pelearon todos; aunque en un momento los enemigos se pusieron como a 200 pasos de la comandancia del Mariscal, los rechazamos entre todos -no solamente mi caballería y los rifleros de la escolta, sino también la masa humana que salió a detenerlos con palos, piedras, lanzas y machetes, que terminó empujando a los macacos hacia atrás, haciéndolos retroceder hasta las trincheras (nuestras) que quedaron llenas con los cuerpos de ellos, y que pudimos limpiar de ocupantes recién para las ocho de la noche del 21, cuando exterminamos hasta al último invasor. Si aguantamos hasta ese punto, es solamente porque Dios nos ayudaba, porque los cristianos, normalmente, no pueden pelear así -como locos y como héroes.

Pero también nos ayudaba Caxias, ese buen señor...

Porque si usted se fija un poquito en el plano, ve que la colina de Ita Ybaté, estaba defendida solamente hacia el lado norte, no hacia el sur, y fue para colaborar con nuestra causa, seguramente, que el marqués nos atacó por ahí -en vez de entrar por el sur, adonde podía llegar fácilmente después de haber vencido nuestra trinchera del Pikysyry. Ciertamente tenía más hombres; muchísimos más, y que si los mandaba al ataque terminarían por llegar

a nuestra comandancia; de acuerdo. Pero los que llegaron eran ya pocos y cansados y entonces les hicimos retroceder.

Para las ocho de la noche, le repito, ya teníamos nuestro campamento limpio de ellos, y allí fue que el Mariscal me dijo que reuniese todos los hombres sanos y apenas pude reunir 90, vale decir que en ese momento podían liquidarnos con un solo regimiento de caballería.

Pero para no ser tan groseros nos mandaron una nota, en vez de eso. La nota decía que estábamos perdidos y que lo sabíamos muy bien, porque no se nos pasaba que nos tenían rodeados y que no podíamos seguir recibiendo refuerzos mientras que ellos sí; todos los que quisieran; tampoco podíamos ignorar -decía- cuantos soldados tenía cada uno. Así que lo mejor era rendirse para evitar mayores derramamientos de sangre, de los cuales sería responsable solamente el Mariscal.

Entonces el jefe nos reunió para consultarnos, ¿nos rendimos o no? Matías Goiburú le dice, en nombre de todos, que queremos vencer o morir. López lo miro a los ojos fijamente:

-Parece que su palabra no nace del corazón.

Goiburú se sintió avergonzado porque lo había descubierto; tiempo después, cuando el tipo cayó en poder del enemigo y dijo muchas [127] cosas en contra, López y todos nosotros recordamos perfectamente este momento de vacilación o algo todavía peor.

La respuesta a los aliados la enviaron Silvestre Aveiro y el coronel Francisco López (h); cuando volvían del campamento enemigo, los negros les mandaron una descarga de fusilería que les mató dos oficiales. ¡Así cumplían ellos con las leyes de la guerra! Pero, grosería aparte, nadie puede negar que es una obra maestra la carta de López:

Vuecencias tienen a bien notificarme el conocimiento que tienen de los recursos de que pueda actualmente disponer, creyendo que yo también pueda tenerlo de la fuerza numérica del Ejército aliado y de sus recursos cada día crecientes.

Yo no tengo ese conocimiento, pero tengo la experiencia de más de cuatro años de que la fuerza numérica y esos recursos nunca se han impuesto a la abnegación y bravura del soldado paraguayo, que se bate con la resolución del ciudadano honrado y del hombre cristiano, que se abre una ancha tumba en su patria, antes que verla ni siquiera humillada.

Vuecencias han tenido a bien recordarme que la sangre derramada en Ytôrôrô y Avay debía determinarme a evitar aquella que fue derramada el 21 del corriente; pero VV. EE. olvidan, sin duda, que esas mismas acciones pudieron de antemano demostrarles cuán cierto es lo que pondero en la abnegación de mis compatriotas, y que cada gota que cae en la tierra es una nueva obligación para los que sobreviven.

¡Qué hombre tan elocuente, verdad muchacho!

Pero le reconozco que por un momento llegué a deplorar tanta facilidad de palabra; me refiero al 27 de diciembre, cuando nos atropellaron finalmente. ¡Cómo extrañamos allí

nuestro withworth 32 y el resto de nuestra artillería tomada el 21, como así también la oportunidad que nos habían dado de rendirnos! Porque eso no parecía un combate; ¡imagínese 23.000 macacos acargando sobre una colina de 500 metros de ancho por 1.000 de largo, previamente batida por 50 cañones de gran calibre, donde unos 2.000 hombres (mejor dicho combatientes) se aprestaban a hacerles frente! Más bien recordaba una carga del ejército contra una facultad ocupada por los estudiantes, con la diferencia, eso sí, de que los estudiantes del momento éramos nosotros, no los cobardes radicales, y que entonces matamos y descalabramos unos cuantos, unos muchos, antes de caer vencidos para siempre. En parte, gracias a la cooperación de Caxias, una vez más; en vez de entrarnos tranquilamente por el sur, lo hizo por el frente, y como el terreno se presta, todavía pudimos mandar al otro mundo unos cuantos enemigos para no sentirnos demasiado solos ni demasiado frustrados por allá. Por desde entre [128] los árboles del monte, sobre los pasos de un desfiladero, nuestros soldaditos de 10 años peleaban de lo lindo, sea cargando los fusiles de los grandes, sea disparando ellos mismos, sea haciendo rodar peñascos o arrojando cascotes... Dentro de todo un bello combate, cuando se lo recuerda a la distancia, pero en el momento uno veía de otra manera la situación, y yo pensé que el escapulario de la Virgen Santísima ya no me valdría de nada porque nos tenía desgraciados nuestra mala acción del 21 de diciembre.

En esas me andaba yo, recorriendo nuestro campo lleno de invasores y de balas por todas partes, cuando me encuentro con algo casi tan desagradable como un brasilero: la Madama Lynch -justo cuando lamentaba la muerte de mi gran amigo y compañero Valois Rivarola, muerto como un auténtico oficial paraguayo, que nunca vuelve las espaldas ante el enemigo.

-¿Dónde está el Mariscal? -me preguntó.

Estuve a punto de contestarle que el Mariscal era grande para saber por dónde andar sin necesidad de que lo lleve de la mano.

-Madama, lamentablemente no lo sé.

Allí perdió su compostura; me dijo que el responsable de saberlo, por el cargo que tenía, era precisamente yo y no el marqués de Caxias; que me habían ascendido para ocuparme de mis obligaciones y no para largarme del campamento con misiones supuestamente peligrosas de donde volvía sin un pelo de la cabeza menos; ¡que estaba harta, harta y bien harta de mí!

¡Qué mujer desagradable!

La comprendo por la nerviosidad que traía encima, pero yo también estaba nervioso y no molestaba a nadie como ella, que más de una vez me había puesto en apuros pidiendo cosas que no podía atender, para acusarme después ante el Mariscal de negligente, pero sin que el Mariscal, por suerte, la escuchase demasiado... Aquí estábamos solos, finalmente, y cuando el luqueño aquel vino a decirnos que el Mariscal estaba muerto, tuve que hacer un enorme esfuerzo para no golpearla, y creo que me contuve solamente porque había cosas más importantes de las cuales ocuparse, y en especial ver un poco el modo de salir de esas

malditas Lomas Valentinas donde el enemigo había aniquilado el ejército paraguayo aquel 27 de diciembre. Sólo que la salida estaba cerrada (la única posible el Potrero Mármol) y la situación se volvía más complicada con la Madama Lynch gritándome de todo mientras que yo trataba de calmarla pidiéndole que no llamara la atención del enemigo [129] que si intervenía podía perdonarla por ser mujer y ciudadana inglesa, pero que conmigo no habría nada de eso; parece que justamente eso era lo que buscaba y si no se recibió su sonora bofetada fue porque entonces todavía no estaba yo bien seguro de la muerte del Mariscal López. [130] [131]

### Parte III

De Azcurra a Cerro Cora (1869-1870) [132] [133]

#### Capítulo I

De cómo los aliados ocuparon la Asunción y la pusieron a saco

Después de Lomas Valentinas, los aliados siguieron derecho para la Asunción, porque les quedaba cerca y porque nadie ya podía pararlos y entonces la pillaron y quemaron, como habían querido hacer desde el principio de la guerra, y un tiempito después Caxias declaró que la guerra estaba terminada y se retiró a Río para recibir condecoraciones. En parte con razón (desde su punto de vista) porque para entonces ya nos tenían matada la mitad de nuestra población y destruidas todas nuestras fortalezas y controlados nuestros ríos y dispersado nuestro ejército -Lomas Valentinas fue fatal.

Lo que no entiendo, entonces, es por qué saquearon Asunción. Mejor dicho entiendo, porque eso de que venían en contra del tirano del Paraguay pero no del pueblo era una gran mentira: ellos querían liquidarnos. (De eso se dieron cuenta los malos paraguayos que volvieron a la capital creyendo que con los brasileros era mejor). Porque la Asunción había sido abandonada un año atrás, febrero del 68, cuando los encorazados brasileros subieron por el río para echar esas bombas que no mataron a nadie pero hicieron creer que desembarcaban y entonces se dio la orden de evacuar... En 24 horas tuvieron que salir todos los habitantes llevándose lo que tenían puesto; se apuraron un poco. Entonces cuando entraron los negros (enero/69), vieron que no había un alma, pero igual no más aprovecharon, cada cual a su manera.

La Legión Paraguaya utilizó la residencia privada del Mariscal López. ¡Pobre Mariscal, eso sí que era un insulto! La casa, esa que hoy es el palacio de gobierno, era entonces de él; se la había regalado el pueblo paraguayo, como reconocimiento, en plena guerra. Porque a pesar de lo que los legionarios dijeron, el pueblo lo quería muchísimo. Fíjese que su residencia la construyeron en plena guerra con niños de 9/10 [134] años, que no trabajaban forzados ni siquiera por la comida que les daba, sino porque los padres los mandaban con



gusto. Es que con o sin la guerra, todo el mundo estaba muy contento con los López, sobre todo con los edificios que estaban construyendo: ese Panteón como en Francia, el otro como la ópera de Milán o algo así, el Congreso, la Catedral, todo eso, que le daba un aspecto de ciudad. Los que vinieron después, incluso yo mismo, ya no fuimos capaces de construir así -mucho menos los liberales que tanto criticaron a López y que no hicieron nada.

Asunción era muy linda en esa época, y tenía de todo.

Mucho tenía que haber, porque durante varias semanas los comerciantes argentinos se pasaron embarcando los muebles que se robaron de nuestras casas para rematarlos en Buenos Aires, y el rematador fue ese Billinghamurst, ese que se cree tanto pero se hizo rico con cosas robadas, y el presidente Sarmiento se quedó con una buena partida -esos que fueron para amoblarle su Casa Rosada.

Y eso no es todo; el asunto es que para embarcar más rápido todo lo que tenían saqueado les pusieron fuego a las casas vecinas al puerto y entonces podían también de noche, para apurar el trabajo. De las que no quemaron, muchas se vinieron abajo; los negros comenzaron a levantar los techos, perforar los muros, cavar bajo los pisos y los cimientos, porque se decía que en Asunción había oro, mucho oro escondido, y los tipos se pusieron a buscar donde podían, dejándonos las casas de adobe todas patas para arriba, y por supuesto que después tuvieron que caerse con la lluvia, porque el adobe es así cuando se moja, no resiste, y para colmo hubo inundaciones, así que más de 100 se vinieron abajo. El resto les sirvió de alojamiento; los tipos se instalaron tranquilamente, y cuando los dueños volvieron a la capital porque les prometieron garantías, vieron que estaban ocupadas. Entonces reclamaron al comando brasilero, pero el comando les pedía títulos -los títulos que tenía el enemigo porque en Piribebuy se quedaron con todo nuestro Archivo oficial.

Así que Asunción se convirtió en una ciudad brasilera, porque los paraguayos prefirieron quedarse en el campo, menos los legionarios y otros sinvergüenzas...

Tiene razón, joven, se portaron mejor ustedes, porque acamparon en Campo Grande y en Villa Occidental después los argentinos; los brasileros fueron los que ocuparon Asunción... Nada peor que los negros brasileros; ustedes son gente diferente.

Pero no vaya a pensar que es idea mía; también lo cuenta Mac Mahon... Sí, al pobre lo hicieron salir de ministro porque no le hizo [135] caso a Washburn, y Washburn tenía toda su familia en puestos importantes, y entonces estuvo Mac Mahon solamente unos meses en el Paraguay y después lo retiraron... Washburn había salido antes, usted recuerda que en el barco norteamericano, y al volver nos había intrigado con todos los diplomáticos de su país, y al mismo Mac Mahon que venía para reemplazarlo a Washburn le dijeron que tenía que irse al Paraguay con toda la flota en son de guerra, pero el hombre arregló las cosas por las buenas y se portó muy bien con nuestro país -uno de los pocos. Por eso perdió su puesto de ministro norteamericano, tuvo que volver en seguida. De vuelta para los Estados Unidos tuvo que pasar por Asunción y allí encontró que mientras había estado en nuestro campamento le habían saqueado la Legación los brasileros.

Allí encontré que la casa había sido robada por las tropas brasileras del General Caxias (hasta donde pude enterarme, el robo fue expresamente autorizado por ese oficial); que el mobiliario había sido robado para amoblar la casa del Comandante en Jefe brasilerero; que los archivos y documentos de la Legación habían sido desparramados por la calle; que la bandera había sido destrozada y arrojada al patio; que las cajas de seguridad habían sido forzadas utilizando pólvora; que el dinero de los extranjeros, allí depositado, había sido robado por los oficiales brasileros.

Dicen que como 800.000 dólares el dinero depositado en la Legación que se robaron los negros, y si una legación asaltaban, imagínese qué no harían con los particulares. Por eso es que al último todo el mundo trataba de enterrar su dinero o de mandarlo afuera, que les dejábamos hacer dentro de lo posible; no es posible mandarlo todo afuera en tiempos de guerra, cuando la patria necesita... Mac Mahon, por ejemplo, se llevó dinero de los particulares y del Fisco; yo no quise mandar con él porque tenía donde asegurarlo. Pero muchos le dieron, y por eso es que él, antes de volver a los Estados Unidos, pasó por Europa, para depositar en los bancos de allá y también para llevarle unos pesitos a Emiliano, que estudiaba en París. El Mariscal tenía decidido que Mac Mahon se encargase de su hijo, que lo llevara de Francia para estudiar derecho en los Estados Unidos. ¡Usted viera la carta que le mandó a Emiliano! Hasta los enemigos reconocen que es una obra maestra, y si usted piensa que López era tan malo como se dijo, tiene que leerla pues para ver cómo lo quería a su hijo... Por eso lo dejó al cuidado de Mac Mahon, a quien tenía también nombrado su albacea y no le defraudó.

Es que no todos fueron tan leales como el norteamericano ese. Fíjese por ejemplo en el doctor Stewart, que lo tratamos tan bien; él tenía la firma de esa cuenta del Mariscal en Edimburgo, pero cuando la Madama [136] Lynch le reclamó después de muerto mi jefe, el médico se hizo el tonto y se quedó con las 200.000 libras. Y Benítez también andaba en Europa durante la guerra, pero no se sabe bien qué hizo con la plata, y de Cándido Bareiro no hablemos. Después vinieron pleito tras pleito, después de la guerra, para recuperar ese dinero, pero no había caso. Se lo comió la gente a quienes le habíamos encargado sacarlo del país, porque como el Paraguay estaba bloqueado, tenía que ser con diplomáticos o marinos extranjeros, no se podía hacer oficialmente, pero de todos modos es mejor a que se lo coman los brasileros... Sí, todo el mundo sabía a quién le dio y cuánto, pero no servía para nada porque no había pruebas, y esto le digo porque me consta, porque allá por 1874 estuve en Europa detrás de esos asuntos, en una misión oficial -aunque los malpensados dicen que el presidente Gill me quería sacar de encima mandándome afuera.

Como misión un fracaso, pero me encontré con la Madama Lynch y con sus hijos, siempre un placer encontrar viejos conocidos. Ella se había instalado allá en 1870, y vivió como quince años en París, hasta su muerte... No, su vuelta fue en 1875, pero por las dudas controle porque no me acuerdo. Volvió con la presidencia de Gill, pero no la pudo ayudar porque el asunto estaba prácticamente terminado, ya no había caso, y yo tampoco pude ayudarla a recuperar sus tierras porque había pasado bastante tiempo y el Gobierno Provisorio no arregló las cosas cuando todavía se podía.

La pobre señora se pasó haciendo juicios, pero perdió su tiempo y su dinero, perdió contra los brasileros, por supuesto, porque los 3.000.000 de hectáreas que tenía al norte del

Río Apa quedaron para ellos con el tratado de límites, y por supuesto que los tipos no pensaban reconocerle las tierras que le vendió el Mariscal hacia el fin de la guerra. Tierras fiscales que se las vendió para protegerlas, él pensaba que iban a respetar porque ella era inglesa pero no fue así. Lo mismo pasó con los argentinos; con esas tierras del Chaco que nos quitaron ellos después de la guerra, y no quisieron devolvérselas a la señora. Una injusticia, pero todavía puede comprenderse porque eran los aliados, nuestros enemigos.

Lo que no se entiende es el decreto del Gobierno Provisorio; ellos confiscaron todos los bienes de López, por eso cuando la Lynch quiso reclamar sus tierras ya no había caso, porque si López estaba confiscado no podía transferir. Una ley que había quedado firme, que tenía el aval de los aliados, por eso el presidente Gill ya no podía hacer demasiado. O en todo caso había cosas peores, porque cuando la Lynch llegó una gentuza de lo último se reunió para atropellarla -dice que hasta querían matarla- y entonces la mujer tuvo que salir del Paraguay con la protección [137] de la marina inglesa. Después vino Enrique a reclamar las tierras, pero tampoco se pudo.

Defecto de forma pudo haber, como usted me dice, pero eso al fin y al cabo no era el caso, todo se puede arreglar con buena voluntad. ¿Qué culpa tenía la Lynch si el escribano, por ignorante, no puso en la escritura ni el precio, ni la moneda, ni la forma como se hacía el pago? Esa no es razón para anular una escritura así no más. La razón es que no lo querían al Mariscal López, y aprovecharon de que ya estaba muerto para anular esa venta de tierras que le hizo a la Lynch.

También dijeron que entre esas tierras había muchas que no podía él vender porque no eran fiscales sino que ya tenían dueño, pero eso se podía arreglar con una mensura. Póngale que más de la mitad hubieran sido tierras con dueño; incluso descontando esa parte le quedaba bastante a la Madama para formar su estancia en el Paraguay, porque en total eran como 8.000.000 de hectáreas... Un verdadero atropello a la propiedad privada, sobre todo porque la Madama necesitaba, con lo cara que andaba la vida en Europa para mantener sus cuatro hijos y el de la Poesa también. A mí me consta que vivían bastante apretados de fondos, sobre todo porque eran gente conocida y tenían que recibir, y entonces los ahorros que tenían apenas si alcanzaban.

Pero así no más era el antilopizmo después de la guerra, aunque en realidad no era el pueblo sino el Gobierno Provisorio que les hacía la liga.

Bueno, me parece que nos adelantamos un poco, saltamos hacia adelante, porque estábamos al comienzo del 69, y de allí fuimos hasta el 75 y más... Entonces reculamos al 69, el año en que comenzaron con el Gobierno Provisorio y con toda esa porquería; el año en que la Legión Paraguaya ocupó la Asunción con los aliados.

Esos traidores de la Legión habían levantado las armas contra su propio país, aunque decían que contra López no más, y eso era justamente lo que querían los aliados, que también decían lo mismo. Los aliados aprovecharon para formar un Gobierno Provisorio con paraguayos, para encubrir las barbaridades que estaban haciendo.

El que comenzó fue Río Branco, José María da Silva Paranhos, o sea ministro plenipotenciario brasilero, que lo agarró a Rivarola cuando lo tomaron prisionero sus paisanos y le convenció de que sea presidente, y entonces él se juntó con Carlos Loizaga y José Díaz de Bedoya, esos dos traidores, y entre todos formaron un triunvirato de tres que se llamó también Gobierno Provisorio, con Rivarola a la cabeza.

Para eso tuvieron que juntar un poco de público, porque Asunción estaba desierta, por lo menos de paraguayos, y entonces comenzaron a [138] traer de la campaña esas pobres gentes ignorantes que estaban dispuestas a vender a su patria por una ración de carne, y si no querían por las buenas era por las malas, porque de todos modos necesitaban recoger gente para hacer su elección y después esa su constitución que le llaman del setenta, una cosa que no servía para nuestro país porque somos diferentes y habíamos estado mejor con los López y el doctor Francia, que nunca habían usado ninguna constitución. Pero los legionarios querían copiarle a la Argentina, porque en la Argentina desde luego fue que se habían organizado para pelear contra nosotros, y entonces inventaron la constitución esa que nos trajo más problemas que otra cosa. Aquí le puedo dar la razón al señor Warren, aunque habló tan mal de mí, y es que en el Paraguay se ha podido gobernar solamente porque no se ha respetado de todo la constitución, de otra forma imposible.

El Gobierno Provisorio se creía muy vivo; se sintió muy contento cuando llegó al poder. Pero allí justamente fue que comenzaron los problemas, porque los aliados que los habían puesto les pidieron una indemnización de guerra como de 300.000.000 de libras, que no podían pagar ni por nada y que tampoco se atrevían a repudiar de puro tímidos -otros tuvieron que hacer eso. Pero de todos modos trataban de pagar en cuotas, y eso les comía los pocos fondos que tenían. Fondos sólo podían quitar de las aduanas, pero los proveedores del ejército aliado no pagaban impuestos, y aprovechaban para meter de contrabando todas las mercaderías que no eran para el ejército y entonces luego impuesto no se percibía. Otra fuente no había, porque se terminó el ganado, se terminaron los cultivos, se destruyeron todas las fábricas y no había hombres para hacer trabajar los bosques y yerbales del estado -los que quedaban eran criaturas y mujeres, y para colmo enfermos. Allí se vieron en figurillas para mandar, porque ni para pagarle al portero del palacio tenían, ellos que habían prometido resolver todos los problemas del país.

Eso también fue un gran golpe para el pueblo paraguayo; pasaron mucha hambre, mucha miseria, porque los tiempos esos fueron todavía peores que los tiempos de guerra. Pero también sirvió para que todos vean que el Mariscal López tenía razón, porque si hubiéramos peleado entre todos contra el enemigo en vez de desertar algunos, les hubiéramos ganado. Pero así y todo la gente aprende despacio -al final de la guerra algunos le odiaban más al Mariscal que al enemigo.

Y eso que el conde d'Eu era todavía muchísimo peor que Caxias, porque el viejo ese era un inútil pero no era tan malo, pero su reemplazante d'Eu fue el que como costumbre degollaba prisioneros, incendiaba hospitales y destruía todo lo que encontraba... Él llegó en la Asunción allá por abril del 69, para destruir los últimos restos del ejército [139] de López -los que todavía andaban creándoles problemas y metiéndoles miedo aunque eran tan pocos. Dicen que se creía porque era el yerno del emperador del Brasil, y que entonces

hacía no más lo que quería. Dicen también que tenía órdenes del Emperador de terminar con todos los paraguayos... ¡Vaya a saber!...

¡Ah!, ¿usted también escuchó eso?

Bueno, si todavía se sigue diciendo ha de ser verdad...

No, yo nunca le pregunté a mi jefe; le tenía demasiado respeto para eso. Pero entre oficiales, entre soldados, entre todo el mundo todos comentaban que el Mariscal había estado en Río de Janeiro (que era cierto) y que de paso se había encargado de la hija de S. A. I., la que después se casó con el conde d'Eu... A lo mejor el conde se la hubiese prestado sin problemas -los franceses son muy raros en eso-, pero lo que le daba rabia al tipo, que era medio primo de los reyes de Francia, era que todo el mundo, hasta el último soldadito comentara que el Mariscal le había hecho el favor a doña d'Eu.

Por eso no le gustaba el Paraguay. [140] [141]

## Capítulo II

De uno de los mayores misterios de la guerra

Volviendo un poco hacia atrás en nuestro relato, le cuento que de Lomas Valentinas nos fuimos para Caacupé, que es la ciudad de la Patrona de nuestro país y allí fue que el coronel Panchito López tuvo la visión de Nuestra Señora durante una misa, y eso nos dejó a todos muy contentos, porque nos sentíamos muy mal por la derrota del 27 de diciembre y además por la maldición del obispo Palacios, que antes de morir había maldecido al Paraguay, y aunque son supersticiones, se comenzó a pensar que lo que vino después en Lomas Valentinas fue a causa de su maldición, porque fue precisamente el 21 de diciembre que se lo fusiló. Supersticiones, desde luego, porque el perverso había perdido a mucha gente como a la Juliana Insfrán, que no merecía pero que murió con él, y entonces no tenía nada de sacrílego hacer justicia, como lo explicó muy bien el padre Maíz a quien finalmente lo perdonaron por eso, y el mismo Papa, o sea que tenía razón. Pero de momento nos molestaban bastante todas esas situaciones desagradables, unidas a la derrota de Lomas Valentinas, donde terminaron con nuestro ejército... Cierto que la historia nos hizo justicia, y hoy nos reconoce todo el mundo como bravos, pero mire que ya pasaron como 40 años; en 1870 veíamos de las cosas de otra manera... ¡Nunca hubiera podido imaginar que estaría hablando de eso con usted, viendo así los aspectos positivos, porque antes se hablaba de la guerra para ver solamente el lado negativo y nada más...!

Esa aparición de Panchito habrá sido por enero del 70, me parece. Pero volviendo todavía más atrás, le cuento que un poco antes, en la batalla de Lomas Valentinas, el Gelly y Obes ese se acerca al general curepí Rivas y le dice:

-Me dicen que el Potrero Mármol ha sido abandonado.

-No puede ser -jeí Gelly- el Marqués, como todos, sabe que esa es la única salida de López. [142]

Y este es un gran misterio de la guerra, como le dice el título.

Porque el Potrero Mármol, como se recuerda, era el que tomó Triunfo el 21 de diciembre, la única salida que teníamos de nuestro campamento para ir hacia Cerro León - para ir a cualquier parte que no esté ocupada por los negros, que nos tenían completamente envueltos en la colina de Ita Ybaté, justamente la vez que la Madama Lynch y yo y otros más -los pocos sobrevivientes- tratábamos de salvarnos del enemigo, que había pasado nuestras defensas pero sin embargo no sabíamos qué hacer.

Allí es que nos gritábamos la Madama y yo cuando llega alguien -creo que fue Resquín- a decirnos que el Potrero Mármol está libre, y por ahí nos largamos y después de hacer un trechito nos encontramos con el Mariscal López.

¡Qué alegría ver a nuestro jefe que creíamos muerto!

¿Por qué no estaba muerto? Ese es el gran misterio; yo solamente sé que después el marqués de Caxias tuvo que dar explicaciones por eso, porque desde el punto de ellos era un fracaso.

Caxias declara que López en su retirada «Sólo iba acompañado por 80 hombres y que de estos únicamente 25 llegaron con él a Cerro León». Si esto no es enteramente exacto, poco le falta para serlo; y sabiéndolo, ¿por qué razón Caxias, general en jefe del ejército aliado en guerra, no con la nación Paraguaya sino con su gobierno y teniendo 8000 hombres de caballería admirablemente montados y enteramente desocupados, no persiguió a López, a quién podía haber tomado sin perder un solo hombre? ¿Fue por imbecilidad, o por el deseo de sacar más dinero de la proveeduría del ejército? ¿Fue un pretexto para mantener permanente un ejército brasilero en el Paraguay, o existía una inteligencia secreta entre Caxias y López? ¿O lo hizo para dar a López el tiempo necesario para reunir hasta el último paraguayo con el objeto de exterminarlos en guerra civilizada?

Que López se entendía con Caxias es imaginación de un traidor como Thompson, pero de todos modos resulta muy difícil comprender por qué lo dejaron escapar teniéndolo rodeado... Tiene que ser, entonces, aquello que decía el maestro O'Leary: que le tenían miedo.

Bueno, que resuelvan los historiadores y los filósofos; lo importante es que al abrir el Potrero Mármol también pudimos nosotros retirarnos por el camino Cerro León/ Azcurra/ Caacupé (donde la Virgen serrana saludó a Panchito con un movimiento de cabeza, levantándonos la moral a los sobrevivientes). Cuando nos acercamos al Mariscal, que nos esperaba con los brazos abiertos, Madama quiso traer a colación el tema de nuestro último altercado, pero la reacción del jefe le tapó la boca [143] -López se emocionó terriblemente cuando le entregué la bandera argentina que había capturado.

-No es nada, general Caballero -dijo abrazándome para calmar mi tristeza- la guerra todavía no ha comenzado.

Frase que figura en los libros de historia y que demuestra la fuerza de voluntad y la audacia del Mariscal Presidente, que se retiraba de Lomas Valentinas para cumplir su promesa de pelear hasta quedarse sin soldados. [144] [145]

### Capítulo III

#### De la reorganización de nuestro ejército después de Lomas Valentinas

Había un santo capaz de sacar agua de las piedras; el Mariscal era lo mismo cuando se trataba de conseguir soldados. Porque nadie entiende cómo pudo reunir 10.000 hombres en su campamento de Azcurra, ni fundir cañones en Caacupé, ni agenciarse caballos, lanzas y monturas cuando todo el mundo creía que el Paraguay ya no daba para alimentar un solo cadete -porque la derrota de Lomas Valentinas había sido total y en parte Caxias tenía razón al declarar que la guerra estaba terminada porque nuestras Fuerzas Armadas lo estaban y Sarmiento tenía razón al decir que nos mataron todos los hombres mayores de diez años y los diplomáticos tenían razón al decir que la economía no podía dar un paso más. Todos tenían razón pero se equivocaban: cada día anunciaban que hoy se acaba la guerra pero la guerra continuaba; todavía nos quedaban hombres y armas para darle algún susto al Gobierno Provisorio, que no se sentía seguro en Asunción ni con toda la guardia brasilera que lo protegía porque, como siempre, la iniciativa de la guerra la teníamos nosotros. Aunque por ahora solamente hacíamos incursiones de pequeñas partidas, guerrillas, esperando el momento en que la opinión mundial se decidiera a intervenir a nuestro favor, en vez de mirar tranquilamente cuando tres grandulones abusaban cobardemente de un país más chico. El Mariscal, que tenía sus informantes en el extranjero, sabía perfectamente cómo andaban las cosas por allá; sabía que era como una carrera de resistencia, donde el que tiene paciencia llega hasta el fin. Por eso seguíamos peleando en contra del pesimismo, de las penurias y las fatigas que teníamos que ir venciendo día a día, porque la comida nos faltaba, y la atención médica también, y nuestros hombres se iban terminando todavía más rápidamente que la pólvora, que al fin y al cabo podíamos reponer. El único problema era la gente, en parte porque faltaba, en parte porque prefería desertar, o sencillamente hacerse la desentendida cuando se trataba de servir en el ejército. [146] Pero aquí es que, como le dije, el Mariscal sacaba agua de las piedras. Cuando le traían los papeles, las estadísticas que llamamos hoy, él sabía muy bien cómo leerlos. Allí, por ejemplo, le decían: esa compañía X nos puede dar solamente 60 hombres; el Mariscal, que para eso era un zorro, les decía que no, que la compañía tenía que mandarnos 100 soldados. Al principio parecía imposible; era como apretar una roca o exprimir una toalla completamente seca para sacarle el agua. Pero al cabo de un tiempo, se veía que el Mariscal tenía razón: cuando se les pedía 100 hombres con firmeza, ellos mandaban 100 hombres.

No me pregunte usted cómo lo hacía...

Eso sí, mientras él trabajaba, también nos hacía trabajar a nosotros; allá no se podía perder el tiempo. Y no le digo solamente por la disciplina [147] militar, que por supuesto era y tenía que ser muy exigente, porque con los pocos que éramos frente al enemigo y con las pocas armas que teníamos se hacía necesario hacerlas rendir al máximo, y para eso se requiere la disciplina militar. Pero no crea tampoco que todo era montar a caballo y voces de mando, lo que se piensa a menudo del ejército. También nos instruíamos para ser personas cultas porque al Mariscal no le gustaban los oficiales pocos letrados. Siempre nos insistía en eso, y la única vez que le fallé fue con ese libro, El genio del cristianismo, que me hizo prometer que lo iba a leer algún día pero no he tenido tiempo y parece que ahora ya es tarde, pero que le vamos a hacer cuando uno no nace escritor como él, que se pasaba toda la siesta leyéndolo cuando estábamos en la Academia.

Porque después de la Academia de Paso Pucú López no se sacó de la cabeza la idea de que teníamos que seguir estudiando para aprender lo que nos faltaba porque la guerra se nos vino encima demasiado rápido y entonces los oficiales tuvimos que ir formándonos en el camino, conste que bastante bien, pero siempre, se puede mejorar un poco más.

Y le puedo decir que en Caacupé mejoramos bastante; de todo allí se hablaba... Recuerdo aquella vez que nos explicó, por ejemplo, por qué él no había querido darle al país una constitución a la muerte del señor Carlos A. López, ya que mucha gente le pedía la constitución esa (y entre ellos don Benigno y hasta parece que el padre Maíz, aunque claro que el padre no con mala intención, como hizo creer después el obispo Palacios). Nos explicó entonces el Mariscal en la Academia de Caacupé que él también era partidario de la democracia, pero que esas cosas requieren que el pueblo esté preparado porque o sino vienen los desórdenes como en el Uruguay y la Argentina, que se pasaban hablando de libertad y nada más que libertad pero en el fondo era puro anarquía... Y esta es una de las cosas que me quedó bien metida en la cabeza, porque después, cuando fui presidente de la República, en el 80, me dí cuenta de que la constitución no servía para nada y que estábamos mucho mejor en tiempo de los López, porque la constitución del 70 que le dicen fue un invento de los liberales que también aprovecharon la constitución para hacer trampa mientras que nosotros, que no habíamos hecho esa constitución de porquería, la respetábamos más porque era la ley y no había más remedio... Ahora están otra vez en el gobierno los liberales con su constitución y sus revoluciones de siempre, hasta que el pueblo se canse y nos vuelva a llamar a nosotros para que haya un poco más de orden... Siempre, es así. Critican a los militares pero cuando la cosa se pone fea tienen que recurrir a ellos, porque o si no no se puede vivir... Entonces tenía razón el Mariscal López para hacer un gobierno fuerte como el de su señor padre, ¡imagínese dónde estaría ahora el Paraguay si el liberalismo ya hubiese comenzado en 1860! [148]

También nos hablaba de estrategia en la Academia; nos decía que podíamos criticar todo lo que no nos guste, o sea la conducción de la guerra, y allí fue que tuve una discusión con un oficial joven, un mozo que dijo que en las campañas de Lomas Valentinas hicimos mal en dar varios combates separados, Ytôrôrô, Avay, Ita Ybaté; que lo que teníamos que haber hecho era juntarnos en un solo punto para pelear de una sola vez en vez de dispersarnos. Yo le pregunté si había estado en Avay y me dijo que no; entonces le dije que no podía hablar si no conocía, pero después nos hicimos muy amigos, tanto que ahora ya no le quiero dar el



nombre. No más que el mozo era muy joven, por eso hablaba de una manera un poco impetuosa, y entonces al Mariscal le castigó que ande sin su espada por un mes porque había dicho que en vez de quedarnos en Lomas Valentinas bajo el fuego de las corazas brasileras, nos hubiésemos venido directamente a Las Cordilleras, donde estábamos seguros detrás de los cerros y lejos de los tiros de la escuadra y podíamos deshacerlos si nos querían atacar directamente porque teníamos el desfiladero de Azcurra controlado y los demás pasos, y entonces podíamos resistir todo el ejército enemigo y cualquier otro más durante años.

Esto lo dijo de muy mala manera, por eso justamente lo recuerdo, y también porque allí se armó una discusión muy grande, porque Isidoro Resquín salió a decir que estábamos seguros contra el enemigo si ellos nos atacaban de frente, pero que en vez de hacer eso podían caernos por la retaguardia otra vez, como ya nos habían caído en Lomas Valentinas con el resultado que se sabe. Resquín fue muy pesimista: dijo que ahora la situación era peor, porque cuando Lomas Valentinas nosotros podíamos correr hacia el este, hacia Las Cordilleras, como nos corrimos, pero que desde Las Cordilleras donde estábamos ya no podíamos seguir retrocediendo si el general Portinho subía desde Encarnación hacia el norte para cortarnos la retirada por atrás.

Allí todos nos quedamos muy preocupados; no habíamos pensado en eso. En realidad pensábamos que el enemigo, si atacaba, nos tenía que atacar de frente, o sea por nuestro centro, que era Azcurra, y por nuestra derecha que estaba al norte, por Altos.

Pero ahora Resquín nos sale con una idea diferente y un dibujo así:

[149]

La A por supuesto es Asunción, donde el conde d'Eu se preparaba para exterminarnos con el apoyo del Gobierno Provisorio, una verdadera vergüenza. Pero por ese lado era muy difícil, imposible atacarnos, porque Azcurra teníamos bien fortificado, y esa era la entrada de Las Cordilleras, por lo menos si uno quería ir a Caacupé y Piribebuy, nuestra tercera capital. Bueno, tengo que explicarle que había dos formas de llegar a Caacupé (C), que como usted ve, estaba entre Azcurra (a) y Piribebuy (P). La primera era el camino más corto: desde Asunción pasando por el desfiladero de Azcurra. La segunda era más larga, el camino que orillaba Las Cordilleras yendo hacia el sudeste, hasta Sapucaí y Valenzuela, y desde allí torcía hacia el norte y el oeste para entrar a Caacupé por Piribebuy. (Esa especie de J del dibujo viene a ser Las Cordilleras nuestra muralla contra el enemigo). Lo que decía Resquín era justamente que el conde d'Eu podía hacer el camino más largo, forzar el paso de Sapucaí, seguir hacia Valenzuela, y desde allí caer sobre Piribebuy, un punto que teníamos mal defendido. Al mismo tiempo -jeé Resquín- los argentinos podían venirnos por el norte, por donde andaban moviéndose, para bajar desde Atyrá y Tobatí para cortarnos la retirada hacia el norte y el este ocupando el camino de Caragatay. La cosa se completaba -según él- si el infeliz de Portinho cumplía la orden que se le dio de marchar hacia el norte desde la Encarnación, porque entonces era un ejército más que se nos venía encima y estábamos completamente rodeados... Estábamos perdidos, en una palabra,

porque nuestra única fuerza era la posición; a esa altura ya no teníamos la posibilidad de enfrentarlos en batalla campal porque nos deshacían; entonces nos liquidaban si podían salirnos por la retaguardia porque entonces no podíamos ni retirarnos ni pelear.

Eso era, decía Resquín, lo que los aliados tenían que hacer.

Hubo un silencio terrible en la Academia; todos nos quedamos muy preocupados y hasta yo mismo, que soy una persona muy optimista...

Hasta que el Mariscal le preguntó:

-Resquín, ¿usted está tratando de ayudar a los negros?

Allí nos matamos todos de risa, y tanto fue el enojo de Resquín que después tuvo que salir a hablar mal del Mariscal López, después, cuando los brasileros lo tomaron prisionero.

Y entonces me pregunto yo una cosa: ¿para qué sirven las personas tan cultas? Porque los más letrados fueron los que peor se portaron; digo los que después terminaron hablando mal del Mariscal López. No solamente Silvestre Aveiro e Isidoro Resquín; esos no podían luego perjudicar tanto porque se les conocía bien, así que nadie podía creerles que lo que hicieron lo hicieron porque cumplían órdenes (como quisieron [150] decir). No. También están esas personas como Juan Crisóstomo Centurión, él que se pudo ir en Europa gracias a los López, y que a la vuelta le dieron cargos; pero igual no más terminó diciendo muchas cosas en contra de nuestro Mariscal en sus Memorias, a pesar de que le debía tantos favores. Y eso que Centurión en el fondo no era malo; lo que pasa es que la lealtad escasea. Todos los que estuvieron con López dijeron después cosas muy feas para darle el gusto a la gente -o sea a unos pocos que le odiaban a López... También el padre Maíz, esto entre nosotros. Él le mandó una carta al conde d'Eu; allí le decía que hizo bien en matar a López porque López era un tirano, un vampiro -así mismo decía... también está esa carta que le mandó a don Juan E. O'Leary, donde le decía que la conspiración de San Fernando era puro cuento.

No, lo que pasó con el padre Maíz es que le faltaba carácter; él no sabía resistir presiones. Porque del árbol caído todos hacen leña, como se dice, y después de la guerra era muy fácil hablar mal del Mariscal porque ya estaba muerto y nadie quería reconocerle entonces todo lo que había hecho por el país sacrificando todo lo que tenía para defenderlo. Había que tener entonces mucho coraje para ser lopizta, y fuimos unos pocos solamente los que nunca renegamos de nuestro jefe...

Pero parece que en todas partes es igual: siempre se les echa la culpa a los militares después de la guerra, como se le echa la culpa al médico si la operación sale mal, porque la gente siempre necesita buscar un culpable. Aunque tampoco nadie está dispuesto a operarse con un panadero; todos saben que se necesita un profesional. Y lo mismo pasa con la guerra: todo el mundo sabe, en el fondo, que nosotros matamos solamente lo indispensable, que con los civiles a la cabeza viene a ser peor... allí tiene usted la Revolución Francesa que le llaman. [151]

## Capítulo IV

De nuestra retirada a Caraguatay y del heroico combate de Acosta Ñú (16. VII. 69), donde los niños paraguayos lucharon como valientes

Hay un refrán que dice piensa mal y acertarás, y con ese refrán solía acertar Isidoro Resquín, que para mal pensado no tenía igual. Ciertamente que se equivocó cuando hizo de juez en San Fernando, debido a su malicia, pero esta vez en Caacupé dio en el clavo. Adivinó los pensamientos del enemigo, algo que para nosotros resultaba casi imposible, porque como decía el Mariscal, tenemos que saber lo que piensan esos macacos pero cómo hacerlo si no somos macacos. Porque el conde d'Eu, durante todo el tiempo que se pasó en Asunción (haraganeando un poco también), concibió su plan que se ajustaba bastante a lo que pensaba Resquín: (1) una parte del ejército aliado tenía que simular un asalto sobre Azcurra, atacando de veras si nos descuidábamos por ese lado; (2) los argentinos nos atacarían viniendo por el norte, por Altos/ Atyrá/Tobatí; (3) el mismísimo conde d'Eu, jefe de los negros, con más de 20.000 de esos, tomaría el camino más largo pero menos defendido para llegar a Caacupé (iría por Paraguari, Sapucaí y Valenzuela para caer sobre Piribebuy y desde allí marchar a Caacupé). Lo que se dice un movimiento envolvente; aunque el Portinho ese todavía no había cumplido lo que se le dijo (avanzar desde Encarnación), entre d'Eu y los argentinos eran suficientes para rodearnos y cortarnos la retirada con un ejército de las tres armas -incluyendo la artillería del comandante Mallet, que nos había estado tiroteando desde Tuyutí o antes, y le debo confesar que no le salió mal. Considerando que en Lomas Valentinas perdimos toda nuestra artillería; que los cañones que fundimos en Caacupé apuradamente no tiraban casi; que nos faltaban caballos y que teníamos casi menos hombres que animales, el plan estaba muy bien hecho. Yo supongo que Resquín tenía algo de macaco, como decía el Mariscal, por eso pudo imaginárselo... Sí, ya se dio cuenta de que no lo [152] quiero, pero es que él también me hizo más de una faena, como la de azotarme a la pobre Juliana Insfrán a quien yo quería tanto...

La maniobra que le cuento fue en agosto; hasta ese momento habíamos estado muy tranquilos, por lo menos en el Cuartel General. Ciertamente que en el resto del país los negros se movían un poco, pero siempre aprovechando los objetivos fáciles, los que podían conquistar sin bajas, porque para venírseles encima pensaban dos veces. Nos molestaba un poco que usaran nuestro ferrocarril, eso es cierto, el que iba de Asunción hasta Paraguari que en esa época funcionaba mejor que ahora, entonces les pusimos unas cuantas granadas de cañón en los rieles para darles un susto. Nos molestaba que anduviesen juntando gente en el campo para llevarla a la Asunción a hacer hurras al Gobierno Provisorio por una ración de galleta, entonces les dimos otro susto en Ybytymí, donde me encargué de correrlos a los que llevaban varias familias para la capital y de paso les quitamos un lindo botín; yo me quedé con las botas de un teniente que me vinieron muy bien aunque ya era general, ¡viera usted lo bien vestidos que andaban ellos! ¡Hasta el último recluta tenía su uniforme de paño, mientras que nuestros oficiales solían andar descalzos y hasta sin camisa!... Naturalmente, semi desnudos y todo les ganábamos, o por lo menos valíamos más que ellos... Sí, tiene razón, allá por mayo nos tomaron nuestra fundición de hierro de

Ybycuí, tan importante para nuestra industria militar; con eso nos dieron un buen golpe, pero reconozca que no fue una acción gloriosa la del Coronado ese, el uruguayo bandido que tomó la fundición defendida por unos pocos hombres y después degolló al jefe, al comandante Insfrán y a sus oficiales... Militarmente vergonzosa, por eso no pensaba mencionársela... Más o menos como la toma de Concepción, que la tomaron porque los traidores les entregaron la plaza, y más o menos por ese estilo fue la conquista de los puntos sobre el Río Paraguay, al norte, como San Pedro y Rosario -eso con la intención de cortarnos nuestro aprovisionamiento de ganado, que lo traíamos principalmente de San Pedro y de Concepción- aunque también teníamos vacas que llegaban desde Villarrica y Las Misiones, sólo que ya un poquito más difícil... Nos querían dejar encerrados en la zona esa que le dicen Las Cordilleras, cortándonos las comunicaciones con el resto del país. Una operación que en principio tenía sentido, pero que no sabían ni podían hacer porque nuestras guerrillas los volvían locos. Ellos no conocían el terreno (todavía no conocían después de tanto tiempo de ocuparnos el país) pero nosotros sí. Y entonces a cada rato les dábamos sorpresas, y no podían terminar la guerra que, según Caxias, ya estaba terminada. Y entonces la gente de todo el mundo simpatizaba con nosotros, que peleábamos con lo poco que teníamos pero bien, mientras que ellos que controlaban todos los ríos y buena parte del país no podían controlarnos [153] ni podían terminar la guerra ni nada...Sí, hay que reconocer que una parte del país la tenían controlada, incluso una parte bastante grande, pero ocurre no más que estaban lejos y entonces resulta que ojos que no ven corazón que no siente.

Eso es lo que sentíamos nosotros.

Lo que no sentíamos, porque al enemigo les teníamos un desprecio que no le puedo explicar, y cuando se lo desprecia no se le tiene miedo, y entonces uno se siente mejor. Y eso es lo que importa en la guerra: sentirse bien. Porque si se va a morir, no gana nada con sentirse mal, y si no se va a morir tampoco. Por eso el secreto del oficial consiste en divertir a la tropa como nos divertía el Mariscal López con sus reuniones y bailes, que a veces nos cansaban un poco, porque eran a cada rato, pero que a la larga mantenían la moral de nuestros hombres, que estaban dispuestos a seguir peleando para vencer o morir.

Así estábamos nosotros para agosto del 69, cuando el conde d'Eu, de golpe, aparece sobre Piribebuy, allá por el 10, y le dice que se rinda, pero el comandante Pedro Caballero le contesta lo que contestaba siempre un oficial paraguayo cuando se le intimaba rendición, y entonces d'Eu ataca con sus 50 cañones y sus miles de negros, y terminan conquistando Piribebuy el 12, porque los defensores no llegaban a 2.000 y la posición era pésima: justo una depresión entre colinas era la ciudad y especial para ser bombardeada desde arriba como en realidad lo fue.

Cuando terminaron el asalto, que les salió bien caro, el conde d'Eu hizo cerrar las puertas y ventanas del hospital donde estaban los heridos, como 600, y después le prendió fuego y después degolló al comandante Caballero y los oficiales superiores, y a partir de ese momento, el degüello de prisioneros era la moda de los negros, y por eso le dije que el conde ese tenía que tener alguna rencilla con nuestro Mariscal, una cuestión de cornudo, porque o sino no podía ser tan malo porque sí no más.

También era ladrón, porque en Piribebuy (y en Itacurubí, que quedaba cerca) tomaron una cantidad de cosas de plata y oro que pertenecían a nuestra iglesia (además de profanar el templo); para disimular un poco, le pasaron un poquito al gobierno provisorio, y eso fue lo que Díaz de Bedoya fue a vender a Buenos Aires, dice que para conseguir dinero para el país que no tenían nada, pero como le conté Bedoya se embolsó el dinero y no volvió.

Pero no era ladrón solamente por eso, sino porque también estaba robándose todo nuestro ganado, no digo ya el del Mariscal López, sino el de las estancias de la patria, y con eso comenzamos a sentir hambre de veras, porque se llevaban eso y las cosechas y no nos permitían seguir [154] trabajando, y a las gentes del campo las evacuaban como querían ellos, así que la ocupación fue un verdadero desastre, no solamente porque lo que andaban robando y matando, sino porque no nos dejaban producir ni un grano de maíz... Esa fue la parte fea de la guerra, la que no se sabe: todo el daño que nos hicieron contra la producción civil, aunque la guerra era, según decían ellos, contra el Mariscal López y nada más... Contra López, seguramente, pero nos hicieron volar nuestra fundición de Ybycuí cuando ya no podía darnos más cañones, y la fábrica de azufre de Valenzuela, y todo lo que pueda producir cualquier cosa...

Menos mal que aparte de ladrón era cobarde, porque o si no no hablaba usted con el general Caballero... Es que después de Piribebuy, que cayó el 12 y que queda a unas cuatro leguas de Caacupé, se pasó cobardeando en Piribebuy y recién ocupó Caacupé el 15, donde ya no había un alma, porque nos habíamos ido para Caraguatay... O sea que nos dio todo el tiempo de escapar en vez de atacarnos directamente o rodearnos ocupando los caminos alrededor de Caacupé uniéndose a los argentinos que tenían que venir del norte, según el plan que había maliciado Isidoro Resquín... En Caacupé siguió degollando prisioneros y todos los civiles que encontró, pero del ejército nada, porque López había salido para Caraguatay el día 13 a eso de las cinco de la tarde, después de haber rezado un solemne Te Deum por la gloria de los bravos que cayeron en Piribebuy matando enemigos por docenas cada uno de ellos.

Él llegó primero porque marchaba a la cabeza, pero a mí me dieron la retaguardia, que en una retirada es más difícil, sobre todo que nuestra vanguardia marchó liviana porque nos dejaron el transporte del equipo a nosotros, una gran cantidad de carretas que se atascaban en el barro de los malos caminos, hasta que gracias a Dios -nos dijimos- vinimos a dar en el llano de Rubio o Acosta Ñú, también llamado Campo Grande, donde todo marchaba a pedir de boca -con excepción del temor de ser alcanzados por la caballería enemiga, que en un terreno así podía destrozarnos. Esta es una posibilidad que tenía prevista el Mariscal, a quien nunca se le escapaba ningún detalle. Él sabía que no podíamos enfrentarlos en campo abierto; sabía que nuestra única posibilidad de seguir resistiendo era conservar lo mejor que teníamos; por eso justamente fue que los veteranos y los hombres más robustos habían salido de Caacupé con poco equipaje el 13, para llegar en pocas horas a Caraguatay, al otro lado de un monte espeso que ellos no conocían y que controlábamos nosotros, vale decir a salvo. Precisamente el monte al cual estábamos por llegar, un poco demorados por nuestras carretas y la calidad de mis soldados, ya que a mí me dejó puras criaturas, los peores soldados -dejando de lado un grupo de tiradores con rifles de [155] retrocarga, de los pocos que teníamos en nuestro ejército, por las dudas. Una buena idea: si no no estaríamos hablando. Porque cuando íbamos acelerando la marcha por el Campo Grande, cuando nos

faltaba poco para llegar a la selva de Caraguatay, cuando ya estábamos casi sobre el arroyo Yuquiry, comienzan a sonar los tiros de la negrada que se nos venía encima.

Ese fue el momento más negro de mi vida: yo con 4.000 soldaditos de los que llevábamos para hacer número, para montar guardia en los campamentos porque para otra cosa no daban; 4.000 soldaditos armados de lanzas que les quedaban demasiado grandes, que tardaban media hora para cargar un fusil porque les faltaba fuerza para empujar la baqueta para abajo como se debe, con fusiles por lo demás a chispa y descalibrados -sin que yo tuviera caballería para protegerles los extremos ni artillería para frenar un poco al enemigo que para colmo se nos venía encima en varias columnas, aprovechando un poco la extensión del llano que daba para extenderse al máximo y evitar los fuegos de las pocas armas que teníamos.

Cuatro contra veinte mil; así era la cosa...

Lo más inteligente parecía salir corriendo, pero entonces nos alcanzaban más rápido. Además, tenía la misión del Mariscal Presidente de ganar tiempo; hacer que la batalla dure lo más posible para que la vanguardia pueda ponerse segura, porque allí estaban nuestros verdaderos soldados, los que no podíamos malgastar. Bueno, desde ese punto de vista, cumplí mi misión; el maestro O'Leary dice que yo era como el escudo de nuestro ejército en retirada, contra el cual se estrellaría todo el poder de la alianza. Caería despedazado, pero después de una resistencia digna del temple de su alma, cuando ya estuviese a salvo el Presidente de la República. Así mismo es, porque la resistencia que les hicimos a los negros la recuerdan hoy con orgullo los paraguayos, que cada año recuerdan en las escuelas la batalla de los niños mártires de Acosta Ñú, esos soldaditos que ahora sirven de ejemplo y guía a los niños de edad escolar en nuestro país y que en eso es el único; no conozco otro caso igual en la historia.

Pero acuérdate bien, Raúl Amarilla: ¡si pelearon como bravos fue gracias a mí! Porque al sentir los tiros quisieron salir corriendo, que hubiera sido todavía peor, y entonces con los veteranos tuvimos que darles unos gritos y chirlos para que sigan retrocediendo en orden; con mucho esfuerzo conseguimos formarlos para resistir de alguna forma la carga del enemigo que se nos venía encima. Finalmente se tranquilizan y disciplinan, y entonces les hacemos frente de este lado del arroyo Yuquiry, que en esa parte anda paralelo al Piribebuy (más hacia el este). Los negros tiran bombas, metralla, bala hueca, pero mis [156] muchachitos aguantan, yo me siento orgulloso como un maestro con niños aprovechados. Aguantan como los hombres grandes, mucho mejor que muchos de ellos; yo recorro las filas prometiéndoles naranjas y recreo a los mejores; ellos hacen lo posible para lucirse delante de su jefe -es que a mí los soldados me quisieron siempre. Así les vamos aguantando, les vamos peleando centímetro a centímetros el terreno, mientras el conde d'Eu se hace el arrojado de tanto en tanto -guaúnte que se expone- pero deja no más que la fusilería nos vaya exterminando de lejos, que ralee nuestras filas hasta que llegue el momento de lanzar la carga sin peligro.

Una carga que viene, finalmente, con participación de la Legión Paraguaya y su jefe, el traidor Adolfo Saguier; nos arrollan porque tienen que arrollarnos, y entonces yo les digo a los chicos que no se apasionen y que se replieguen con orden detrás del puente, porque los

nenes están como fascinados en la refriega, después de haberme hecho pucheros y llantos, y prefieren morir con tal de lucirse.

Nos retiramos detrás del arroyo Yuquyry pero controlando bien el puente, que mis baqueanos controlan con sus rifles; ellos pueden pasar si quieren, pero saben que les puede costar muchísimo, y entonces se vuelven más prudentes, mientras nosotros volvemos a formar en una línea que viene a ser como perpendicular a nuestra primera posición. [157]

Del otro lado del Piribebuy tenemos unas cuantas carretas, y es allí donde decidimos hacer una última resistencia, porque a pesar del heroísmo que tenemos el enemigo nos está envolviendo; son demasiados para nosotros. Pero los negros, que estaban demasiado cerca de nosotros como para no oír nuestras órdenes, cargan justamente sobre ese punto; se nos vienen encima por la izquierda. Para decir verdad, se nos vienen encima de todos los lados, por eso solamente con mucha dificultad puedo cumplir la orden expresa del Mariscal López: que no me deje tomar prisionero.

Creo que fue la ayuda de la Virgen Santísima la que me permitió cruzar el arroyo con cuatro veteranos y meterme en el bosque de Caraguatay, fuera del alcance de esos perros, que ahora se pasean, pasan y repasan nuestras líneas con su caballería, y viendo bien que se trata de criaturas aplastan con sus cascos a los heridos que lloran como criaturas que son, y después incendian la llanura para que mueran los que todavía no han muerto.

Allí Maciel, uno de los baqueanos que me acompaña, tiene un ataque de rabia: quiere volver allí mismo a la batalla para matar por lo menos un brasilero, uno de los criminales que están asesinando niños como cobardes; trabajo nos cuesta convencerle de que el Mariscal nos necesita. Seguimos no más entonces, nos aguantamos la rabia de ver arder el campo como una fogata enorme donde se queman nuestras pobres criaturas por orden expresa del maldito conde d'Eu, ¡que por lo visto tenía órdenes expresas del Emperador de terminar con el país!

Lo peor del caso es que había paraguayos por allí, colaborando con la masacre de niños paraguayos. Y entre ellos Saguier, que les hacía de baqueano, el que fue vicepresidente con Cándido Bareiro y que quiso asumir la presidencia cuando Bareiro murió en 1880. ¡Qué esperanza! Nosotros no podíamos permitir que un traidor llegase tan alto; por eso le hicimos decir que el ejército lo esperaba para presentarle sus respetos, y cuando el tipo se nos puso delante le hicimos decir que quedaba arrestado y que la presidencia del Paraguay quedaba en las manos del general Bernardino Caballero. Una travesura que después aprovecharon mis enemigos para criticarme, y en parte con razón, porque violaba un poco la constitución, pero fue la única vez que hice eso y además en el fondo no me arrepiento, porque la ley no está para amparar a los miserables y hay leyes divinas que están por encima de los decretos de los mortales, como me contó O'Leary. [158]

Esa colaboración de los propios compatriotas es lo que nos entristecía un poco cuando cruzábamos la selva de Caraguatay, selva por lo demás llena de tigres, que con los muertos que les ponía a tiro la guerra habían tomado la costumbre de comer cristianos, y eso nos

hacía el camino todavía un poquito más largo y más penoso, así que llegar a Caraguatay, dejando atrás a los brasileros y los tigres, fue como nacer de nuevo. Dormimos todo un día, y después fui a presentarme al campamento del Mariscal, que quedaba a una jornada del pueblo, en Gazory.

Yo llegué por la noche; lo sorprendí en su tienda de campaña. Parecía contrariado, y en un momento creí que me pediría explicaciones por haber vuelto con cuatro hombres, es decir, por haberle liquidado hasta ese punto la mitad del ejército -porque nuestra partida constituía exactamente la mitad de lo que teníamos.

Pero no fue así.

Allí sacó tres copas para tomar un vino que le gustaba mucho a él y a mí también, una cosa mucho mejor que el champagne que no me gustaba para nada y le daba ocasión a la Madama Lynch a reírse de mí, diciendo que los paraguayos no apreciaban las bebidas finas. Pienso que esta vez, que estaba tan amable, se decidió por el vino, reparando en la cara que yo ponía cada vez que tomaba su champagne seco por compromiso, deseando que nuestro parque de bebidas caiga en posesión del enemigo para liberarme de una vez. (Pero no; en eso la reserva paraguaya era inagotable).

-Con su perdón de usted, Excelencia, la señorita es demasiado joven para beber alcohol.

En ciertas cosas soy muy estricto.

-Como lo diga usted, general Caballero...

... general de división -completó María de la Cruz.

¡Pensé que era una broma pero iba en serio; me habían ascendido de general de brigada a general de división! Creo que ningún ascenso me emocionó tanto, no sabría decirle por qué.

Y esos eran los gestos que tenía López con nosotros.

Podía ser muy duro, muy exigente, pero también nos hacía gauchadas de estas, y esas eran las cosas que nos hacían seguirle hasta la muerte como le seguimos todos. [159]

## Capítulo V

De nuestro paso por San Estanislao (23/30. VIII. 69) y en Curuguaty (cuarta capital del Paraguay) y de las cosas que nos pasaban

Como le iba diciendo, el Mariscal salió de Caacupé el 13 de agosto, cuando el conde d'Eu estaba en Piribebuy; cuando el conde llegó a Caacupé, el 15, nuestro jefe ya estaba en Caraguatay (mejor dicho en Gazory, en las afueras; allí tenía su campamento). El conde



d'Eu llegó a Caraguatay el 18; el 19 López ya estaba en camino para San Estanislao, donde nos quedamos una semana, y ocurrieron...

¡Ah!, gracias por recordármelo, o sino no se lo decía... se ve que usted conoce bastante la historia, que no se puede seguir sin contarle la historia del comandante Hermosa, para que no quede incompleta.

El comandante Hermosa es el que dejó el Mariscal en Gaaguy yurú, o sea la boca del monte, el de Caraguatay, el que estaba entre la ciudad aquella y la llanura de Acosta Ñú. Allí quedó el comandante en una trinchera defendida por unos 1.000 hombres, para parar a toda la negrada, que eran más de 20.000. Él también había quedado un poco de carnada, como carnada éramos nosotros, los que peleamos en Acosta Ñú; también peleó como un bravo el comandante, pero contra tantos enemigos no hubo caso, tuvieron que vencerlo y allí se pusieron a degollarlo a él con sus oficiales. Típico del conde d'Eu. En el fondo, el bandido ese nos estaba ayudando, porque en aquel momento hubo quienes decían que la guerra ya no tenía sentido, que pensaban transar con el enemigo; pero la forma en que trataban a los rendidos, en que violaban a las mujeres que encontraban, en que quemaban hospitales les hizo ver que del enemigo no podían esperar nada, y entonces prefirieron seguir acompañando al Mariscal López... Uno se rinde cuando tiene algo que ganar, pero cuando gana que le corten la garganta no gana nada, y entonces prefiere seguir peleando por su patria, y en especial por la superstición aquella de cierta gente de pueblo, que piensa que el que [160] muere degollado no puede entrar al cielo -una tontería si quiere, pero que les asustaba en serio... Después de Caaguy yurú el conde d'Eu nos mandó una comunicación oficial, diciendo que si el ejército paraguayo no se rendía inmediatamente, todos iban a ser degollados a partir de sargento para arriba el día que los agarren. Una amenaza vergonzosa que rechazamos como debíamos rechazar, sabiendo que no podían cumplirla por más ganas que tuvieran, porque íbamos a morir matando y no como reses.

Creo que Caaguy yurú fue el 18 de agosto, no recuerdo bien... pero fue un poco antes de nuestra salida para San Estanislao, eso sí. Salimos con el enemigo en los talones, aunque sin demasiadas ganas de alcanzarnos, porque al llegar al arroyo Mbutuy, Ignacio Genes les salió al paso; ellos dicen que nos ganaron, pero el caso es que de Mbutuy y del arroyo Hondo (que quedan cerca de San Estanislao), los tipos volvieron grupas hacia Caraguatay y que allí se quedaron, dice que preparando un nuevo ataque. Y eso no se lo discuto, que preparaban su ataque, el asunto es cuánto tiempo les llevaba y por qué; sin miedo podía ser mucho más rápido...

Bueno, antes de llegar a San Estanislao acampamos en una gran estancia, propiedad del difunto don Benigno López, y allí encontramos una gran cantidad de yerba, para levantar el espíritu de la tropa, porque la yerba hace olvidar el hambre. En Santaní estuvimos del 23 al 30 de agosto, después seguimos hacia el este, hacia Curuguaty, donde el Mariscal había mandado al vice presidente Sánchez para presidente, porque esa fue la cuarta capital de la República, así por lo menos había decidido el Mariscal, hasta que los enemigos se le pusieron cerca o sea al sur, en el Potrero Capiivary. Centurión dice que el Mariscal pensaba terminar la guerra en Curuguaty; yo no sé... Pero si eso pensaba tuvo que cambiar después de idea porque el enemigo se nos venía acercando demasiado, y era un mal ejemplo para los que querían conspirar como Venancio López. Entonces seguimos para el norte, hacia

Ygatimí, donde estuvimos el mes de noviembre, y el mes de diciembre lo pasamos por Panadero, para salir después hacia la Cordillera de Amambay, que la cruzamos, marchamos por el territorio que nos robaron los brasileros; allí hicimos una larga marcha hacia el norte, donde volvimos a cruzar la cordillera para marchar hacia el oeste, hacia Cerro Corá, donde nos quedamos hasta marzo del 70... Esa fue entonces nuestra marcha: de Curuguay a San Estanislao; de San Estanislao a Curuguay; de Curuguay a Ygatimí; de Ygatimí a Panadero y de Panadero a Cerro Corá.

La gente se pregunta a veces por qué Cerro Corá; eso tiene su explicación: resulta que el general Cámara, por mandato de d'Eu, había [161] ocupado la parte norte, Concepción y San Pedro, para cortarnos las provisiones... Usted sabe que en esa época había caminos que iban desde la ciudad de Concepción y otras del norte hasta Curuguay, y por allí recibíamos los animales que necesitábamos... Bueno, cuando el salvaje ese comenzó a robarnos ganado, tuvimos que buscar otro camino, digamos indirecto, fuera del control de los negros. Y ese camino fue precisamente la picada que el Mariscal López mandó hacer por el norte del departamento de Concepción, que iba por la picada Yatebó a Cerro Corá, de allí seguía por la picada Chirigüelo hacia el Brasil, torcía hacia el sur y llegaba a Curuguay pasando y repasando la cordillera de Amambay. Ese camino se mandó hacer en el mes de octubre; era desde luego nuestro camino de aprovisionamiento, y por eso el Mariscal decidió retirarse hacia el norte cuando comenzaron a apretarlo por el sur.

Porque resulta que el conde d'Eu, ahora se puede saber, pensó que nos habíamos escapado del todo cuando llegamos a San Estanislao después de correrlos en Mbutuy; les llevábamos ventaja y, según dice, no tenía provisiones para perseguirnos con su ejército -le faltaban caballos, animales de tiro, carne y todo lo demás. Entonces el conde ese, que se había quedado todo el tiempo en Caraguatay, decidió mudarse a Rosario (sobre el Río Paraguay), para establecer allí su centro de operaciones y planear una maniobra por el norte, por el sur y por el flanco.

Por el norte estaba Cámara, encargado de devastar esos departamentos de por allá. Por el sur estaban Resin y Portinho; Portinho es el que había venido desde la Encarnación y que después lo frenamos sobre el Río Tebicuary, donde lo recogió la flota para llevarlo hasta Asunción. Bueno, desde Asunción se fue hacia Villarrica, para violar mujeres y tomar una ciudad sin guarnición sería. Resin se fue a San Joaquín y llegó a Yhu, donde había unas cuantas destinadas que puso en libertad con bombos y platillos. Estos dos, Resin y Portinho, y creo que otros más, tenían que facilitar las maniobras de d'Eu, que pensaba venir a San Estanislao desde Rosario, para agarrarnos allí.

Pero el conde se atrasó un poquito, porque llegó a San Estanislao a mediados de octubre, cuando nosotros estábamos saliendo de Curuguay; de San Estanislao marchó hacia el este, con la idea de juntarse con otros negros en el Potrero Capiivary, al sur de Curuguay, y desde allí seguimos hacia el norte. Una maniobra bien pensada pero retrasada, porque d'Eu entró en Curuguay en la segunda semana de diciembre, cuando de nosotros ya no quedaban ni rastros, y después de pasarse unos días se dio cuenta de que no podía seguirnos, porque sus soldados [163] no estaban hechos para las marchas por la selva que hacíamos nosotros, caminando día y noche, alimentándonos de frutas y raíces, ayudados un poco porque éramos menos que ellos, y una partida chica se mueve con mayor facilidad que

un ejército grande con artillería pesada y el resto. Así que después de haberse quedado una temporada por allí, d'Eu tuvo que volver adonde había venido en enero, cuando nosotros ya andábamos del otro lado de la Cordillera de Amambay, rumbo a Cerro Corá.

Retirada del ejército paraguayo desde Humaitá hasta Cerro Corá  
[162]

Para esa altura de la guerra, todo el mundo se preguntaba si era cierto que los brasileros y sus amigos querían destruir de veras el Paraguay. Porque con nosotros, con el ejército, no querían problemas; se pasaban no más violando y saqueando y arreando la gente como ganado para llevarla a Asunción para hacer manifestaciones a favor del Gobierno Provisorio o las trasladaban de un lado para otro para que no puedan comunicarse con nosotros pero tratando siempre de prolongar la guerra hasta donde podían, para tener un pretexto para seguir ocupando el país y haciendo de las suyas. Los países civilizados comenzaban a cansarse, y el Emperador recibía protestas y presiones de todas partes, diciéndole que se deje de ser asesino sin motivo.

Nosotros andábamos descalzos y sin pólvora, comíamos cuando se podía comer y también moríamos de sufrimientos, pero ya nos estábamos acostumbrando y podíamos seguir como diez años más en ese tipo de vida, porque del monte no nos sacaba nadie; lo conocíamos demasiado bien como para que pudieran encontrarnos; mientras tanto hacíamos la guerrilla, que para nosotros era lo más fácil.

Todo lo tenía previsto el Mariscal López.

El problema fueron los traidores.

Los traidores comenzaron como miembros de la Legión Paraguaya, ocupando el país con sus enemigos; sirvieron de guías y de baqueanos porque no conocían el camino los aliados, les daban informaciones confidenciales. Y la traición llegó al colmo cuando uno de los que hizo la picada hacia Cerro Corá, el mayor Angelo Céspedes, se pasó al enemigo y le contó el camino que pensábamos seguir en nuestra retirada hacia el norte. [165]

## Capítulo VI

De cómo me convierto en el sucesor de López (designado por él)

Aunque el Mariscal tenía también otros oficiales valientes y de confianza, yo era su favorito; no podía pasarse un sólo momento sin recibirme en su carpa, y con eso aumentaban los celos de la Lynch que, como toda mujer, se habrá pensado que hablábamos de mujeres o cualquier cosa de esas. Pero nuestras conversaciones eran muy diferentes: secretos de estado, por ejemplo, que ahora se los puedo repetir. Entre ellos Urquiza, ese que se portó tan mal. Porque como usted debe saber, Urquiza y Mitre eran perros y gatos, y más de una vez se enfrentaron con sus respectivos ejércitos. Bueno, en esas peleas, el Paraguay

era más bien aliado de Urquiza, o por lo menos enemigo de Buenos Aires. Por eso llegaron a ser compadres López y Urquiza; por eso el entrerriano ese desgraciado le prometió ayuda contra Mitre en caso de guerra. Y sin embargo, como ha visto, vino la guerra y Urquiza se hizo el tonto. También se quejaba de los correntinos, que tenían firmado un tratado con el Paraguay contra Buenos Aires, pero que no colaboraron como debían cuando pasamos por Corrientes con nuestro ejército. También los informantes en la Argentina, que no entendían absolutamente nada de política, y entonces nos equivocábamos al tratar con el enemigo, creyendo a cada paso que Mitre con su gobierno estaban por caer pero no caían, y que la crisis económica era demasiado fuerte para el emperador del Brasil, y que los ingleses le tenían que hacer la guerra por el asunto Christie y mucho más... ¡No le cuento todo lo que me dijo de Cándido Bareiro, que en vez de mandar desde Europa los encorazados que le había pedido, se comió la plata en diversiones! Pero no lo ponga, Raúl, porque el hombre ya está muerto, y también porque lo consideran uno de los iniciadores del Partido Colorado, que en realidad lo fundé yo, pero que lo asocian con Bareiro porque fuimos amigos por la fuerza... Es que después de la guerra no había nadie, y tuvimos que aceptar a gente como él, que volvió de Europa muy campante... También [166] le aceptamos que ponga de vice presidente a Saguier, ese legionario, pero cuando murió Bareiro tuvimos que pararle el carro al vice, que quería llegar a presidente; entonces ocupé provisoriamente el puesto de Bareiro, a pedido popular...

Pero como le dije, mucha discreción; le conté lo de Bareiro para mostrarle cómo al Mariscal nadie lo comprendía, ni siquiera la gente de su propia familia; eso él solía contarme:

-Siempre me consideraron un extraño; era mi propia familia que me tenía envidia y en especial mis hermanos porque mientras ellos disipaban vergonzosamente su juventud en las frivolidades típicas de la edad yo era un hombre concentrado y estudioso; mejor dicho un niño, porque desde mi adolescencia me preparé a gobernar, encargándome de los asuntos de mi padre, y fue precisamente por eso que mi señor padre se decidió a nombrarme su digno sucesor, porque me sabía responsable y dotado de una lucidez rara entre la gente joven.

A los dieciocho años ya tenía sobre mis espaldas toda la carga del gobierno; era ya el principal colaborador de mi padre. Todo el día y buena parte de la noche me los pasaba leyendo, trabajando, despachando la numerosa correspondencia oficial, atendiendo los mil asuntos del gobierno. No tenía maestros y tuve que improvisarme gobernante y después soldado; más que soldado, generalísimo antes de los veinte; una responsabilidad tan grande incidió decisivamente en el carácter, hasta el punto de adquirir un aire un poco grave para mis años; un aire que no era de arrogancia sino de responsabilidad. Mas no lo comprendieron así mis hermanos, que me llamaban «mi general» en vez de Francisco. Hasta mi propia madre, que me quería tanto, comenzó a burlarse de mi decidida vocación militar por la mala influencia de los hermanos -ella que se había puesto tan contenta cuando me nombraron comandante en jefe siendo tan joven.

Se sentía muy solo; creo que justamente por eso fue acercándose a nosotros, a los Caballero, éramos la familia que le faltaba. Una vez me dijo que su verdadero hermano era yo; creo que tenía razón, porque yo solamente podía asistirle en todo y hasta «velar su

sueño», como dice O'Leary, porque el pobre lo necesitaba porque de noche daba grandes gritos y una madrugada se despertó diciéndome que trajese mucho jabón y lejía para lavar su tienda de campaña, que la había soñado como sucia de sangre.

Todo por culpa de los traidores -los sobresaltos, digo.

Porque las conspiraciones no habían terminado en San Fernando, sino que seguían persiguiéndolo por donde sentaba su campamento, y habían estallado de una manera muy fea en San Estanislao, pocos [167] días después de haberse malogrado nuestro ejército en Acosta Ñú, golpe del que parecía imposible reponerse.

La cosa se pilló cuando nuestros hombres agarraron tres espías, dos hombres y una mujer Astorga, que venían enviados por el conde d'Eu para arreglar una conspiración contra la vida del Mariscal Presidente. Los hombres se escaparon pero la Astorga no; a ella sí que pudimos interrogarla y confesó que estaba complotada con un oficial de la escolta presidencial, un tal Aquino, con quien la careamos y tuvo que terminar contando toda la verdad.

-Y bien, Aquino -le dijo López- con que me ha querido matar.

-Sí, señor, por varios motivos le he querido matar; ya hemos perdido nuestra patria y si aún seguimos hasta aquí debe comprender que es solo para acompañar a su persona y sin embargo, de día en día, Ud. continúa siendo más tirano.

-¡Ah!, con que eso es así... pero no ha tenido suerte.

-Verdad, señor, V. E. nos ganó la delantera, pero no ha de faltar otro que tenga mejor suerte y logre matarlo.

Así mismo, como lo cuenta Centurión...

Como había otros conspiradores en la escolta, o sea en el batallón riflero y los regimientos acacarayá y acaverá, yo mismo me encargué de rodear la cuadra donde estaban esos, cerca de la residencia de S. E. y de hacerles dejar las armas y salir con las manos en alto para poderse parar a los culpables para interrogarlos; de allí resultó que la conspiración era muy grave, por la cantidad de personas comprometidas dentro de la propia escolta del presidente, por lo que también se castigó a su jefe, el coronel Mongelós, que lo habían ascendido hacía poco tiempo y que pagaba ese honor así.

-V. E. sabe que no soy culpable -le pidió Mongelós- ¡no puede fusilarme por la espalda!

No lo fusilaron por la espalda porque no era un traidor, y por su falta no más lo fusilaron de frente, porque no se puede permitir que los oficiales permitan que sus subordinados anden por su cabeza, sobre todo en tiempos difíciles como eran aquellos, donde sin disciplina nos perdíamos enseguida. Porque las cosas habían llegado demasiado lejos culpa de la irresponsabilidad de Mongelós que no se ocupaba de sus soldados como debía; imagínese que ese teniente Casco, también de la escolta, le llegó a maldecir al Mariscal, a

su propio generalísimo en público, delante mío y de todos: le dijo que había un Dios y que dentro de poco tendría que rendirle cuentas y que llegaría en Su presencia con una maldición de obispo sobre la cabeza y con una maldición de hombre [168] decente, porque también le maldecía aquel teniente; él le decía que iría a Quiritó para contarle lo que hacía López en la tierra, para pedirle que no le deje más dormir con su mala conciencia, que le haga morir de mala muerte de lanza brasilera y de bala enemiga por la espalda, muerte de militar malo y cobarde...

El mismo Mariscal dirigió las ejecuciones, que fueron en un bajo que queda atrás de su residencia, que era en un edificio que llamaban el colegio. Pero no lo hacía por saña, sino para demostrar que la traición no llevaba a nada, y que los que quieran pasarse al enemigo van a tener el castigo que se merecen y que no hay excepción. No era gusto sino por obligación; a él más que nadie le dolía hacer estas cosas y en especial en San Estanislao, porque esperaba luego un poco más de reconocimiento y le pagaban mal; por eso se fue después derechito a la iglesia, donde se pasó rezando varias horas para pedirle a Dios fuerza hasta el último (me lo contó después).

Esto es muy importante que lo ponga, porque el desgraciado de Miguel Macías salió a decir que los procedimientos de San Estanislao los dirigía yo pero fue López. Y no por saña, como le dije, sino por dar el ejemplo, y para dar el ejemplo fue también que después de haberlos castigado a los que se merecían nos hizo formar militarmente y nos dijo que en caso de emergencia yo me quedaba como su reemplazante y que tenían que obedecerme lo mismo que a él. Y allí mismo también les dio los premios a los que merecían.

Pero ya era demasiado tarde porque los traidores siguieron traicionando y en Curuguay fue la misma cosa. En Curuguay llegamos la mitad de setiembre, y allí nos acampamos en el Arroyo Tandey, fuera del pueblo. La ciudad había sido declarada capital, por eso rejuntaron el ganado de los alrededores y habían preparado los cultivos así que cuando llegamos nos dimos el gusto -después de esa salida de San Estanislao donde pasamos tantas privaciones por el hambre. Es que se habían esforzado para recibirnos bien, la gente parecían muy contentos y de verdad que estaban, porque los revoltosos no eran los que estaban en Curuguay sino los que venían en nuestro propio ejército; esos no se habían cansado de conspirar y seguir conspirando desde San Fernando.

La oportunidad fue que en el mes de setiembre el enemigo llegó a ese desfiladero de Hurucaty, como a 80 kilómetros al sur de San Estanislao, y desde allí tomo San Joaquín y después Yhu, en parte para cortarnos la retirada por el sur, como quería d'Eu y también en parte para tomarnos nuestros presos políticos, incluso las destinadas a Yhu, como les decíamos, donde estaban muchas señoras de buena familia pero traidoras, como la madre del joven O'Leary, que tiene la grandeza [169] de ánimo para olvidar esos rencores del pasado... No es que cambió de bando porque le pagaron (antes era antilopizta por influencia de la madre) sino por convicción, pero la familia de él son unos indecentes: dijeron que le habían sobornado... Y de mí dijeron cosas peores: dijeron que ese Pestanha, el contador del ejército brasilero, me pasaba un cheque pero por supuesto que no en la cara, porque a eso no se animan, son unos cobardes... Ellos son de los que se alegraron cuando el enemigo se nos iba acercando; se alegraron como el propio Venancio López.

Porque Venancio López, aprovechando la ocasión, le mandó una carta al jefe brasilero, contándole exactamente cuántos éramos y lo mal que estábamos en hombres, armas y provisiones; le decía que mandara no más una pequeña partida para tomarnos el campamento y terminar con el Mariscal. ¡El propio hermano! Y la traición se hizo con ayuda de Marcó, que se encargó de hacer llegar la carta al brasilero.

En el momento no se supo nada pero después llegó el 16 de octubre, aniversario de la asunción presidencial, y entonces hacen un gran festejo en Curuguaty, y allí es que una señora, en el banquete, le dice al Mariscal que había visto a Venancio y que Venancio gozaba de muy buena salud. Eso quería decir que lo trataban demasiado bien; el Mariscal lo entendió enseguida. Tenía que estar peor, porque desde Azcurra lo tenían prisionero, y el encargado de cuidarlo era Marcó, pero, como eran muy amigos, Marcó lo dejaba andar a sus anchas en vez de tenerlo preso como le había ordenado el Mariscal... No sé que habrá pasado en Azcurra, francamente, no tiene nada que ver con San Fernando, porque esa vuelta a Venancio no lo castigaron porque confesó voluntariamente su participación en la conjura, y entonces se le perdonó todo. Porque en realidad ese Venancio no había sido tan malo entonces, más bien se había dejado manejar por su hermano Benigno.

Pero ahora la cosa era muy diferente...

Así que el Mariscal tomó cartas en el asunto y vio que Venancio nunca guardó el arresto como se había mandado, y entonces lo hizo apresar a él y también a Marcó. Una medida disciplinaria, nada más, porque hasta el momento no sospechaba nada. Pero Venancio, que tenía la conciencia intranquila, pensó que lo apresaban porque se había descubierto su traición, y allí le mandó decir a su hermano que le mande a una persona de confianza para confesar porque pensaba confesarlo todo. Quiso salvarse haciendo lo que había hecho en San Fernando, pero esa vuelta no le iba a valer. Porque le mandaron la persona y allí contó el complot para asesinar al Mariscal López, que es lo que andaban planeando. O sea envenenarlo con una chipa envenenada que iba a preparar la propia madre de S. E., doña Juana Pabla, con la complicidad [170] de las hijas Inocencia y Rafaela y también de Bernarda Barrios, la esposa de Marcó, del médico Castillo y de otros más que después fueron apareciendo.

Esto lo puso muy triste al Mariscal, no porque tuviera miedo a la muerte sino por el golpe moral: lástima demasiado saber que te traicionan las personas de más confianza, aquellas que te deben más, aquellas que uno tiene necesidad de querer como la madre y los hermanos. Pero tampoco podía perdonarlos; esa gente combinada con el enemigo quería perdernos a todos, así que tenía que proceder para salvarse y también para salvar a la Nación.

Como la situación era muy grave, reunió un consejo de notables donde estaban Isidoro Resquín, Silvestre Aveiro, el vice presidente Sánchez, Luis Caminos, José Falcón, el padre Maíz y otros. Entonces les va preguntando, uno a uno, qué es lo que se puede hacer con su señora madre, y el primero en hablar es el vice presidente:

-Lo que V. E. haga estará bien hecho.

-¡Ah!, señor Sánchez, me ha tirado usted por tablas -le dijo el Mariscal, porque lo que necesitaba eran consejos.

Después habló Caminos y le dijo que lo mejor era perdonar a doña Juana Pabla porque los deberes de familia eran sagrados y no se la podía castigar aunque fuera culpable, y todos eran de la misma idea; hasta el padre Maíz, que citó los mandamientos y dijo que tenían que absolverla. Sólo Silvestre Aveiro estaba en contra; él dijo que, de todos modos, tenían que enjuiciarla para conocer la verdad, no precisamente para fusilarla, y así fue que comenzaron la investigación que la dirigió el mismísimo Silvestre Aveiro. Por eso que después, cuando lo tomaron prisionero los brasileros, el jefe brasilerero le dijo que tenía un pedido especialísimo de la Señora Presidenta de fusilarlo allí mismo donde lo encontrase; lamentablemente no fue así porque entonces Aveiro no hubiese dicho una cantidad de cosas en contra del hombre que lo había favorecido tanto.

Con el proceso de doña Juana Pabla se hizo mucho lío; los brasileros después dijeron que la tenían condenada a muerte a ella con sus hijas Inocencia y Rafaela, y que tenían que lancearlas el primero de marzo, y que no las mataron solamente porque llegaron ellos al campamento, justo a tiempo. Pero no pasan de ser puras mentiras, y es una lástima que la propia señora haya desconocido a su hijo frente a los brasileros, que haya dicho cosas que los otros pudieron utilizar para su propaganda de que el propio Nerón...

Sí, también está esa historia de la Pancha Garmendia. [171]

Esa la conozco bien porque fui testigo, y le puedo contar la pura verdad, en vez de los cuentos que andan repitiendo por ahí para desacreditarlo...

Para comenzar, le voy a decir que la Garmendia estaba presa desde San Fernando, que estaba metida hasta el cuello en la conspiración de San Fernando pero el Mariscal le perdonó la vida porque era mujer y también porque había estado enamorado de ella... En esto lo comprendo perfectamente; cuesta tomar medidas contra una mujer joven y linda, sobre todo linda, porque Francisca Garmendia era la más hermosa del Paraguay; cualquiera que la conoció puede decirle eso, y yo también, y eso que la conocí en el campamento, cuando andaba ya medio andrajosa, pero se notaba que no era cualquiera, ¡lo que habrá sido en sus buenos tiempos, cuando López estaba tan enamorado de ella que le escribía versos y aguantó que ella le diera cuatro bifes, aunque era tan orgulloso! Pero a la Garmendia le aguantaba cualquier cosa, hasta que hablara pestes de él con un periodista extranjero, ese Varela.

Si alguna vez alcanzara  
a coronarme de rey.  
Mandaría que por ley  
por reina te proclamaran;  
diamantes, perlas y oro, 5  
tú eres mi único tesoro,  
en quien mi esperanza fundo,  
pues, en lo que encierra el mundo  
tú eres el ángel que adoro.



Así era la poesía que el Mariscal le mandó y que tiró al basurero la desgraciada, después de mostrársela a todo el mundo diciendo que no valía nada, y que ni con poesías ni con plata iba a cederle ella un palmo.

Pero él no era rencoroso; a pesar de todo, y cuando se destapó la conspiración de San Fernando la hizo perdonar. Claro que la tenía vigilada, pero no permitió que se le toque un pelo durante todo el tiempo que anduvo bajo arresto, y allí puede ser que se haya equivocado un poco siendo tan bueno, porque a la tipa se le subieron los humos. (No es por criticar a mi jefe, pero con las mujeres de esa clase hay que ser duro).

Pero todo tiene su límite, usted sabe, y el límite llegó cuando la mujer esa se puso a conspirar contra el Mariscal López con la esposa de Marcó, Bernarda Barrios. La Garmendia cayó porque sus cómplices la delataron: el asunto me lo conozco muy bien.  
[172]

Una tarde que estaba con el Mariscal López, yo con otros oficiales, vimos que un sargento la conducía al interrogatorio; ellos pasaron frente a nuestra tienda. Y entonces el Mariscal le dijo que se acerque; le dijo delante de nosotros que quería una confesión sincera, y que en ese caso le daba su palabra de honor, poniéndonos a nosotros por testigos, de que no le harían nada los jueces. Ella, muy ladina, le dijo con un tonito de mujer astuta que siempre era sincera, así que no tendría que molestarse interrogándola, porque de veras era inocente -se lo decía ahora también delante de nosotros, todo con un tonito de mujer pizpireta. Entonces el Mariscal se puso nervioso; le contestó secamente que él no era el juez; que había tribunales y que en los tribunales tenía que declarar sinceramente, no en su Mayoría. Para probarle que decía la verdad le dijo al sargento que la suelte y que no la manden al arresto con las demás conspiradoras; encima la hizo cenar en la Mayoría, con todos nosotros. Ella que siempre se consideró tan fina comió con unos modales atroces; repitió dos veces la comida y pidió una tercera vuelta que no se la pudieron dar porque no había, y la Lynch dijo algo en inglés que no entendía pero parecía algo como brutal. Para la sobremesa quedamos solamente la Garmendia, López y yo. Allí le repitió que quería su confesión sincera y ella le repitió que no tenía nada que confesar; después se fue a dormir la Garmendia y el Mariscal me dijo que le estaba dando su última oportunidad, porque sabía bien que era culpable pero de todos modos pensaba perdonarla, siempre y cuando denunciara a los demás. Por eso fue que los jueces de la causa, al día siguiente, actuaban con instrucciones de no labrar el acta del interrogatorio si ella negaba todo; no anotaron nada en el acta pero le dijeron que se le daba tiempo para que pensara bien en la mejor manera de declarar la verdad. Así por lo menos ocurrió en el primer interrogatorio, donde ella negó como San Pedro y también el segundo, donde volvió a decir que era inocente, que no sabía nada, etc. Pero la tercera vuelta la enfrentaron con Bernarda Barrios, y esa mujer le dijo delante de los jueces todas y cada una de las veces que conspiraron juntas: le dio los detalles hasta el último punto, y entonces la Garmendia, que se vio descubierta y sin remedio, tuvo que confesarlo todo y suplicó clemencia al Mariscal.

Él le contestó que ya no se podía porque había desperdiciado su oportunidad y que ahora el proceso seguiría su curso normalmente; estaba muy enojado porque habían dudado de su

palabra de honor -por desconfiada fue que la Garmendia quiso defenderse mintiendo hasta que la pillaron.

Esta es la verdadera historia de Francisca Garmendia, que quieren presentar ahora como la mártir del Paraguay, solamente porque era [173] joven y linda y López se enamoró de ella y le aguantó más de lo que debía aguantar hasta que llegó el momento de aplicarle la ley como a los demás.

Pero lo que más le dolió fue la deserción del coronel Delvalle. Ese Delvalle era un tipo que yo lo tenía calado desde el primer momento; yo tenía mis dudas pero nunca dije nada porque era un hombre muy instruido y respetaba la cultura del Mariscal. Por eso le confié una misión de importancia: le dio la retaguardia en Panadero mientras proseguíamos hacia el norte. Pero apenas se vio libre el comandante Delvalle decidió desertar, él con su partida, y le mandó una carta que seguramente se la escribió el presbítero Román, el de los tribunales de San Fernando, otro traidor de la partida, y le decían en la carta que somos instruidos de que V. E. sigue aún adelantando su marcha y que sobre todo vemos que la continuación del presente estado de cosas servirá más bien para el duro aniquilamiento de nuestra nación, bajo el yugo de una voluntad arbitraria y caprichosa sin esperanza de ningún otro resultado más que un prolongado padecimiento de aquellos que aún se encuentran bajo los pies de V. E.: nosotros convencidos de que nuestro deber de patriotismo ya no nos obliga más a sacrificios, renunciaremos formalmente a seguir causando víctimas en la huella de V. E. (y víctimas antropófagas), pues el patriotismo es un sentimiento que Dios aprueba cuando no es extremado, ni opuesto al derecho de gentes. Esto le escribieron cuando más necesitaba el Mariscal su apoyo, pero tampoco se salvaron Delvalle y sus cómplices aunque quisieron desertar porque cuando los agarró el enemigo los exterminó a sable y lanza de cualquier manera, aunque pensaban entregarse.

¡Ojalá hubiera sido siempre así con todos los traidores!

En especial con el traidor Céspedes, el mismo que hizo el camino a Cerro Cora y le informó a Cámara de lo que pensábamos hacer y por eso pudo sorprendernos ese macaco, porque desde el mes de diciembre del 69 ya sabía perfectamente bien para adonde íbamos y nos estaba esperando... Pero tuvimos poca suerte y demasiados traidores, y eso justamente decidió las derrotas que no debíamos tener. [174] [175]

## Capítulo VII

De nuestra marcha desde Panadero hasta Cerro Corá, incluyendo el famoso combate del primero de marzo de mil ochocientos setenta

Sobre Cerro Corá cayeron los macacos dirigidos por Cámara el primero de marzo de 1870, fecha de luto y de gloria para las armas nacionales, y de pura vergüenza para las brasileras, porque no tiene gracia caerle por sorpresa a un ejército que ni siquiera era eso, como el nuestro, y para colmo sorpresa mediante la intervención de los traidores paraguayos de los que se servían los aliados en contra de las reglas de la guerra civilizada,

como lo había dicho el Mariscal más de una vez. Para colmo mataron al pobre vice presidente Sánchez, un anciano venerable al que se le vinieron encima entre muchos después de insultarlo groseramente, y aunque un oficial argentino quiso interponerse, lo atravesaron de un lanzazo. Y algo parecido pasó con el general Aguiar, ese bravo oficial que había quedado rengo desde Tuyutí: aunque no podía valerse, lo degollaron entre varios. Y no le quiero ya contar más cosas, porque me da náuseas...

A Cerro Corá llegamos al comienzo de enero del 70, después de una larga marcha donde cruzamos y recruzamos la Cordillera de Amambay, como el general Aníbal, según me explicaba el Mariscal, que a pesar de todo se sentía muy orgulloso de su ejército, porque lo que habíamos hecho nosotros no lo hace cualquiera; creo que en realidad no lo hace nadie, que somos el primer país del mundo que peleó como peleamos nosotros, mandando las mujeres y los niños al combate para enfrentar con palos y con piedras a la caballería bien montada y a los cañones krupp y los rifles de aguja.

Ese es nuestro orgullo.

O sea que el Mariscal tenía razón, después de todo, él veía más lejos, aunque en su momento las personas ignorantes o traidoras se preguntaron [176] para qué todo eso; desertaban o protestaban buscando la mejor ocasión de meterse en el monte... Conste que nunca llegué a eso, pero le digo que hay que ser bien hombre para soportar lo que soportamos nosotros; hasta los más leales al Mariscal y a la guerra por momentos nos sentíamos deprimidos frente a tantos problemas. Nos poníamos nerviosos y a veces nos peleábamos de balde entre nosotros; ahora nos parecen tonterías, pero cuando se está todo el tiempo mirándose la cara con los demás y se tiene tanto pensamiento es difícil no perder la tranquilidad de tanto en tanto.

¡Si hasta al mismo Mariscal le ocurría eso!

No voy a olvidar esa vez en que se le escaparon los prisioneros a Centurión: un sacerdote y otro de alta traición que le habían entregado para custodiar pero que se le escaparon mientras dormía la guardia. El asunto empeoró culpa de Resquín, que le contó al Mariscal primero y a su manera, entonces cuando Centurión se presentó ante el jefe le dijo que lo lleven a fusilar a la guardia y se lo llevaron entre cuatro al monte cuando salió una voz, la voz de la Madama Lynch para pedir por él y por eso lo perdonaron y por suerte, porque el Mariscal hubiera lamentado mucho castigarlo de balde después, y todo por culpa de Resquín que lo predispuso.

Entonces también había estos problemas, digo la tristeza, el mal carácter, y en parte tenía que ser por enfermedades y por hambre, porque al final carneábamos de tanto en tanto porque ya no nos mandaban animales de Concepción (nos habían cortado totalmente); cuando carneábamos era una vaca para 500 hombres, con el cuero y todo, y el cuero lo hacían hervir durante varias horas y entonces se convierte en una especie de tocino que se puede comer pero el único problema es que ya no teníamos tiempo, y entonces echábamos el cuero sobre las brasas del apuro del hambre y se convertía en una suela de zapato quemada que nos descomponía el estómago en vez de alimentar.

Esto ya comenzó en Panadero o quizás antes; Panadero era el último punto antes de cruzar la Cordillera de Amambay, y de Panadero salimos hacia fines de diciembre, dejando como 800 en un hospital porque no podían más, y el resto también estaba bastante flojo, por eso tiene más mérito nuestra marcha a través de la Cordillera que cruzamos dos veces, y a través de la selva cerrada que teníamos que ir abriendo a golpes de sable, y a través de los ríos como el Amambay; ríos de corriente rápida que cruzábamos con puentes que hacíamos sacando fuerzas vaya a saber de dónde, porque el estómago sin comer no ayuda para nada pero igual no más encontrábamos la fuerza a fuerza de disciplina y trabajábamos con buen humor a pesar de todos los pesadores... A pesar de que llovía permanentemente; llovía todo el tiempo durante el [177] mes de enero que tardamos para llegar hasta la altura de Punta Porá; cuando llegamos por allí, nuestro ejército tenía más o menos 1.000 hombres, aunque un mes atrás en Panadero éramos 5.000. También las residentas se morían, esas pobres mujeres que nos seguían con sus niños, y no le voy a decir las personas ancianas, porque ya no resistían las marchas aunque se hacían por la noche. De noche resultaba más fresco, porque ese mes de enero fue un infierno, pero también de noche se perdían en el monte, y ya no podíamos volver atrás para recogerlos. También se perdían cuando salían para recoger frutas del monte; uno se pierde fácilmente, y encima sin encontrar la fruta. Porque aunque parezca desde lejos muy lindo, ese monte del Amambay no tiene casi nada; ni plantas ni animales, con excepción del tigre que nos seguía los pasos, porque en la ruta íbamos dejando cadáveres y ellos le tomaban el gusto a nuestra carne.

Esa fue nuestra marcha de Panadero a Cerro Corá.

En Cerro Corá comenzamos a sentirnos mejor, porque ese era un descampado sobre el Río Aquidabán donde había la pesca, cerrado por montañas y por bosques, con un acceso por el este, la picada Chirigüelo, y con la picada Yatebó para comunicar con el oeste; después de tanto monte el lugar nos resultaba agradable, aunque la situación era para preocuparse, con el Cámara que se nos había anticipado marchando hacia el norte, hasta más allá del Río Apa (dice que para evitar nuestra fuga a Bolivia pero no hacía falta), y desde allí se había dividido en dos columnas: una con el Bentos Martins para entrarnos por el lado de Punta Porá, por la picada Chirigüelo; la otra que comandaba el mismo Cámara, que tenía que volver hacia el sur y de allí dirigirse hacia el este, para llegar a nuestro campamento por la picada Yatebó.

Por suerte no lo sabíamos porque no nos iba a servir de nada preocuparnos de balde siendo que lo que queríamos era morir con dignidad por la patria como morimos todos; para eso no hace falta tanto cálculo de por dónde podrá venir el enemigo y cómo y con cuántos caballos y cañones y etcétera, quiero decir ese tipo de cálculo que se pasaban haciendo los oficiales brasileros que se decían de carrera pero no adelantaban un paso a pesar de todo ese lío, mientras que nosotros íbamos más lejos a nuestra manera y dábamos en el blanco con los cañones aunque los ingleses se quejaban de que no usábamos la mira pero reconocían también que no errábamos un tiro con nuestras armas viejas; armas viejas que de cualquier manera extrañábamos en Cerro Corá, pensando que de nuestros 400 cañones de 1864 nos habían quedado apenas cuatro; recordando además que nuestro poderoso ejército de 50.000 hombres, terror de Río Grande y la Argentina, había quedado en menos de 500 adolescentes. [178]

¡Pero con eso teníamos de sobra!

Eso nos bastaba para el triunfo moral que alcanzamos sobre nuestros tres enemigos, como dice Centurión que le quiero leer aquí, porque nuestro ejército no fue derrotado sino totalmente exterminado, y aquellos, en realidad, ¡no conquistaron sino una tumba! Por eso Cerro Corá vivirá eternamente, porque su recuerdo, ligado como está a una de las páginas más brillantes de la historia americana, se ha de conservar al través de los tiempos, sirviendo a las generaciones futuras para inspirarse en los momentos supremos.

Así mismo, joven.

Ahora todo el mundo se inspira en nosotros, en la guerra, aunque al principio o sea al fin de la guerra no querían ni oír hablar de nosotros, para que vea lo que son las cosas... hasta los que un tiempo nos criticaron diciendo que somos todos brutos los militares tienen que reconocernos ahora; porque sin héroes no tienen tema para sus poesías y discursos...

Claro que a nosotros también nos inspiraba el Mariscal, quiero decir en el heroísmo. Porque para fines de febrero la moral comenzaba a fallarnos (justo cuando más la necesitábamos), aunque no por falta de moral sino por hambre, que era terrible, y por eso justamente fue que el Mariscal me envió a buscar el ganado al Brasil, porque en Cerro León faltaba y nuestras gentes parecían esqueletos, ¡un espanto! Entonces el Mariscal nos reunió al ejército, allá por el 25 de febrero; él sentado contándonos chistes sobre los brasileros que nos mataban de risa, porque siempre era así; el Mariscal tenía una elocuencia increíble; podía hacerlo reír o llorar con un discurso en cualquier momento. Pero también fue serio; después de ridiculizar a los negros nos dijo que era injusto decir como se había dicho que él pensaba fugarse hacia Bolivia; todo lo contrario. Porque había dicho muchas veces que iba a morir con las armas en la mano y su juramento era de veras; si no podía triunfar tenía que morir. Nosotros entonces comenzamos con los hurras a la Patria; le prometimos allí mismo, una vez más, pelear hasta el último soldado; le juramos que no nos íbamos a correr ahora, para hacer un papel ridículo de cobardes después de haber sido tan valientes durante cinco años; no valía la pena. Él, para recompensarnos, nos dio una condecoración, la Medalla de Amambay, que nos llenó de orgullo a los jefes y oficiales, aunque no tuvimos tiempo de lucirla porque ya no quedó tiempo para hacerla, porque lo que le estoy diciendo fue para el 25 o el 26 de febrero, y los negros se nos echaron encima el primero de marzo.

Porque ese día, a eso de las siete de la mañana, vienen unas mujeres corriendo para decirnos que el enemigo había tomado Tacuaras, que [179] era nuestro puesto de avanzada, que quedaba como a una legua del paso del Aquidabán, el paso para el camino que nos llevaba hacia Villa Concepción pasando por la picada Yatebó. Entonces el Mariscal manda unos bomberos para informarse, pero antes de que ellos puedan volver con noticias del enemigo, se escuchan ya tiros de cañón en el paso del Aquidabán, que estaba como a 1.000 metros del Cuartel General, y entonces López le dice a Centurión que vaya a ver lo que pasaba, y Centurión vuelve a la carrera diciendo que se vienen los negros y el Mariscal, a caballo, dice: ¡A las armas todos!

Deben ser unos 100 los que consiguen reunir allí, hombres del batallón riflero y el escuadrón escolta, que salen al encuentro de la caballería brasilera que ya viene bajando

hacia el Cuartel General por el camino del Aquidabán; los nuestros tratan de acercarse para luchar con arma blanca, pero los otros prefieren aprovechar sus rifles, tirando de lejos, y así es que Centurión, que manda la partida, cae de su caballo que le mataron y él mismo con una bala en la quijada que le llevó los dientes; allí comienza el sálvese quien pueda...

Son seis hombres detrás del Mariscal López, perseguido también por el cabo Chico Diabo que le acierta en el vientre con su lanza mientras un otro negro consigue darle un tajo sobre la sien derecha porque el comandante brasilero había dicho ¡cien libras para quien mate a López! Así que le persiguen y rodean cuando llegan dos servidores fieles, ese Argüello y Chamorro, y el Mariscal les grita:

-¡Acaben con esos diablos de macacos!

El Mariscal está lleno de sangre y de rabia cuando llega Silvestre Aveiro para decirle sígame señor y casi ya no puede reconocerle por las heridas que tiene pero sí al final y entonces se van los dos, López y Aveiro, por el caminito que va al Aquidabán, mientras los soldados del Mariscal sablean a los seis macacos y finalmente caen malheridos.

Aveiro está demasiado débil para abrirle camino con el sable, aunque el sable es filoso. Por eso se demoran un poco, y cuando llegan al río cae Aveiro por la barranca y encima el Mariscal con su caballo pero sin herirlo. El Mariscal tiene el vientre abierto por la lanza brasilera que se le llena del agua sucia del Aquidabán-Nigüi; quiere levantarse pero no puede ser por su herida ni puede levantarlo tampoco del arroyo Silvestre Aveiro, porque le resulta muy pesado. Hasta que llega Ibarra con Cabrera y entre los tres lo ayudan; lo levantan del agua, le hacen cruzar hasta la otra orilla pero le queda alta y no puede subirla, y entonces les pide que vayan a buscar un punto donde la orilla sea más baja; mientras tanto el Mariscal se sienta en una palma atravesada en el agua y el cobarde Cabrera se va a buscar refuerzos según dijo pero salió [180] corriendo y abandonó a su jefe el Mariscal, a quien sacaron vivo del arroyo los brasileros que llegaron después con el general Cámara para intimarle rendición. Vivo fue la última vez que se lo vio allí en el Aquidabán; lo vieron Silvestre Aveiro y una mujer. Pero después ya está la autopsia brasilera donde figura un tiro por la espalda que recibió después [181] (nadie sabe cuándo) porque la bala esa no tenía cuando llegó al Aquidabán ni cuando lo tomaron a la fuerza cuatro o cinco soldados quitándole su espadín con que quería defenderse porque para pelear ya estaba demasiado débil y entre todos era fácil hasta para un cobarde.

Cerro Corá, último campamento de López

[180]

Murió como había prometido morir, peleando hasta el último, pero el Cámara ese que lo mató a traición dejó que los soldados le faltaran al respeto cuando ya estaba muerto; que hicieran indecencias con el cuerpo. Después le dijo a la Señora Presidenta que lo tenían que enterrar, y la mujer entonces estaba por acompañarlo pero le dijo la hija que no era ni hermano ni hijo, que no debía llorar por la muerte de un hombre así. Eso le dijo la misma López que esa noche se acostaba con Cámara, como para extremar todavía más las desgracias del hombre. Mucho peor todavía que el Gobierno Provisorio, que sacó su

decreto que el desnaturalizado paraguayo Francisco Solano López queda fuera de la ley y es expulsado para siempre de la tierra paraguaya como asesino de su patria y enemigo de la raza humana.

Y por supuesto que el Gobierno Provisorio se alegraron mucho cuando vino la noticia en Asunción el 5 de marzo, y el periódico ese La Regeneración sacó un número gratis para comunicar la «buena noticia» dice que; según ellos allí murió el tirano y desde entonces habría libertad en el país y gracias ¡nada menos que a los mismos brasileiros!

Pero todavía no es nada, mi amigo. Porque también organizaron una fiesta en Asunción para burlarse del Mariscal Presidente y le llevaron serenata al Río Branco, a Silva Paranhos, que a él no lo critico porque al fin y al cabo es brasileiro, así que tenía que aceptar, pero para los propios paraguayos viene a ser un escándalo. Y la Iglesia también, porque organizaron un Te Deum, que como dice Fidel Maíz un sacrilegio, porque no se puede luego agradecer la muerte de nadie. Un Te Deum y en la propia Catedral de la Asunción, lindos cristianos...

Pero yo sé que López en el fondo se reía, porque nos había dicho muy bien en Cerro Corá:

Pero vendrán otras generaciones. Y ellas nos harán justicia, proclamando la grandeza de nuestro sacrificio. En quien más se cebarán será yo. Seré puesto fuera de la ley de Dios y de los hombres, me maldecirán bajo el peso de montañas de ignominias... pero también llegará mi día, a pesar de todo, y surgiré de los abismos de la calumnia para llegar a ser lo que debo ser en las páginas de la Historia. [182] [183]

Epílogo

[184] [185]

Río me gustaba aunque por la noche yo solía soñar que el Mariscal me llamaba. Lo veía en mis sueños lleno de sangre, mirándome como me miró la vez aquella que no le quise contar que su hermano Benigno me había dicho que él era un cobarde porque se había quedado en Asunción con su Madama y con su obispo en vez de marchar a la cabeza de la División del Sur y que por eso se perdió nuestro ejército y que quería justificarse llamándolo traidor a Estigarribia y fusilando a Robles.

Aunque la verdad que yo cumplí la orden y nada más, porque un día de febrero allá en Cerro Corá él me había llevado a recorrer nuestro campamento, mostrándome nuestras pobres gentes escualidas de hambre, sin fuerzas para levantarse y mucho menos para seguir peleando. Me dijo que necesitábamos carne, y carne luego es lo que me fui al Brasil a buscar con unos pocos hombres (quiero decir lo que ahora es Brasil porque nos quitaron con la guerra, esa parte hacia el norte del Río Apa que siempre fue nuestra). En camino nos encontramos con ese Bentos Martins, el jefe brasileiro; él ya venía marchando sobre Cerro Corá pero no lo enfrentamos para cumplir la orden de nuestro jefe y hasta les dejamos que nos quitaran nuestro equipaje y hasta mi propia espada, pero nos retiramos ordenadamente

porque nuestro plan era seguir hacia el norte para buscar ganado para alimentar a nuestros pobres soldados.

Cuando volvimos muy contentos con las vacas ya no había soldados. Quiero decir que fue después del primero de marzo, el día en que mataron al Mariscal López y que hicieron todas las salvajadas del capítulo anterior. No le puedo decir lo que sentimos, nosotros que lo queríamos como a un padre. En especial sabiendo que lo hizo por nosotros; quiero decir que el Mariscal se lo había barruntado, porque unos días antes del ataque brasilero había llamado a mis hermanas y a mi madre; les dio un poco de lienzo (lienzo ya escaseaba por entonces, era una fortuna un pedacito) y les dio para que guarden sus ahorritos al pie de un árbol o donde quieran, porque se venían los brasileros. Eso es lo que les dijo, por lo menos, y una vez más él tenía razón; fue gracias a esa consideración especial que conservé mis condecoraciones. Porque mi madre las había enterrado y las sacó después de que pasó el desastre; tuve más suerte que Juan Crisóstomo Centurión o que Silvestre Aveiro; a ellos les quitaron sus condecoraciones que les había dado el Mariscal. Y naturalmente, tuve más suerte que los otros que perdieron la vida, porque la regla de los brasileros era no hacer prisioneros, y los que nos salvamos fuimos poquísimos. Gracias al Mariscal, por lo menos yo, porque los espías le contaban que se acercaba Cámara, y entonces me mandó por el ganado para salvarme. Sabía que alguien, algún día, tenía que continuar su obra, y por eso justamente me salvó de la muerte, porque [186] si quedaba en Cerro Corá me hubieran ultimado con él. Un honor, desde luego, pero también una responsabilidad bastante difícil. Porque en la vida militar es fácil: uno mira no más a sus superiores para aprender, hay una disciplina; pero en lo civil resulta más difícil, por lo menos en mi caso. Nadie me podía enseñar porque se habían muerto o estaban presos, y yo tenía 31 años apenas y me faltaba experiencia en la política. Y sin embargo, ese era en el fondo el encargo del Mariscal: que me encargue de la política, porque con la guerra ya no se podía por el momento... Pero lo otro tampoco, ¿cómo hacer política cuando se es prisionero de guerra?

Porque de prisionero de guerra me mandaron al Brasil, y ese fue el bribón de Cirilo Rivarola, que me recibió en el palacio de gobierno cuando me trajeron prisionero a la Asunción, y el tipo me recibió lavándose los pies como perfecto maleducado que era, y después me mandó junto a Río Branco -el vizconde de Río Branco, que no hay que confundir con su hijo, el barón. Río Branco me recibió muy amable -no me lo esperaba- y me dijo que tenía un pedido del Gobierno Provisorio de mandarme al Brasil pero que no me preocupe, porque él se encargaba de tratarme bien.

Una promesa de brasilero, como la que le hicieron a Delvalle para que se entregara y después lo degollaron. Así por lo menos me decía yo, porque de los brasileros no me fiaba ni un poco, después de todas las cosas que había visto. Pero no podía discutir porque los que ganaron eran ellos, así que me subí no más en el barco rumbo a Río de Janeiro, y cuando llego al puerto ese veo un grupo de militares que me estaba esperando, alguien dice vergonha y entendí demasiado bien que se hablaba de mí. Pero no podía desafiarles porque al fin y al cabo estaba en el país de ellos. Así que me hice del tonto, me puse a caminar por la cubierta del buque como si no había nadie por el muelle y corté mi cigarro para matar el tiempo... Después me doy cuenta de que simpatizaban conmigo: dicen una vergonha que el general Caballero sea prisionero del Brasil. Porque los oficiales jóvenes eran otra cosa, muy diferente del marqués de Caxias o esa gente que lo aconsejaba mal al Emperador -



incluyendo su propio yerno, que me negué a visitarlo cuando estuve en Río. Así que uno de esos se me adelanta:

-Soy el coronel Vilhara. Tengo órdenes superiores de acompañarlo y servirlo para que pueda instalarse en Río de Janeiro.

Yo creí que me tomaba del pelo, pero resultó verdad. Porque el hombre me llevó en un hotel de primera, y cuando le dije una pensióncita, porque éste podía salir muy caro, me dijo que no me preocupara por eso. Tan amable que no quise discutirle, así que me quedé no más, y cuando llegó la hora de pagar la cuenta el hotelero me dijo que ya [187] estaba pagada. Es para no creer, ¿no le parece? Pero el propio O'Leary lo comenta en su libro.

Pero hay algo todavía más increíble, que al principio mis amigos no quisieron creermelo, porque parece la imaginación mía. Pero como está en los libros, tienen que aceptar... Bueno, resulta que una vez me pregunta un amigo si ya había conocido al Emperador, y yo le contesté que todavía no, y entonces él me dice que me prepare, y un día me llega una tarjeta diciendo que esté listo tal día porque me pasan a buscar. Y no era mentira, porque a la hora justa pasó la carroza para llevarme al palacio de S. A. I., y yo me preguntaba en el camino que hubiera dicho Valois Rivarola, él que tenía tanto sentido del humor. Porque usted recuerda que aquella vez que lo vio llegar a Germán Serrano para el combate de Avay le dijo la famosa frase:

-Eyopy nde rebicuá nde galón pyaju tuyá, chaque oporutaco jina.

Eso porque acababan de ascenderlo por chupamedias, pero los galones nuevos no le servían de nada. Y todas esas cosas le molestaban mucho a Valois, él era un hombre muy sencillo; se hubiera matado de risa viéndome vestido de pingüino, pero esa era la moda en Río de Janeiro y había que adaptarse -así que me fui no más en la sastrería con el coronel Vilhara y me preparé a la fiesta.

Bueno, del palacio imperial no le digo nada, porque usted también lo conoce, una verdadera maravilla. Lo único que en esa época le ponían demasiada cera al piso, parecía enjabonado, y eso fue lo que me hizo resbalar de lo lindo. Menos mal que Su Alteza era educado; hizo pasar no más, ni se fijó en mi patinada... Si era en Paso Pucú los muchachos hubieran hecho un hurra, como aquella vez que se cayó la señorita en pleno baile, y el único que no se rió fue el Mariscal -el resto se rieron tanto que la pobrecita ya no quiso salir a bailar otra pieza por miedo a resbalar otra vez.

Pero los brasileros son muy diplomáticos; en esas cosas hay que sacarles el sombrero, aunque sean nuestros enemigos... Imagínese que era su propio yerno, pero el Emperador no lo invitó al conde d'Eu; sabía que no simpatizábamos... Porque una cosa es encontrarse con el comandante Mallet, un tipo que dentro de todo jugaba limpio, y otra con un degollador y un sinvergüenza... Claro, usted no puede comprenderlo porque es un civil, pero le voy a decir que los militares no somos rencorosos como ustedes creen. Quiero decir que el deber es el deber, y si del deber se trata nos tiroteamos de lo lindo -como el Mallet que con su artillería nos causó tantas bajas- pero fuera de eso no tenemos nada el uno contra el otro, ni nos gusta hacer la guerra porque sí no más. Hacerla como los civiles, que no dejan pasar el

momento de hacer [188] una revolución, y que cuando se matan se matan en serio, porque no saben lo que cuesta mantener un ejército -una cosa que un verdadero militar no desperdicia porque sí no más.

Y eso es un poco lo que pasaba al comienzo, quiero decirle al final de la guerra, porque los brasileros no querían ni oír hablar de un paraguayo armado con un sable; no nos querían dejar que tengamos un ejército... No nos tenían confianza, por eso se quedaron hasta 1876 ocupándonos el país... Pero entonces salía cualquier soldado por la calle, fuera de su cuartel, y allí mismo lo agarraban entre cuatro o cinco cuando podían agarrarlo, no había seguridad. No había respeto, no había policía, no había nada... Policía sí, pero cuatro gatos armados con bastones, y eso no daba para asegurar la tranquilidad, y entonces se dieron cuenta de que necesitaban un ejército; ellos necesitaban tanto como nosotros, los paraguayos, para asegurar la paz de las personas y también para que los liberales no les regalen todo el Chaco a la Argentina. Porque usted comprende que el Paraguay no quería quedarse sin su Chaco, ni el Brasil tampoco no quería que todo un territorio así se le quede a la Argentina, porque entonces los curepí llegaban con su país hasta el Matto Grosso, y eso podía perjudicarles. Y allí fue que nos pusimos de acuerdo los brasileros y nosotros; los dos en contra de la Argentina. ¡Quién diría después de pelearnos tanto! ¡Quién diría que justamente a mí tenían que elegirme, yo que les había liquidado tantos regimientos tantas veces! Pero esa fue justamente la ventaja de mi viaje a Río: el Gobierno Provisorio les pidió a los brasileros que me tengan de prisionero de guerra porque en el Paraguay podía armar bochinche, dice que, pero aproveché precisamente mi viaje para hacerme de buenas relaciones que me iban a servir después...

Sí, ya sé que usted entiende bien que en el fondo no era contra la Argentina, sino contra Mitre y contra Sarmiento, que tenían algo contra el Paraguay, pero por las dudas escriba que no soy brasilerista, porque mis enemigos me acusaron de eso... Ponga usted que sabe cómo, que yo defendía mi país pero que tampoco favorecía a nadie; todos los extranjeros eran iguales siempre que vinieran a trabajar en el Paraguay... Fíjese bien en esto, porque la Mate Larangeira, esa yerbatera brasilerera también dijo que favorecíamos a los argentinos, a La Industrial Paraguaya, que operaba con capital argentino, ¡nunca se le da el gusto a la gente!, ¡hasta de eso tenían que acusarme! No más por ganas de acusarme, porque La Industrial era de capital paraguayo; eso le digo yo que estuve en el directorio. Y el crédito que tenía la compañía esa tampoco venía de Buenos Aires sino del Banco Mercantil, y eso también le puedo asegurar de primera fuente, porque un tiempo llegué a estar allí... Claro, los argentinos tenían propiedades porque compraron, [189] pero eso no era discriminatorio sino para cualquiera que podía pagar -también a los brasileros les hubiéramos vendido 5.000.000 de hectáreas como a Casado, que al fin y al cabo no era argentino sino capital inglés...

Pero estas son cosas que tenemos que ver más adelante, si usted quiere seguir con mis memorias -con la parte cuando fui presidente del Paraguay. Por el momento me parece bien parar aquí, porque terminó la guerra, y mi vida política ya es otra cosa; una cosa para la que me fui preparando y me llevó mucho tiempo -casi le diría que más trabajo que la guerra, porque recién en 1880 llegué al palacio, después de mucho esfuerzo.

Me alegre que esté de acuerdo.

Mire, Raúl, ese es un problema muy delicado.

No sé si debe ponerlo aquí, o en la segunda parte de mi historia; el caso es que tiene que consultar con nuestros honorables Hermanos, porque no es cuestión de hablar así no más y perjudicarnos a todos; usted sabe que la gente todavía no entiende ciertas cosas... Pero también tiene usted razón, ese es un asunto que me gustaría charlar, porque mis enemigos anduvieron diciendo que durante todo el año que pasé en Río de Janeiro seguí percibiendo el sueldo de general. Pero tenemos que tener mucho cuidado; es un asunto que puede interpretarse mal... No sé...

Por ahora termino diciendo que regresé a la Asunción en mayo del 71, y que me acompañó Río Branco en el viaje; el hombre había cumplido su promesa de tratarme bien en Río de Janeiro. Y eso se puede entender, el mismo O'Leary lo explica: Río Branco era esa clase de gente joven que no quería saber nada con el Pedro II; esa gente nos tenía simpatía, en especial los más instruidos, esos me visitaban a cada rato, hasta el punto que tuve que cambiarme de hotel porque me había vuelto demasiado famoso y no tenía un momento libre para hacer lo que quería. Muy amables esos brasileros, pero al último no me dejaban ni respirar y yo quería un poco de tiempo para hacer turismo -sobre todo porque en el momento ni sospechaba que después yo llegaría a ser un diplomático y hasta presidente y que viajaría por Europa y por todos lados... Es el destino, joven. Yo a los veinte no imaginaba que tenía que ser militar, y a los treinta tampoco imaginaba que iba a ser político... Imaginaba, sí, pero me parecía muy difícil; por el momento quería divertirme un poco, como cualquier hombre joven que ha sufrido mucho y quiere olvidar los quebrantos de la guerra -en ese sentido le voy a confesarle que Río me curó mi stress.

Regresé patriota, como siempre, pero sin resentimiento. [190]

Y eso es muy importante, porque en esa época todo el mundo demasiado nervioso, y en especial contra el ejército; era peligroso andar por la calle uniformado. Pero esas son cosas que se tienen que comprender; hay que dejar que pase el tiempo para que la gente aprenda a respetar de nuevo -sobre todo cuando se pierde la guerra, porque hasta en Brasil que ganó la guerra la gente no quería saber nada de los militares por mucho tiempo... La política es una cuestión de paciencia. A veces tiene usted que camouflarse, como por ejemplo esa vez en 1873, en que un fresco puso mi nombre en un manifiesto sin mi permiso, pero tuve que dejar pasar porque éramos pocos y no podía perder colaboradores -como le dije en una carta a O'Leary, que él va a publicar en cualquier momento. Un manifiesto en contra del Mariscal López; claro que yo no podía hacer una cosa así, y ahora le digo con el corazón en la mano que puras falsedades, que utilizaron mi nombre aprovechando el momento. Y en 1887, cuando hacemos nuestro gran Partido Colorado, ese caradura de Decoud, a quien le dejamos el discurso porque sabía hablar, me propone de candidato a mí, pero de paso, dice que había estado en contra de la tiranía del pasado, como le llamaba él al Mariscal López.

Pero ahora ya se puede hablar sin problema; uno puede decir que fue lopizta. Ahora que los mozos jóvenes se dedican al culto de los héroes y la historia de la patria -ese revisionismo histórico que le dicen. Lástima que todavía tienen tantos prejuicios contra la Orden, aunque parece también que van cambiando, porque si quieren descomulgar tendrán

que descomulgarnos a todos, desde el doctor José Gaspar Rodríguez de Francia, pasando por el Mariscal López y los que vinimos después (hasta los traidores como Cirilo Rivarola habían recibido un poco de la Luz)... No, el doctor Francia no fue el primero; creo que fue un sacerdote llamado Fretes, que había sido secretario de don Francisco de Miranda, el que trajo al Paraguay. Tampoco sé quién le enseñó al Mariscal, porque él no me hablaba nada de eso, y yo recién en 1870 comencé a enterarme, gracias a Benjamín Constant.

Ese era un mozo muy culto, muy amigo mío. Aunque da para confundirse, porque también hay una calle de ese nombre en Río, un templo que se llama así, y un francés que le pusieron Benjamín Constant en recuerdo del sabio brasileiro. ¡Fíjese lo conocido que era! Yo lo conocí en Río de Janeiro, me lo presentó Río Branco (otro hermano) y fue muy importante para mi cultura general. Él me quería mucho porque aprendí muy rápido: en un año no más ya me iniciaron y después me ascendieron al Grado Tres. Así que a mi vuelta a la Asunción entré con todos los honores en la Logia Fe, y Rivarola se moría de envidia, porque a él lo habían aceptado el 8 de agosto de 1869, era más [191] antiguo que yo, pero tenía menos peso. Es que a él lo habían aceptado en nuestra Orden por cortesía, por ser primer magistrado (eso me contó Río Branco, que lo consideraba un mal menor y lo apoyó en su momento porque no había otro). No sé su grado, pero menos que yo; esa era una cosa que lo enfermaba a él, un tipo tan orgulloso, que no llegó a nada pero alardeaba con los que no conocían el asunto diciendo que lo habían ascendido a Gran Maestro... Y bueno, hay quien es así. Gente que se esfuerza para progresar y no progresa, y otros que ascienden por propios méritos, sin matarse para ir un pasito más adelante -la diferencia entre él y yo. Yo nunca pedí nada; a mí me ofrecían no más. Como mi sueldo de general, que me pagaron mientras estuve en Río; lástima que no se pueda decir para aclararles que fue privado, no del gobierno; que me pagaron como masón y no como oficial. Me gustaría taparles la boca, pero todavía no se puede por el compromiso de discreción que tenemos todos nosotros. Pero también ha de llegar el momento en que se puedan decir esas cosas; ha de ser dentro de poco. Y entonces le pido, Raúl, que usted escriba: usted que es joven y va a vivir en esos momentos. Hace falta para que sepan que yo no recibía plata como Bareiro y Gill.

Eso después.

Ahora ponga, para terminar, que en 1871 volvía a la Asunción y que enseguida Rivarola tuvo que darme un cargo de ministro. Yo acepté para demostrar que mi destierro no me perjudicaba para nada; todo lo contrario, pero renuncié enseguida porque con un presidente así pues no hay nada que hacer, y también porque se atrasaba con mi sueldo y yo no pienso trabajarle gratis. No por el dinero, sino por el hecho. ¡Usted viera la cara del hombre cuando le presenté mi renuncia! Primero se había tragado la rabia de pedirme por favor que acepte, ahora yo me daba el gusto de decirle que no, que me cansé de él. Con eso me pagó lo que me debía. Pero de todas formas sentí mucho no haberle enviado en su momento una postal del palacio de S. A. I. y otra de las playas de Río, para mostrarle todo lo que me estaba divirtiendo gracias a él.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

